

Miguel Ángel Tenreiro

Los taquígrafos
y otros relatos
(1999)

 yeshaliteraturaEdiciones

Los taquígrafos
y otros relatos
(1999-2002)

Los taquígrafos

Más valen dos horas de espera, que cinco minutos de taquigrafía —le dijo el taquígrafo veterano a Manuel, su joven colega, como hacía cada vez que la sesión se interrumpía y ellos debían esperar a que los políticos terminaran sus conciliábulos para que se levantara el cuarto intermedio y la sesión pudiera continuar. Llevaba más de una década en ese trabajo y todavía no se acostumbraba, nunca sería un verdadero profesional del lápiz, se cansaba demasiado en las sesiones, se impacientaba con las largas esperas, le molestaba que citaran a una hora para comenzar cuatro o seis horas más tarde, todavía le costaba mantenerse imperturbable y seguir tomando taquigrafía como si nada cuando escuchaba al orador de turno decir una barbaridad, y también le costaba cuando lo dicho era lógico pero contrario a su pensamiento. Tenía que esforzarse para mantener la concentración y no comenzar una réplica imaginaria que no le correspondía a él, que solo era un empleado. Tenía que contenerse a veces para no murmurar una puteada por lo bajo. No había conseguido llegar a ser un buen taquígrafo como lo había sido su padre, como lo era el compañero que esperaba junto a él.

—Más valen dos horas de espera que cinco minutos de taquigrafía —le repitió el viejo.

—Sí, que discutan afuera.

—A lo mejor vuelven al recinto con el asunto cocinado. —Puede ser, pero no se haga ilusiones, igual nos van a llenar el culo de taquigrafía.

—Para eso estamos.

—Sí, para eso estamos nomás, pero me parece que antes era mejor.

—¿Antes cuando?, porque vos sabrás que durante las dictaduras no necesitaban taquígrafos, eran declarados cesantes y los que tenían más de tres hijos por ahí los mandaban al Poder Judicial a tomarle la declaración a los reos pagándoles un tercio del sueldo original, ¡y que a nadie se le ocurriera quejarse!

—Yo hablaba de antes, durante el período en que hubo continuidad institucional previo a los golpes de Estado, en que las Cámaras Nacionales estaban pobladas de esos políticos que hoy son nombres de calles.

—Igual se hablaba mucho al pedo, si no, no nos necesitarían.

—Pronto nos va a reemplazar la computadora.

—Lo mismo se dijo hace muchos años, cuando llegaron los primeros grabadores a cinta, los Gelloso.

—La computadora es otra cosa.

—Puede que sí, puede ser que esta vez vayamos pasando a la historia, yo no lo voy a ver porque pronto me jubilo, pero vos...

—Terminaré siendo un corrector, echar no creo que me echen.

—Te lo merecerías por puteador crónico, tendrías que dar las gracias por todo lo que habla esta gente.

—Tal vez, pero resiento mucho que nos hayamos transformado en empleados comunes, que hayamos perdido esa aureola de gente especial que tenía nuestra profesión.

—Oficio, ya te dije varias veces que esto es un oficio. —Igual, los taquígrafos de antes tenían prestigio, ganaban casi lo mismo que un legislador, los trataban con respeto y hasta les consultaban los temas de forma.

—Eso no lo llegué a vivir ni yo que te levo veinte años y trabajé con tu viejo; él entró al Cuerpo por el año cincuenta con 170 palabras por minuto junto a otro que... no me acuerdo ahora como se llamaba; yo entré mucho después con 150, ¿y vos, cuánto diste en el concurso?

—130.

—¿Ves que sos quejoso?, no tenemos el lustre de antes porque somos peores.

—No es por eso, le ha pasado a todas las profesiones.

—Oficio.

—A los oficios también, hoy en día un médico, un abogado, un ingeniero o un contador, si no nació con plata, termina siendo un empleaducho cualquiera.

—¿Como vos?

—Como nosotros.

—Pero vos entraste con 130.

—¿No fue a usted al que mi viejo cagó tanto a pedos porque en un discurso en vez de traducir “procelosa vida”, tradujo “brucelosa vida”?

—¡No, no! —contestó sin poder contener la risa el taquígrafo veterano—. Me mandé mis cagadas, pero esa fue de otro. De todas formas, taquígráficamente hablando el error no es tan grave ya que son signos homógrafos, es decir que...

—Sí, ya sé, que se escriben igual.

—Y eso pasó, lo recuerdo bien, en una ocasión en que le hacían un homenaje a Jauretche, ¿sabés quién fue?

—Sí, leí el Manual de Zonceras Argentinas, mi viejo tenía varios de sus libros, pero volviendo al otro tema en realidad no hubiera creído que fuera usted, hay que ser muy bruto.

—Un poco desleído nomás, con eso alcanza.

Algunos legisladores comenzaron a ingresar al recinto, se retiraron otros, y el reinicio de la sesión quedó en un amague.

—Más valen...

—Sí, sí, no me quejo, que discutan afuera, que se caguen a trompadas si quieren y con respecto a lo otro no vale la pena.

—¿No vale la pena qué?

—Ya no vale la pena hacerse taquígrafo —dijo Manuel— si se cobra poco, se trabaja mucho y ni siquiera se adquiere prestigio, ¿qué chico se va a poner a practicar taquígrafía?

—Con lo difícil que es conseguir trabajo hoy en día, alguno habrá.

—No sé, es mucho esfuerzo, primero aprender la teoría hasta dominarla completamente, por lo menos un año; después mil horas de práctica de dictados, tomar-traducir-tomar-traducir-tomar-traducir; después presentarse a algún concurso y si no se pone muy nervioso, y si no aparece uno mejor y si alcanzan las vacantes, quizás entrar a un cuerpo de taquígrafos; después empezar el entrenamiento dentro del equipo tomando más dictados, ayudando en las comisiones, desgrabando; un par de años después empezar a entrar al recinto acompañando a un taquígrafo más experimentado que tendrá la mayor parte de la responsabilidad sobre sí y que tratará de que el más nuevo haga todo el trabajo, y después, con unos cinco años de baqueteo, posiblemente haya adquirido cierta solvencia para la taquigrafía parlamentaria.

—Me cansé solo de oírlo —dijo el viejo colega cerrando los ojos al tiempo que apoyaba la espalda en el respaldo para echarse una siesta.

Los legisladores no venían, ya duraba tres horas el cuarto intermedio, entonces Manuel no pudo evitar quejarse:

—¡Qué mala leche, quedar “en puerta” en un cuarto intermedio tan largo!, los demás deben estar en la oficina tomando café, charlando y leyendo el diario, como debe hacer un empleado público que se precie; y nosotros acá esperando y esperando. —Y siguió—: Quizás usted se acuerde, ¿cómo era eso que decía este hombre, cómo era?, eso de la velocidad.

—En un tiempo te preocupó mucho.

—Al principio es la obsesión de todo taquígrafo, pero este atorante... ¿cómo se llamaba?, decía algo ingenioso acerca de la velocidad al tomar taquigrafía, de por qué no debíamos preocuparnos si nos tocaba un orador muy rápido, algo así como “el 30 % no se entiende, entonces no se puede tomar; el otro 30 % son cosas sin importancia, nadie se va a dar cuenta si lo obviamos; un 10 % de repeticiones, un 10 % más de muletillas y medias frases; queda solo el 20 % de lo que

se dice, de lo cual la mitad es chicaneo político y la otra mitad se la podrían meter en el culo. Ya ven, en realidad no es necesario tomar nada”.

El veterano sonreía al tiempo que asentía.

—Sí, ya recuerdo, era más o menos así pero dicho con más gracia, ¡qué atorrante era ese tipo!, así de buen taquígrafo era también, no se le escapaba nada —dijo, mientras pelaba la corteza esmaltada del lápiz para que no se le resbalara lo más mínimo entre sus dedos. Era de primerísima marca, carito, blando, demasiado blando quizás para esto, un 4B que el veterano podía usar porque casi no presionaba contra el papel al dibujar los rasgos, que eran muy pequeños, casi no necesitaba mover la mano al escribir, sin importar lo rápido que estuvieran hablando. Si alguien que no estuviera en tema lo veía durante una sesión, no podría pensar jamás que estaba tomando por escrito cada palabra que se pronunciaba en el recinto. Otros taquígrafos hacían rasgos algo más grandes trazándolos con la elegancia de un dibujante, otros usaban biromes y hacían enormes rasgos, tanto que cada 15 ó 20 palabras tenían que cambiar la hoja. Todos eran muy eficientes, cada uno con su estilo, y a pesar de que la mayoría en la Argentina usaba el Sistema Larralde, era difícil que se pudieran leer los rasgos entre ellos. Con el correr de los años cada uno agregaba a su escritura deformaciones y vicios de conocimiento íntimo.

Sin levantar la vista de su trabajito de tallador maniático el veterano le dijo a Manuel:

—Tu viejo fue el taquígrafo más rápido que yo haya visto. Unos segundos de silencio después llegó la respuesta. —Lo mismo me decía él de usted —y se quedaron esperando, a ver si empezaba o no la sesión.

Luego de un rato fue otra vez Manuel el que inició la conversación. Le gustaba hablar con sus colegas y con este en particular todavía más, ya que era un hombre que había pasado toda la vida estudiando sobre los temas más diversos e inimaginables. Cuando escuchaba o

leía algo que le suscitara alguna duda enseguida se ponía a investigar, a profundizar hasta conocer la cuestión en detalle aunque no fuera necesario, aunque costara un importante esfuerzo. Tenía la necesidad de que ninguna duda que le surgiera quedara sin ser resuelta a la brevedad, así que mirándolo de reojo le dijo:

—Difícil la vida del amanuense, cuando no está esperando está desesperando.

—Igual que el soldado. ¿De dónde sacaste eso del amanuense?

—El Secretario me lo dijo varias veces “¿Cómo andan los amanuenses?”.

—Amanuense es todo aquel que toma notas a mano de forma tal que sí, efectivamente los taquígrafos somos amanuenses, pero un amanuense no es necesariamente un taquígrafo —y agregó—: Cicerón tenía un taquígrafo.

—¿En serio?

—¿Cómo te crees que llegaron hasta nosotros sus discursos?

—No sé, nunca me lo había planteado, no ando por la vida pensando en Cicerón.

—No te hagas el Borges y escuchá, Cicerón tenía un esclavo que conocía alguna clase de escritura abreviada y tomaba todos sus discursos, creo que era determinante para su calidad oratoria el hecho de que el que tomaba la versión de lo que ocurría era un esclavo suyo y supongo que también corregiría personalmente los borradores.

—Tanto los de él como los de sus adversarios.

—Sí —contestó casi riendo el veterano— especialmente los de sus adversarios.

—Bueno, no tendremos Cicerones en la Cámara pero nos estamos convirtiendo en esclavos.

—¡Quejas, quejidos y gemidos, comenzáis a tenerme podrido!

Manuel contestó con una sonrisa silenciosa, ya no se podía defender más de esa acusación. De pronto entraron la cantidad mínima de integrantes de la Cámara para que hubiera quórum legal y votaron

prolongar el cuarto intermedio hasta el otro día. Habían esperado tres horas para posponer la sesión en treinta segundos. Mejor, al menos había terminado el trabajo por hoy, era muy tarde y todos estaban cansados. Mientras Manuel preparaba sus cosas, le avisaron que el director quería verlo. Al entrar a su oficina lo encontró muy serio y le dijo:

—Hay un problema en una sesión de hace dos meses, dicen que falta algo en la versión taquigráfica y que es muy importante, revisamos el control de turnos y es uno de los tuyos.

—¿Qué falta?

—Me lo dio por escrito porque lo había leído, son sólo unos renglones de una exposición cortita del jefe de la bancada de la oposición, pero se refiere a algunas objeciones a una licitación y ahora que se destapó ese chanchullo de las autopistas por la televisión le viene justo para demostrar que él se había opuesto desde antes.

—Sí, lo vi.

—Están enfurecidos, si no lo solucionamos vamos a tener un quilombo de aquéllos.

Manuel fue a revisar las notas taquigráficas que había tomado en esa sesión ya que quedaban archivadas en la oficina. Leyó con cuidado entre la imponente maraña de signos que ya había traducido hacía muchos días, pero no podía encontrar que faltara nada. Entonces el legislador en cuestión entró a los gritos a la oficina de taquígrafos, seguido por el secretario del Cuerpo que trataba de calmarlo.

—¡Lo hicieron a propósito, me sacaron las objeciones y ahora quedo como que me callé!

—Eso es imposible —dijo el director.

—¡Imposible un carajo!, no está, me cagaron bien cagado y me lo van a pagar.

—Revisamos nuestros papeles y eso no figura.

—¡Ya pedí que revisaran las grabaciones —contestó rojo de furia— van a tardar un poco pero si aparece ahí váyanse buscando otro laburo! —les dijo con la arrogancia que solo tienen quienes nunca

han tenido que trabajar para vivir, y se fue tratando de dar un portazo que no pudo ser porque la pesada puerta se le resbaló de las manos sudorosas.

Había en ese momento ocho taquígrafos presentes y estaban todos consternados pero no por la posibilidad de que los pudieran echar, algo realmente muy difícil de llevar a la práctica con un empleado del Estado, sino porque se tomaban tan en serio lo que hacían que los abrumaba la posibilidad de haber cometido un error tan importante. Y también por el trato. Eran hombres muy cultos y mejor preparados que muchos de los legisladores a los que servían y resentían con facilidad el trato de mierda por parte de cualquier imbécil, aunque tuviera fueros. Era como si ese hombre creyera que ellos eran sus empleados, los empleados de un capanga irreflexivo que había olvidado hacía mucho tiempo que era en realidad un servidor del pueblo. El director, entonces, con su calma habitual, se dirigió a los presentes:

—Tenemos el texto que falta, nos dio una copia el maleducado este dos meses después de leerla en el recinto y de negarnos que lo había leído para no darnos los papeles. Ahora bien, es seguro que esto lo dijo.

—¡Pero no está! —protestó Manuel.

—No está en la sesión en que lo estamos buscando, según mi experiencia cuando pasa esto, lo que se cree dicho en una sesión en realidad se dijo en otra —y siguió— así que divídanse y vamos a buscar entre todos para atrás en las sesiones de este año hasta encontrar lo que falta.

Manuel se sentía abrumado por la situación. Ya no lo acusaban de negligencia, sino de haber tomado parte en una maniobra política que incluía la adulteración de un documento público. Lo acusaban de un delito. Así no podía concentrarse para la lectura rápida que requiere este tipo de rastreo, pero no fue necesario porque a escasos veinte minutos de comenzar uno de sus compañeros lo encontró.

—Acá está, está todo en esta sesión, no lo dijo hace dos meses, lo dijo hace ocho —todos suspiraron aliviados, se relajaron y lo fueron

confirmando uno por uno, pasándose de mano en mano el diario de sesiones en cuestión, esperando pacientemente que el anterior terminara de leer para poder revisar esos párrafos personalmente. Aunque no fuera necesario necesitaban leerlo y tocar el papel, así que se tomaron su tiempo. Luego el director les dijo.

—Vayan yendo, mañana se lo acerco a la secretaria de este buen hombre.

—¿Se irá a disculpar? —preguntó Manuel con inocencia. —Ni lo sueñes, va a verificar lo que le interesa utilizar políticamente y se va a olvidar del asunto.

Se dispersaron en la madrugada. Manuel todavía sentía una mezcla de indignación, miedo y humillación. “¡Qué hijo de puta, qué tipo de mierda!”, pensaba.

—No te des máquina —le dijo el director, que había apurado sus pasos para alcanzarlo en la vereda.

—Es que me siento un forro.

—Todos somos un poco forros, hacete cargo de tu parte de una vez.

Siguieron caminando hacia la Avenida Rivadavia en silencio por un rato. Luego el más joven le preguntó a su jefe:

—¿Éste turro es al que no le podemos poner los “de que” ni siquiera cuando corresponden?

—No, ése es otro —le contestó sonriendo y siguió— ahora me viene a la mente otro legislador muy conocido en su tiempo que cuando le mandábamos los borradores para que los revisara, siempre se agregaba “Aplausos” al final de sus discursos.

—¿Y quedaba así la versión?

—No quedaba un carajo así.

—Eso no es nada en comparación con lo de hoy, lo de hoy fue... qué sé yo, una mierda, una verdadera y absoluta mierda.

Siguieron caminando hasta llegar al cruce de calles en que se separaban, entonces el director le dijo:

—Olvidate de esto, no tiene importancia, ya está solucionado y en el pasado y el pasado está muerto aunque haya ocurrido recién; si querés recordar, que sea algo que valga la pena.

—No se me ocurre nada en este momento.

—La forma en que resolvimos el asunto trabajando en equipo con rapidez y eficiencia, eso es algo que valió la pena hacer y merece ser recordado por nosotros —y siguió— yo siempre me acuerdo de hace muchos años, cuando apenas había ingresado al cuerpo de taquígrafos y le íbamos a comprar los lápices a un viejo que se había hecho un puestito en la vereda frente al Café Tortoni. Aunque fuera más cómodo entrar a cualquier librería de paso, íbamos especialmente a comprárselos a él, yo sabía su nombre.

—¿Lo conocía?

—Yo sabía quién era, se llamaba Elpidio González, había formado parte del Gabinete de Yrigoyen y había sido vicepresidente de la República durante el período de Alvear; creo que jugó un papel muy importante porque Yrigoyen no le había dado su apoyo explícito a Alvear y los radicales estaban muy divididos; su presencia en la fórmula fue interpretada por el pueblo como el apoyo que Yrigoyen no expresaba en palabras —y siguió— ese hombre había estado en las entrañas mismas del poder y era tan pobre en la vejez que tenía que vender lápices en la calle para vivir; en realidad, yo no iba a comprar lápices, iba para verle los ojos, era como si le saliera dignidad por los ojos, como si ésta fuera una luz y pudiéramos verla y llegara hasta nosotros para tocarnos; ¡qué dignidad tenía ese hombre!

Permanecieron unos segundos más en esa esquina de madrugada, compartiendo el silencio antes de despedirse hasta el día siguiente.

El tirador

Un instante de silencio total, eso había sido. El impacto era un “centro mosca”, un centro dentro del centro. Había soltado por un segundo mi pretensión de controlarlo todo y la ejecución técnica había rozado la perfección, aunque yo mismo me la hubiera perdido. No lo decía solamente ese centro perfecto, yo había sentido que ese disparo era distinto a los miles que lo antecedieron en un entrenamiento largo y monótono, sin sentido práctico porque a mi edad ya no podía tener pretensiones deportivas. Había llegado tarde al tiro, todo parecía llegarme tarde en la vida, sin embargo estaba contento. Ya no podría repetir un disparo como ese por varios días, justamente porque lo deseaba. Aunque hiciera otros centros, no serían siquiera parecidos a éste, pero no podía dejar de estar contento. Había tomado contacto con algo que estaba buscando sin estar seguro de qué buscaba, solo intuir, que es muy poco en el mundo del tiempo, que no garantiza siquiera una dirección correcta. Lo que no había logrado leyendo a los místicos y maestros del pasado, ni en los textos sagrados de las religiones de los hombres, ni en las distintas técnicas para controlar la mente, lo había encontrado aquí, entre estos sucios puestos de tiro, con el olor de la pólvora envolviéndome. Entre el estruendo de los disparos, había escuchado el silencio por una brevísima fracción de tiempo. Ahora sabía por qué estaba aquí, por qué le dedicaba parte de mi tiempo, de mi vida, por qué dejaba que me comiera los pocos pesos que me sobraban.

Era un camino, el único que había encontrado hacia el silencio. Sí, estaba contento y deseaba repetirlo lo antes posible aunque supiera que era un retroceso porque para desear, la mente tiene que estar al mando otra vez.

La cosa había empezado un año largo atrás. Siempre me habían gustado las armas y era un sueño postergado el tener alguna y aprender a usarla, pero no había tenido ni el tiempo ni los recursos para darme el gusto. Tampoco los tenía cuando un día, sin que ocurriera ningún hecho desencadenante, llegué hasta el Tiro Federal de Buenos Aires y me hice socio. Empecé a ir con una vieja pistola 22 prestada y no lo podía creer cuando a solo 15 metros no le pegué siquiera al cartón. Si alguno de los tiradores hubiera prestado atención al recién llegado, hubiera dicho en voz no tan baja “No le pega a una vaca en un baño”. Era cierto, la frase era típica de los polígonos del país y cuando se decía era irrefutable porque no solo lo decía un tirador, lo decía el cartón. Con algo de práctica logré mejorar, pero al mismo tiempo tomaba conciencia de lo mucho que ignoraba. Una instructora de tiro que había sido poco tiempo atrás representante olímpica de la Argentina en varias disciplinas, estaba dando un curso para principiantes, pero había empezado un mes atrás y no me dejaron incorporarme, así que tuve que esperar a que empezara el siguiente. “Eso me pasa por llegar tarde aunque sea muy puntual”, pensé. Esperé, que era algo que sabía hacer muy bien, y de vez en cuando observaba de lejos a los que hacían el curso para imitar los movimientos tratando de mejorar. Los polígonos del club abrían de nueve de la mañana a doce del mediodía y de dos a seis de la tarde, así que tenía todo calculado para almorzar rápidamente, estar saliendo una y media, llegar justo a las dos para tirar hasta las tres y así tener tiempo de estar en casa tres y media para dejar el arma y retomar el trabajo a las cuatro. A la mañana no tenía forma de escaparme. Cualquiera hubiera pensado que estaba loco pero yo sabía que era ahora o nunca y lo hice ahora, en un ahora tardío en un ahora al fin. Fui mejorando y empecé de a poquito a pegarle al blanco pero no era suficiente, no alcanzaba ni para empezar.

—Solo los aparatos, solo los aparatos —me repetía la instructora, refiriéndose a que solo debía mirar los aparatos de puntería de la pistola de precisión.

Iba en contra de los instintos pero era así, no debía mirar el blanco. Me costó asimilar el concepto de que era mucho más preciso alinear las miras en una zona indefinida por debajo del blanco, pero no tardé mucho en comprobar que era así y aunque llegué a comprenderlo intelectualmente, entablé conmigo una lucha encarnizada porque a cada momento, aun cuando tuviera las miras perfectamente alineadas, se me escapaba la mirada hacia el blanco y el disparo no salía. Porque ese era todo un tema también, el disparo debía salir solo, sin apretar el gatillo, ya que se producían movimientos en el arma que pretendía mantenerse “clavada” y el impacto terminaba a diez o veinte centímetros del centro, lo que constituía un error garrafal en una disciplina de precisión. O bien me sucedía que el disparo no salía por más que creyera que solo veía las miras, comenzaba a presionar hasta que el movimiento involuntario de alguno de los músculos del antebrazo provocaba un desplazamiento imperceptible de la muñeca hacia arriba y a la derecha o hacia abajo a la izquierda, ¡otro desastre! Tenía que aprender a coordinar el enfoque de las miras sin ver el blanco, con la presión en el disparador justo un poquito antes del desenganche del fiador y a esperar, esperar que se produzca el disparo... ¡solo! Tenía que coordinar esto, pero debía comenzar parándome correctamente frente al blanco, en una posición de perfil oblicuo en la que la pierna de atrás hacía de timón, de tal manera que al elevar el arma con los ojos cerrados quedara perfectamente alineada con el blanco, para lo cual ya había descubierto cuál era mi ojo maestro, el que gobierna el centrado de la imagen en la retina. Y de nada servía si no empuñaba el arma siempre de la misma manera, por lo que necesitaba que la cacha fuera la ideal para mi mano y el guión no saliera arriba ni abajo ni a un costado al elevar el arma, así que debí convertirme en un escultor improvisado del negativo de mi propia mano, haciendo pruebas y más pruebas

con la sufrida madera hasta lograr exactitud en el empuñe. Luego de meses de trabajo me hicieron notar que de nada servía si no respiraba bien. Había que comenzar a respirar al elevar el arma y llegar a la zona de centrado con menos de la mitad del aire, para esperar no más de diez segundos espirando lentamente hasta que saliera el disparo, para que no influyera tampoco el movimiento respiratorio en la precisión. ¡También iba a tener que aprender a respirar!, y si el disparo no sale, bajar, aunque haya costado mucho esfuerzo coordinar con exactitud la compleja cantidad de pequeñas acciones impecables necesarias para hacer un buen disparo. Si no sale, algo se hizo mal y hay que bajar, dejarlo atrás, descansar unos segundos y comenzar desde el principio. No fue fácil aprender a bajar, no es fácil aprender a renunciar cuando sabemos que la perfección se perdió, pero hay que hacerlo porque si se fuerza el disparo una falla de pocos centímetros en el impacto produce pérdidas de puntaje que se acumulan con cada pequeño error. Pero lo peor no es eso, lo peor es que se ha aceptado la mediocridad, lo cual es cómodo y puede ser bueno en la vida pero en el tiro es la diferencia entre hinchar las pelotas o tirar, tirar en serio, cuando ya no importa tirar.

¿Cómo me había embarcado en esto, qué sentido tenía tanto esfuerzo? Había venido simplemente para sacarme el gusto de aprender a tirar y estaba atrapado en una red infinita de complejidades. Cada vez que aprendía a hacer algo descubría que ignoraba dos cosas más y cuando aprendía esas dos, había más allá otras cuatro. Mi ignorancia en un campo tan circunscrito como el tiro de competición con pistola crecía en proporción geométrica mientras más aprendía. Finalmente, pude coordinar todas las acciones para que finalizaran en un disparo más o menos decoroso —la mayoría de las veces— y casi obligado por la instructora me presenté a un torneo. Salí entre los últimos pero hice un buen papel para un debutante. Sin embargo no pude disfrutarlo ya que cometí una inmensa cantidad de errores durante toda la competición. Tuve que regular el disparador a último momento porque no

dio el peso en el control previo y por supuesto no quedó bien. Pisé la línea roja que marca el límite, por lo que recibí varias advertencias del juez de la prueba. No bajé en varias ocasiones haciendo malos disparos innecesarios. Estaba pendiente de lo que hacían los otros tiradores en los puestos contiguos, ¡quería participar del torneo y mirarlo al mismo tiempo! Creí que no iba a ponerme nervioso por la competencia, era un profesional y había pasado mesas examinadoras, exigencias de mi trabajo que ponían a prueba mi temple diariamente y situaciones de la vida en la que no faltaban desgracias irreparables como en toda familia. ¿Cómo iba a ponerme nervioso por una competencia a la que iba porque quería a hacer algo que me gustaba? Sin embargo, los primeros disparos costaron mucho. Por momentos me palpitaba el corazón con tal fuerza que parecía que se me iba a salir por la boca, otras veces temblaba tanto que debía apoyar el arma sobre la mesa y esperar aunque se me fueran los cinco minutos de la serie al galope para terminar tirando de apuro. ¡Tanto que me había costado aprender los rudimentos del tiro!, ahora tendría que aprender a competir, entrenar más y buscar un instructor de alto nivel que me cobraría sus buenos pesos para tenerme cagando mientras intentaba enseñarme. Me había metido en un pantano y estaba atrapado. Si dejaba, tanto esfuerzo se habría desperdiciado, y si seguía, también. Entre un disparo y otro del entrenamiento muchas veces solía preguntarme, ¿qué estoy haciendo aquí? Pero no podía irme así nomás, yo sabía que detrás de todo esto había otra cosa, algo que había atisbado y no podía describir con palabras y tenía que llegar a ello de algún modo. Si no lo hacía tirando me iba a quedar otra vez sin nada. Había venido solo a tirar y el tiro me arrastraba hacia un objetivo que se ocultaba a mi intelecto. Esta vez no estaba dispuesto a dejar que se me escapara, no al menos sin hacer mi máximo esfuerzo, sin entregarlo todo en este intento porque quizás no tuviera otra oportunidad.

—El disparador, ese tiro fue una cagada, más de dos años tirando y todavía apretás el disparador —me dijo a los gritos el entrenador.

—Es que no salía.

—¡Hubieras bajado!

—¡Ya bajé como diez veces!

—Porque estás mirando el blanco.

—No, tenía nítido el guión e igual no salía.

—Creéme, estabas mirando el blanco aunque no lo supieras. Era cierto, me costaba aceptarlo pero en momentos en que otros con mi experiencia participaban en torneos con excelentes resultados yo volvía a los errores del pasado, a los que cometía cuando era un principiante.

—Es falta de concentración, hay que dejar todo afuera cuando se viene a tirar —me dijo el entrenador interrumpiendo una vez más mis cavilaciones y prosiguió— y aunque estuvieras concentrado no alcanza, hay que lograr la atención total, lo que es distinto.

—Todo este tiempo tirando y ahora me decís que no me tengo que concentrar.

—No es tan simple, cuando te concentrás hay una lucha interna, de forma que sin darte cuenta te encontrás haciendo dos cosas al mismo tiempo, lo que resulta incompatible en esta actividad.

—¿No me tengo que concentrar?

—Hay que prestar una atención tan absoluta que nada exista en el universo más que el guión, solo ver el guión enmarcado en el alza, que no exista nada más y no hacer nada más hasta volverse nada.

—Ahora sí que estoy jodido, para seguir adelante tengo que convertirme en un monje Zen.

Han pasado algunos años, sigo yendo a tirar. Avancé mucho, suelo percibir a menudo ese silencio de la mente y aprendí a aplicarlo a otras actividades e incluso a acciones cotidianas. A veces me miran los tiradores más jóvenes. A mí me ha pasado cuando sabía muy poco, cuando ignoraba qué buscaba, cuando ni siquiera sabía que no había nada que buscar, que siempre había estado ahí, que siempre iba a estar. Solía ver a menudo a ese viejo en el polígono, ¿a qué iba? Ya no podía tomar parte en los torneos, era un desconocido, nunca se había

destacado. Pero siempre iba y a veces ocupaba mi lugar preferido. Yo le sonreía y mientras me iba a otro puesto pensaba “¿No tiene nada que hacer este viejo de mierda, a qué viene, por qué sigue tirando?”. A veces me daba la impresión de que apenas podía sostener el arma. Ahora entiendo qué quería, no sé si lo logró pero lo veo con claridad. Debe haber muerto, pasó mucho tiempo y ahora el viejo soy yo. Casi no recuerdo su cara, su expresión, y sin embargo veo la situación más claramente que cuando me lo cruzaba entre cientos de vainas servidas esparcidas por el piso. ¿Fue ayer, es hoy? ¿A qué vine yo, qué es lo que quería? ¿Y el tiempo, cómo pasé por él así, tan pronto? Ya no tengo escapatoria, voy a ser siempre un tirador.

Solo los aparatos, solo los aparatos, no existe nada más para mí que el guión. Si logro un disparo perfecto, solo esta vez y entrar en el silencio, solo una vez más para que no exista el tiempo, para que yo deje de ser por un momento y sea en todo lo que existe.

Un poco de paz conmigo

Había vuelto de unas cortas y malogradas vacaciones y la gente se seguía riendo de mí. Por primera vez había salido del país, me quedaban cinco días libres y había ido a Miami. Como yo era bastante conocido por haber actuado en papeles secundarios de un par de novelas de televisión, me mandaron a una cronista de uno de los tantos programas de chismes del ambiente de la farándula. Me daban prensa gratis, pero la chica ésta no paraba de cargarme. De los cinco días que pude estar allí, llovieron cuatro y al quinto que salió el sol, hacía un frío de cagarse y estaba prohibido meterse al mar porque se había roto un caño de las cloacas. Me metí igual ya que el mar me ha resultado siempre irresistible y, mientras trataba de apartar los soretes a manotazos, me filmaban para la televisión riéndose a carcajadas. Reían durante las notas cuando me cargaban por la lluvia y por la habitación que me había tocado en el hotel y de cientos de contratiempos, y reían mientras me cargaban con buena onda, por supuesto. Yo solía dejar que esto pasara, no es que fuera un boludo, por lo menos no me sentía así, pero contaba mis torpezas estimulando a los demás a que me hicieran bromas que yo aceptaba con una media sonrisa y cara de resignación mientras alzaba las cejas. Un gran escritor me había dicho que él también gustaba de hacerse el boludo, pero su boludo además era medio sordo de forma que le pudiera sacar más ventajas. Esta conducta tenía contraprestaciones porque mi boludo

era solo para los otros, o eso había creído hasta ahora. Era posible que se me hubiese incorporado demasiado. Hacía mucho que nadie me puteaba por ejemplo, muchísimo tiempo y tenía la impresión de que eso era malo, podía estar volviéndome realmente un boludo y no haberme dado cuenta de boludo nomás. ¿Qué me está pasando justo ahora que el éxito parece venir a mí? Perdido en estos pensamientos estaba cuando me interrumpió Alberto, mi amigo y representante artístico.

—¡Qué cansado se te ve!

—Volví más casando de lo que me fui.

—Te vi en la televisión, ¿es verdad que tuviste tantos quilombos?

—Y más, estoy tan cansado que no sé cómo voy a hacer este año.

—Bueno, los proyectos se atrasaron un poco, vas a tener por lo menos quince días más así que aprovecharé para descansar; plata no te estará faltando, me imagino.

—Cualquier vacación que tome va a salir mal, me siguen los periodistas de chimentos a todos lados, las notas son un programa cómico por sí mismas y encima yo no cobro.

—Empezá a mandarlos un poco a la mierda, no les des más bola.

—Les debo demasiado, muchos son amigos, sería de ingrato rechazarlos cuando me va bien.

—Tenés que aprender a ser un poco hijo de puta —me dijo Alberto admonitorio. La frase me pegó, justo había estado pensando en eso, ¿aprender a ser un poco hijo de puta o un poco menos boludo? Alberto siguió hablando—: Mañana salen unos amigos míos a cazar chanchos a La Pampa.

—No me gusta matar animales.

—Vas de acompañante, te vas a despejar en serio.

—Ir con extraños tan lejos...

—¡Venís de Miami!

—Está a más kilómetros pero más cerca, se va y se vuelve más fácil, es el primer mundo.

—Sí, te vi cacheteando soretes —me recordó riendo mientras yo ponía mi cara de boludo, e insistió—: Andá, la experiencia te puede servir para un papel que anda en danza.

—¿De un cazador?

—Justamente —reafirmó Alberto y agregó— son un par de hijos de puta pero yendo de mi parte no vas a tener problemas.

Eso me interesó.

—¿Son muy hijos de puta?

—Los peores.

—¿Los dos?

Alberto sonrió con gesto maligno y acercándose me dijo en voz baja:

—Cada uno de ellos está entre los peores hijos de mil putas que hayan pisado esta tierra.

—Quizás me convenga ir —reflexioné— quizás haya algo para mí.

Alberto hizo por teléfono los arreglos para que me encontrara con Hueso y el Pollo a las cuatro de la mañana en una de las salidas de Buenos Aires hacia el sur. Conozco esos lugares de pasada y aún así me sobrecoge la idea de internarme en esas planicies que se tragan pasivas e insaciables al viento como si éste se escapara del planeta. Una vieja camioneta se acerca al cordón, es de un celeste áspero y opaco cansado de andar a la intemperie, le falta el vidrio de la luneta y tiene doble cabina con una pequeña caja atrás. Se detiene a mi lado. Esperaba una cuatro por cuatro moderna y aunque sé que soy sólo un invitado, esto me desconcierta. El hombre que se asoma me gusta menos, es muy raro, muy flaco. Le sobresalen los huesos de los pómulos y tiene los ojos verdosos, turbios como ojos de muerto. Deja de apretar la mandíbula y sin mirarme dice:

—Vos debés ser Fabián.

—Sí, y vos...

—Yo soy Hueso y este tarado que está al lado mío es el Pollo —me dice aludiendo a un tipo que duerme en el asiento del acompañante—. Subí atrás.

—¿Vamos a viajar muchas horas? —pregunto con tono casual.

Hueso no me contesta y el Pollo duerme.

—¿Hacemos alguna parada?

Hueso no me contesta, ni siquiera me mira.

—¿Se rompió el vidrio de atrás?, se me hace que nos vamos a cagar de frío —insisto.

Nadie me contesta, alzo las cejas y pongo mi cara de boludo. Si quieren viajar en silencio está bien, viajamos en silencio pero por lo menos que me lo digan. Ya pasó más de media hora y nadie me dirige la palabra. Estamos saliendo de las zonas urbanizadas y el Pollo sigue durmiendo, es petiso, morocho y gordo. Su apodo podría ser el gordo pero no tiene cuello, lleva la cabeza pegada al cuerpo y aunque fuera flaco sería el Pollo, le queda justo. Es feo, tiene los labios gruesos y ya descubrí qué es ese permanente olor a mierda, cada vez que damos un salto por algún pozo al Pollo se le escapa un pedo. Hueso parece no percibirlo. No son grandes pedos ni muy olorosos tampoco, pero están ahí y yo aquí. Se suponía que venía a despejarme y estoy envuelto en una nube de pedos de un desconocido en una camioneta desvencijada a la que le falta el vidrio de atrás por lo que si por milagro tiene calefacción, no servirá de nada. Nos alejamos cada vez más de la ciudad y nadie se digna dirigirme la palabra. Está bien, sé que pregunto obviedades y que siempre estoy hablando de más, pero estos tipos no tienen un mínimo de cortesía. No son de esos cazadores finos que vienen de Europa con sus fusiles de aceros imposibles y maderas nobles talladas por ebanistas para matar un ciervo colorado a 250 ó 300 metros con una mira telescópica digna de un astrónomo. Tampoco son de esos americanos locos, que no saben qué hacer con la plata y llegan con revólveres de calibres brutales para tirarle a cualquier cosa que se mueva. Estos son distintos, tan distintos que empiezo a sospechar que ni siquiera son cazadores. No vi armas, ni equipo, ni las actitudes estereotipadas a las que son tan afectos. Hueso maneja en silencio, el Pollo duerme mientras se le escapan los pedos y yo voy sentado atrás

dejándome llevar quién sabe a dónde por estos desconocidos, personajes ridículos, casi de historieta. ¿Por qué no me revelo, cuánto me les pareceré? Los ojos se me cierran de cansancio, si pudiera descansar un rato.

No pude evitar gritar, me subió un alarido de espanto desde las tripas y Hueso y el Pollo estallaron en carcajadas. No soy gritón, trato de reaccionar en silencio pero la sorpresa fue tan grande, fue todo tan rápido e inesperado cuando sentí la respiración caliente, húmeda y obscena en mi oreja izquierda y de inmediato el lamido áspero y desvergonzado que me abarcó la mitad de la cara. Me tiré en el asiento en un intento de alejarme de la ventana de atrás, para ver la blanca cabeza maciza de un dogo argentino. En segundos se sumaron dos cabezas más, tres enormes perros, dos machos y una hembra. La camioneta no tenía luneta para que se asomaran a su antojo pero nadie me había avisado y el susto iba tornándose en indignación. No me tenían en cuenta, mi cabeza había estado a disposición de unos perros que han sido cubiertos por una fama siniestra y si bien solo había recibido una muestra de cariño —inmerecida por cierto— también podía haber perdido un pedazo de cara. En el intento por secarme extendí la baba pegajosa que el más grande de los perros me había untado. Pronto se aburrieron de mirarme y volvieron a recostarse en la caja. Para entonces mis sentimientos se habían disipado y me animé a preguntarle a Hueso:

—¿Así que vamos a cazar con perros?

—A cuchillo.

—¿A cuchillo?

Por supuesto, me contestó el silencio.

Ya me había dado cuenta de que era muy difícil hacer hablar a este hombre y el Pollo a esta altura no importaba, los únicos ruidos que hacía venían de su culo y yo no tenía ningún interés en hablarle. Seguimos recorriendo kilómetros y kilómetros. A mí me parecía que no parábamos ni siquiera a cargar nafta, pero era imposible, seguramente las paradas habrían coincidido con los momentos en que me dormía,

así que cuando quería echarme una meada teníamos que parar especialmente al costado de la ruta y como no parecía molestarlos en lo más mínimo, no me hacía problema. Tanto me había acostumbrado a estar siempre viajando que me desperté al detenernos, pero no estábamos en una estación de servicio y me sorprendió que fuera de noche. En el cielo había millones de estrellas, cada una de un brillo único, como no recordaba haber visto jamás. La luna se presentaba casi llena y me asombró poder distinguir cada rasgo geográfico en su blancura. Parecía inmensa y sin embargo la oscuridad de la noche se imponía. Estábamos muy lejos de cualquier ciudad, donde los cielos son devastados por la luz artificial. No recordaba desde mi infancia un cielo así. Tenía la mitad del Universo ante mí con solo levantar los ojos y quedé inmovilizado un instante. ¿Había estado siempre ahí ese cielo? Cuando salí de mi trance y vi por qué habíamos parado, me fue subiendo un frío por la espalda y el cuello hasta la cara. Había un camión no muy grande con caja metálica, con las luces intermitentes prendidas y un hombre parado ante las puertas abiertas, inmóvil, con un gesto de espanto que me ponía al borde del pánico sin imaginar siquiera qué había sucedido. Hueso y el Pollo se miraron con seriedad resignada y se bajaron para recorrer como si no quisieran llegar los cinco o seis metros que nos separaban del camionero. Fui detrás de ellos, no me quise quedar atrás con los perros que se habían parado y miraban en silencio con cada músculo tenso. Hueso miró al Pollo que le hizo un gesto casi imperceptible con los ojos y preguntó:

—¿Está bien, jefe?

—No puede ser... no puede ser.

—¿Qué paso?

—No lo puedo creer, no entiendo... no entiendo nada...

—Dígame que pasó.

—Iba manejando y empezaron unos ruidos raros en la parte de atrás del camión, pensé que estaría mal cerrada una de las puertas y paré a revisarlas.

No pude evitar intervenir y dije lo primero que me vino a la mente.

—En el medio de la nada, con esta oscuridad, ¡hay que tener huevos!

—Qué huevos, no sé como no me desmayé del miedo, solo paré a cerrar bien las puertas, ¿cómo iba a imaginar una cosa así?

Hueso volvió a tomar el control de la conversación. —¿Y cuando paró, qué pasó?

—Las puertas estaban cerradas, volví a escuchar ruidos, las abrí y ellos estaban ahí... eran como personas chiquititas pero de luz... de luz azul, ocho o diez quizás y al abrir la caja me miraron un instante, saltaron del camión y corrieron para allá —dijo señalando el campo de altas malezas cortantes y espinosas a un costado de la ruta.

Hueso le clavó los ojos hasta que el pobre hombre no tuvo más remedio que sostenerle la mirada y con tono de mando, remachando cada palabra con un gesto de la mano le dijo:

—Présteme atención, esto es muy importante, ¿hicieron ruido al saltar del camión?

—Sí, se escuchó al llegar al suelo, en la tierra deben estar las huellas.

—¿Se fueron derecho por ahí?

—Sí, por ahí —dijo señalando otra vez hacia la oscuridad. Yo estaba aterrorizado, sabía que en estas zonas se hacen muchos avistamientos de OVNIS.

—¡Vamos Pollo! —gritó Hueso y los dos corrieron a la parte de atrás de la camioneta, abrieron una caja larga que llevaban con los perros y sacaron cada uno un tremendo fusil.

—¿Qué carajo están haciendo?

—¡Dale Fabián —dijo Hueso ofreciéndome una pistola que llevaba bajo la camisa— vamos a cazarlos!

No la agarré y me quedé paralizado mientras ellos se internaban entre los pastos como si fueran adolescentes jugando al rugby.

—¡Paren, paren hijos de puta, vengan acá boludos, vengan che! —terminé con impotencia mientras veía cómo se alejaban por el movimiento de las puntas de los pastos más altos.

El camión arrancó y se fue, el camionero tenía tanto miedo como yo y se había rajado como querría hacerlo yo si tuviera las llaves de la camioneta, si los perros no me gruñeran cada vez que miro hacia ellos. La partida de sus dueños los cambió y yo me mantengo a duras penas parado ante el viento, temblando por el frío y por el miedo, sin siquiera poder sentarme en la camioneta y esperando a un par de locos, ¡que se fueron a cazar seres de otro planeta! y que no sé si volverán. ¿Cómo terminé aquí, cómo hago para salir de esto? No veo movimientos en la vegetación, tengo la impresión de que no volverán. Puede haber más armas en la caja de atrás pero está junto a los perros y no puedo ni pensar en acercarme, ese gruñido bajo que tienen estas bestias de mierda es como una vibración que me dice más que mil palabras de amenaza. Lo único que puedo hacer en esta situación incierta es esperar y me parece que cada segundo es interminable. Estoy más atento de lo que nunca estuve en mi vida. Cada vez que miro hacia la oscuridad, me entra una sensación de vacuidad que llega a marearme, entonces tengo que mirar la camioneta y a los perros alertas, tensos, listos para el combate pero sin ansiedad. Parecen gladiadores veteranos que saben que han vivido de más. Ruidos cercanos me apuran el corazón que me golpea como si se quisiera abrir camino para liberarse. Si no veo pronto qué es lo que viene por la oscuridad, me va a dar un ataque de pánico irracional.

Hueso y el Pollo se acercan caminando entre las matas con las armas al hombro, indiferentes como quien se alejó para estirar las piernas.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Hueso sin poder disimular la ansiedad.

—No los alcanzamos.

—¿Eran extraterrestres?

—¿Vos qué viste?

—El camionero dijo que eran como con forma de personas chiquitas de luz azul.

—Qué lástima, se nos fueron.

—¿Pero qué eran?

—Y, serían como con forma de personas chiquitas de luz azul, ¿no Pollo?

—¿Pero eran o no eran extraterrestres?

—¿Qué carajo tenés con los extraterrestres?

—No podían ser humanos, ¡y ustedes salieron a cazarlos! —Bueno, ahora no vamos a saber nunca qué es lo que eran.

El Pollo sonrío como un idiota y yo no entiendo nada. Estoy cada vez más convencido de que el Pollo no es normal, no ha pronunciado una palabra en todo el viaje y casi siempre da la impresión de ser un débil mental y Hueso... yo no sé para qué me molesto en discutir con un tipo que se niega a razonar.

—A razonar no —interrumpe Hueso mis pensamientos dejándome perdido en el asombro y prosigue—: Nunca me niego a razonar, pero sé lo que vi y lo que no vi.

Mientras me recupero, el Pollo suelta a los perros que se internaron en el campo por el mismo lugar por el que habían salido ellos. Corren en silencio, sin ladrar, apenas los jadeos y algún que otro gruñido. Se pierden en la oscuridad en segundos y subimos a la camioneta a esperar. Hace el mismo frío adentro que afuera, pero estamos al resguardo del viento, ese viento omnipresente del sur que parece ensañarse conmigo empujándome con desprecio, como si supiera que aquí yo soy más extraño que nadie. Vuelvo a esperar esta vez con Hueso y el Pollo y, cosa extraña, me doy cuenta de que me siento más solo con ellos que cuando esperaba que volvieran. Es una locura incompreensible cómo he permitido que me pongan en esta situación. No los conozco, me doy cuenta de que pueden ser peligrosos y por lo que he visto hasta ahora, están más cerca de ser enfermos psiquiátricos que los cazadores de confianza que me había referido mi amigo y, como si esto fuera poco, tengo que tener cuidado hasta de lo que pienso. Quiero irme de aquí más que cualquier otra cosa que hubiera querido jamás, salir de esa situación en la que no controlo nada. Pero han soltado los perros y en vez de ir tras de ellos como hacen los cazadores a cuchillo, esperan. Ya pasó media hora y sé

que no se van a ir sin ellos. En todo este tiempo no ha pasado ningún coche, parece no haber el mínimo atisbo de civilización en muchos kilómetros y yo aquí, en manos de un par de imbéciles a los que no les importa nada que tenga la mínima lógica. Cualquier cosa que yo diga no les va a importar así que solo espero, a ver si a esos perros de mierda se les canta volver o si son los extraterrestres los que regresan o si a alguno de mis acompañantes se termina de rechiflar y me emboca un tiro. Ya no soy dueño de mi destino, quizás nunca lo fui, pero verlo con tanta claridad ahora y tener la certeza de que podría haber sido distinto sólo si yo hubiera querido, me provoca una sensación extraña. No es angustia ni miedo, es un vacío, una sensación de no ser nada ni nadie que yo no había conocido antes y no sé por qué en vez de distraerme con cualquier pensamiento, con cualquier melodía o charla, permanezco en silencio sintiéndolo. Me hace sentir mal pero es mío, es más mío que cualquier otra cosa que hubiera tenido antes. De golpe, desde la oscuridad, sale uno de los perros cubierto de sangre y camina trabajosamente hasta nosotros. Hueso se baja, pasándole los antebrazos por entre las patas lo levanta como si no tuviera peso y lo deposita atrás con delicadeza fugaz pero infinita. Luego se pone al volante y arranca al mismo tiempo que para mi desesperación dice:

—Mejor rajemos.

Toda su atención está puesta en manejar en la oscuridad lo más rápido que esta carcacha permite. No comprendo nada de lo que ocurre, me inclino hacia adelante y tocándole levemente el hombro a Hueso le pregunto:

—¿Qué pasó?

—¿No viste?

—Solo lo que vimos todos.

—Eso pasó.

—¿Pero qué fue lo que atacó a los perros? —insisto.

—Ellos fueron los que atacaron pero esta vez les dieron para que tengan.

—¿Y los otros?

—Muertos seguro, solo este cagón volvió —dice refiriéndose al dogo inmóvil en la caja.

—¿Y los otros, los vas a dejar allí?

—No te preocupes, ahora volvemos y les hacemos un funeral vikingo —me dice con ironía, mientras el Pollo se sacude hacia arriba y abajo riéndose en silencio.

—¿Habrán llegado hasta los extraterrestres?

—Yo no sé de ningún extraterrestre ni pelotudez parecida —dice Hueso con fastidio— con lo que se hayan encontrado, perdieron. —Y sigue—: Espero que no hayan atacado a alguien en un puesto de estancia porque esta gente se pone muy jodida y ya deben estar organizándose para perseguirnos —termina Hueso, sonriendo con la mitad de la boca.

Yo no sé si me está cargando pero la más remota posibilidad de que suceda eso me pone otra vez al borde del descontrol. Entonces para mi desgracia, agrega:

—Vamos a tener que cambiar de planes, estamos perdiendo mucho tiempo y ya no podemos cazar con perros.

—¿Se suspende la cacería? —pregunto con alegría infantil de un chico que no irá al colegio mientras Hueso y Pollo ríen. Hueso mira al Pollo de reajo y me dice:

—No, boludín, quería conseguir una cabeza de jabalí porque en algunos valles aislados del sur de la cordillera hay unos gatos inmensos que la gente cree extinguidos y les resulta irresistible esa carnada —y sigue— me quería tirar el lance de ver a uno, pero va a quedar para otro momento, se nos va el tiempo y el Pollo tiene que pasar una prueba.

—¿De qué mierda estás hablando, tengo las pelotas por el piso con ustedes, quiero volver a Buenos Aires ya, carajo!

Hueso para la camioneta bruscamente y se baja, agarra el cuerpo inerte del perro del cuero de la nuca y de la grupa y lo revolea a un cos-

tado de la ruta. Luego me clava la mirada y mientras hace un ademán digno de un bailarín de ballet en voz muy baja me dice:

—Andate, el norte está para allá.

—Pero, aquí no hay nada.

Hueso me mira en silencio por medio minuto eterno y me dice:

—¿Entonces nos vas a honrar con tu presencia?

No contesto, sube y nos ponemos en marcha.

—Cambio de planes —dice Hueso— nos vamos hacia la costa.

No quiero hablar más, me bajo a la primera oportunidad y volver a casa no me será difícil. Me tranquiliza el pensamiento de no volverlos a ver nunca más. Viajamos varias horas, debe ser mucho tiempo porque me duermo, cada vez que nos detenemos a cargar nafta yo estoy durmiendo y aunque me doy cuenta, no puedo salir del sopor ni moverme, así que para mí es lo mismo que no parar. Viajamos mucho tiempo y mucha distancia. Ya no quiero saber adónde vamos ni a qué, pero me aburro tanto que finalmente pregunto:

—¿Y qué prueba es esa que tiene que pasar el Pollo?

Para mi asombro me contesta el mismísimo Pollo, que a esta altura yo habría jurado que además de idiota era mudo.

—Tengo que arriesgar la vida por nada, tengo que pasar por el terror más absoluto y la única forma en que yo puedo llegar a eso es tomando contacto con los miedos instintivos de nuestra especie, aquellos que acumulamos miles y miles de generaciones de seres humanos prehistóricos y miles y miles de generaciones de las especies de las que evolucionaron ellos —y sigue— dicen que esa memoria aún está en cada una de las células de los hombres y mujeres de hoy y calculo que a esta altura de mi vida es lo único que me puede asustar.

Yo no salgo de mi asombro, no ya porque el Pollo hable ni por lo que dice en sí mismo. ¡Este negro pedorrero es culto!, me está hablando de la memoria ancestral con tono de catedrático universitario. Tratando de disimular mis sentimientos le pregunto:

—¿Y se puede saber qué es lo que vas a hacer?

—No vale la pena que te lo cuente porque lo vas a ver y no te vayas a perder nada porque no vas a tener otra oportunidad; eso sí, aceptame un consejo, miralo con los ojos, nada más que con los ojos.

Dicho esto reclina la cabeza contra la ventanilla y se duerme de inmediato como si lo hubieran desenchufado.

—¿Qué quiso decir? —le pregunto a Hueso, en vano.

Me despierto sobresaltado, estoy solo, dormí en mala posición y me duele girar la cabeza. Veo que la camioneta está estacionada a unos diez metros del borde de un barranco, seis metros para abajo la playa y cien metros al frente el mar. Un grupo de treinta o cuarenta lobos marinos al límite de la última estirada de las olas, mira mar adentro como hipnotizados. Con una de las olas llega una bestia enorme, una orca, que queda fuera del agua prendiendo un cachorro entre sus mandíbulas. Sin soltarlo comienza a arrastrarse con movimientos bruscos tratando de volver al agua. Lo consigue tres o cuatro olas después, se interna en el mar y tira al lobito hacia arriba varias veces como si jugara con una pelota. Otras orcas dan vueltas alrededor, van a compartir la comida. No puedo ver la sangre, ni siquiera sé si grito porque la pared de viento que viene del mar provoca un ruido ensordecedor, como si estuviera ante la hélice de un gran avión.

Hueso está parado a un metro del borde del barranco y me hace una seña con la cabeza para que fije mi atención en algo. Apenas puedo tener los ojos abiertos por la arena que me pega en la cara, pero igual veo al Pollo en la playa acercándose al grupo de lobos marinos. Se detiene unos pasos antes de llegar a ellos y se quita la ropa. Desnudo se une al grupo de animales y ocupa un lugar un poco por delante. Los lobos no le prestan atención pero yo quiero gritar, quiero gritar algo que lo convenza de salir de ahí rápido, algo que el viento no permitirá que llegue jamás. No puedo hacer otra cosa que observar y no grito ni pienso más. Entiendo lo que me ha dicho el Pollo antes de llegar aquí, no lo puedo explicar pero lo entiendo. Llegan varias olas a la playa y contra lo que se hubiera esperado de mí, el miedo y la desesperación

desaparecen. Le clavo la vista a una masa oscura que se acerca con una ola y veo una orca inmensa arremetiendo contra el Pollo. No llega a morderlo porque él se tira rápidamente a un costado y al pasar de largo la orca lo roza con su cuerpo y genera una onda en el agua que aleja a su presa voluntaria un poco más. La orca se revuelve para girar hacia el mar, pero se empecina en dar la vuelta hacia el lado en que está el Pollo que, con el agua hasta la cintura, permanece expectante a cada movimiento del inmenso animal que finalmente logra darse vuelta y nada hacia aguas profundas. Recién ahí el Pollo camina hacia la playa y mirando hacia nosotros nos saluda con las dos manos. En este frío, en este viento, nos está saludando desde la orilla totalmente en pelotas. Y yo me doy cuenta sin pensarlo, sin analizar nada, que el Pollo pasó su prueba, que usó a la orca para cazar sus miedos.

Ya no siento ni alegría ni tristeza, no siento asombro ni miedo y no me importa si la situación es grotesca. Sólo observo y tengo una paz que no sentía desde la niñez olvidada. Hueso se acerca al borde del barranco hasta que las puntas de sus pies quedan en el aire, entonces se inclina hacia adelante como si se fuera a dejar caer al vacío con los brazos extendidos a los costados imitando a un Jesús crucificado y se va de frente con el cuerpo tieso. Una ráfaga de viento lo endereza, él espera unos segundos y repite el movimiento, otra ráfaga lo empuja hacia atrás. Me doy cuenta de que le ha tomado el tiempo al viento, que algunas ráfagas más fuertes llegan a la costa a intervalos regulares y este loco de mierda hace eso, no sé para qué, porque no parece divertirse siquiera. Lo observo hasta dejar mis razonamientos atrás, hasta dejar de juzgarlo y en una reacción que no me explico, me paro junto a él y tomándole la mano comienzo a inclinarme yo también hacia el vacío, sin calcular nada, sin decir nada. No tengo miedo y caigo hasta que el viento me endereza a la fuerza. No sé cuántas veces lo hacemos, pero son muchas. Perdí de vista al Pollo hace rato, pero no necesito verlo para saber que está desnudo en la playa, riéndose.

Viajamos, yo ya no duermo y el Pollo tampoco. No pronunciamos una palabra más pero me siento cómodo. Estamos volviendo, aunque ya no siento que necesite volver a ningún lado. Sé que me van a dejar en la misma esquina de Buenos Aires en que nos encontramos, que no nos vamos a despedir y que al alejarse no van siquiera a mirarme, sé también que no los volveré a ver pero no tengo lugar en mí para la nostalgia, el día está claro y me parece ver todo de un modo diferente, es una cualidad casi imperceptible que hace a cada objeto más definido. Aprecio la profundidad de mi campo de visión como si tuviera belleza por sí misma y tengo paz, por primera vez en mi vida llevo un poco de paz conmigo.

El amigo

Época de agitación aquella de los 70 en la Argentina. Se mataban salvajemente entre dos bandos mientras la mayoría de la gente trataba de vivir al margen de la violencia. Pero las urgencias de Luis eran de otra índole, más humanas, más mundanas, más de la vida misma, compartidas con todos sus compañeros de primer año de la secundaria del colegio de curas. No era fácil en una época de televisión en blanco y negro, sin libros ni revistas ni películas sin censura al alcance de los más jóvenes y donde las costumbres hacían del sexo algo secreto, clandestino, que nada tenía que ver con la familia. A cierta edad se podía admitir que tenía que ver con la reproducción pero no con el amor y mucho menos con el placer. Era un tema tabú sobre el cual en la mayoría de las familias no se podía hacer referencia, así que la información era compartida y extendida por la tradición oral de pandillas de barrio y compañeros de colegio. En la calle, entre los diez y los doce años, se avivaba al gil de turno que incrédulo escuchaba cómo era eso de coger, garchar, fifar, entubar, follar, o como se lo quisiera llamar en cada época y lugar. ¡Y del coito, no hay que olvidarse del putísimo coito! Se enteraba uno de paso de dónde vienen los chicos y no faltaba el entrometido que solo para divertirse le aclaraba que eso era lo que le había hecho su papá a su mamá en caso de que su papá fuera realmente su papá, claro. Luis había pasado por ese trance y aunque tenía las mismas inquietudes sexuales de los otros, estaba muy lejos de ser como Pablo, su amigo, que parecía vivir pendiente de

cualquier imagen o pensamiento que pudiera excitarlo. La fijación de Pablo muchas veces lo fatigaba, parecía no poder hablar de otra cosa que de gambas, culos, conchas y tetas. Siempre charlaban en el recreo largo de la mitad de la mañana, que duraba casi media hora y cortaba el estado de abombamiento en que les quedaban las mentes luego de las clases enciclopédicas. Los mandaban al colegio de curas porque se suponía que impartían una enseñanza superior a los del Estado, y se evitaban las malas compañías ya que allí no entraba cualquiera, o al menos era lo que se esperaba del lugar. Luis descubriría en la universidad que ni siquiera le habían enseñado a estudiar. Mientras Pablo le hablaba de alguna compañera de curso, por el patio del colegio pasaba el rector, cura petiso y nervioso, arrastrando por el piso el borde de su sotana. Los alumnos le temían por sus arranques de furia. Si entraba al aula un silencio demoledor llenaba el ámbito de inmediato, si cruzaba por el patio, ese mismo silencio lo antecedía y quedaba por unos momentos tras de él, como la estela de un barco en el mar. Nadie se atrevía a sostener su mirada desorbitada, ni los profesores. El cambio de color de su cara al rojo violáceo anticipaba uno de sus berrinches que solía ser acompañado por una sonora cachetada. Eso era lo único que Luis quería evitar a toda costa, esa cachetada pública que el rector y algunos otros curas profesores soltaban con tanta facilidad. El dolor no le preocupaba pero sí la humillación con que debía soportar en silencio y con mirada de perro apaleado. No sabía si podría cumplir con la sumisión que de él se esperaba y aunque tenía la seguridad de que no permitir que lo sometieran era el único acto de rebeldía que su severo padre le permitiría, las consecuencias de una mala reacción igualmente podían ser nefastas para él.

Luis era el único que no le tenía miedo. Lo miraba indiferente, no lo desafiaba en absoluto pero no lo conmovían esas furias descontroladas que dominaban al cura, ni sus miradas ni esa aureola de poder ilimitado que parecía rodearlo en el mundo microscópico del colegio. Pero no podía dejar de prestarle su máxima atención cada vez que

aparecía, no para ponerse a la defensiva como los otros sino porque solían ocurrir cosas interesantes cuando el cura se hacía presente. En una época había sentido respeto por ese hombre, cuando se enteró de que había edificado esa enorme parroquia y el colegio primario y secundario de la nada. Era un logro notable. Siempre había dos o tres chicos del interior, generalmente de Santiago del Estero, que venían a vivir en la parroquia y supuestamente a estudiar. Eran sacados de la clase si el cura necesitaba que fueran a hacer algún mandado o para mandarlos a limpiar y así ahorrarse personal de servicio. Le quedó grabado una vez en que el rector estaba de un inusual buen humor en la cocina del colegio, sentado en una silla con los pies arriba de una mesa, comiendo queso de rallar que cortaba de una inmensa horma con una cuchilla. Tiraba los pedazos de cáscara al piso y esos chicos corrían para tragárselo.

La última clase había perturbado a Pablo. La profesora de matemáticas era realmente fea, pero tenía piernas de jugador de fútbol y usaba minifaldas por la mitad de los poderosos muslos por los cuales cualquiera de nosotros se hubiera dejado abrazar gustoso. Luis no entendía por qué los curas se hacían los distraídos. Sus compañeros se volvían locos, especialmente cuando se daba vuelta y se estiraba para escribir alto en el pizarrón. Era una pésima profesora, incapaz de enseñar matemáticas a nadie, pero lo último que hubiera hecho alguno de sus alumnos era quejarse. Luego de esos 45 minutos de clase Pablo había quedado medio loco de excitación. No tanto como el pibe nuevo que se sentaba en la última fila para masturbarse entre las risitas del resto. La única que parecía no darse cuenta era la profesora.

Un día en el recreo largo Luis se enteró de que Pablo había concretado su mayor ilusión en la vida, había cogido. Ahorrando el almuerzo de una semana había juntado lo suficiente para ir con una prostituta del barrio que le habían recomendado.

—¡Qué bárbaro che, qué bárbaro! —le decía con una sonrisa de oreja a oreja mientras se frotaba las manos.

—¿Terminaste enseguida?

—¿Cómo supiste?, tenés que ir, ¡qué mina!, tenés que ir.

—Ya voy a ir.

Luis no compartía la desesperación de Pablo, todavía se arreglaba bien solo. No fue sino hasta un par de años después. Disponía de buena guita porque su padre, un hombre muy ocupado, le soltaba la plata sin hacer muchas preguntas. Averiguó de una “casa de masajes” de primera. Era sitio de empresarios, generales, jueces y en tiempo de democracia, de diputados y senadores. Se puso el traje para parecer más serio, más grande. No iba a engañar a nadie, tenía solo dieciséis años y a esa gente de la calle no se le pasaba nada, pero Luis conocía algunos trucos de esta sociedad y cuando se acercó a los tipos que cuidaban la entrada y ya lo venían mirando con cara de perro, sacó la billetera repleta de plata grande y con aire distraído les preguntó:

—¿Cuánto cuesta la entrada?

—Pase por aquí señor; sígame por favor; deje su ropa por allí nomás; a sus órdenes; cualquier cosita que necesite me avisa —y por fin— las chicas están por allí.

Esto último se lo anunciaron señalando con la mano abierta hacia arriba, como quien dice “sírvese nomás” al tiempo que lo hacían entrar a una enorme habitación alfombrada de pared a pared, en penumbras. Una barra en uno de los lados, hombres de diversas edades con una toalla blanca a modo de taparrabos y las chicas en malla, como si estuvieran en la playa. Y esa morocha imponente, con una malla enteriza amarilla, acostada boca abajo en una reposera. “¡Esta es la mía!”, pensó tratando de refrenar el entusiasmo. Algunos de los hombres estaban en la barra, otros sentados en unas mesitas con chicas que los hacían consumir bebidas. Él se pidió un whisky y se sentó a contemplar a la morocha. No quería arrebatarse como un desesperado, pero de pronto se le cruzó por la mente la posibilidad de que otro la llamara. Le hizo una seña a uno de los empleados y le dijo que quería ir con ella, la de la malla amarilla. Lo llevaron a una habitación donde había una camilla

a un costado. Al minuto entró ella, cerró la puerta trabándola con un pequeño pestillo, y se le acercó hasta apoyar su suavísimo y bronceado cuerpo contra el de él, mientras le acariciaba los brazos. Luis le rodeó la cintura y luego bajó sus manos hasta tomar los cachetes del más hermoso culo que hubiera podido imaginar. La chica sonrió y la toalla con que Luis se cubría no pudo disimular la erección de adolescente.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó, más por decir algo que por saberlo.

—Verónica —le contestó al oído, mientras frotaba su mejilla contra la de él.

¡Era increíble!, y tan fácil, iba a ser todo tan fácil. Le soltó el pequeño broche que sostenía la malla por detrás del cuello y se la bajó hasta la cintura, contemplando los pechos. Luego le terminó de bajar la malla hasta los tobillos y ella la dejó a un costado con el pie. Luis se quitó la toalla mientras ella se acostaba en la camilla boca arriba. Se le acostó encima y cuando iba a meterla sin saber por qué ni cómo, se le ocurrió que Verónica no era su verdadero nombre. Y aunque era lo lógico el pensamiento se llevó la erección de Luis que se quedó de pronto sin algo que meter. La chica fue amable y voluntariosa, trató de darle ánimos, le masajeó la pija con sus manos, se la chupó con habilidad técnica y entusiasmo, se puso en cuatro patas y lo invitó a montarla pero nada dio resultado. Luis no podía reponerse del shock inicial que le había provocado su primera falla. Pagó y se fue. Una hora después, al recordar lo que había sucedido tenía ganas de golpearse la cabeza contra la pared. Solo pensar en esa mujer lo excitaba y se masturbó tres o cuatro veces por día durante una semana. No le faltaban ni potencia ni ganas, ¡y pensar que la había tenido ahí! Perdió mucha plata ese día e hizo un terrible papelón, pero lo que más le dolía era la oportunidad desperdiciada. Se sentía el más estúpido de los hombres, si es que era un hombre. “¡Qué idiota, qué idiota!”, se repetía. “¿Por qué este impulso permanente e incontrolable de estar pendiente del sexo, será la edad?” Luis a veces tenía la impresión de que tanto Pablo

como él y todos sus compañeros y amigos, se habían convertido en esclavos del sexo. Había escuchado decir que era una necesidad natural tan fisiológica como el comer, tan inevitable. Pero ellos no estaban siempre pensando en comida. Y si trataba de no prestar atención a los pensamientos sexuales, terminaba siendo peor, no solo no lograba controlar sus impulsos sino que quedaba a merced de ellos. ¿Cómo había llegado esto a ocupar un lugar central en su vida y en la de tanta gente? Nadie a su alrededor parecía poder manejar el problema, ¿y cuándo se había vuelto un problema, y por qué? El perro de Luis se le acercó buscando que le acariciara la cabeza. “Él no tiene problemas sexuales —pensó— ni para encontrar hembra ni para llevar a cabo el acto; sigue a una perra en celo y en cuanto puede la pone.” Lo superaba su perro, no constituía un problema para los animales, las plantas ni las bacterias. Al sexo lo complicaba el pensamiento pero esto no le ayudaba a sentirse mejor ni a manejar sus ansiedades y, sobre todo, no lo ayudaba a liberarse de la dependencia de sus deseos.

Luis y su amigo Pablo habían hecho juntos la primaria y habían ido de viaje de egresados a Bariloche. Conocieron los lagos immaculados, subieron algunos cerros, tocaron los fríos arrayanes. Al pasar algunos años siguieron saliendo de campamento siempre junto a algunos amigos más, aunque la amistad entre ellos era más fuerte, más íntima. Compartían sus sueños, sus miedos y sus lujurias de adolescentes, también los silencios. Pasaron juntos muchas horas mirando el fuego, las estrellas, escuchando las noches de los montes. Compartieron la comida y el hambre, las incomodidades, el frío y el hastío. Eran buenos amigos. Aunque Pablo le había contado su debut hacía tiempo, Luis no había contado su fracaso y tampoco el lastimoso éxito que había tenido. Luego de su primera experiencia había analizado pormenorizadamente los porqués y llegado a la conclusión de que un error fundamental en su estrategia era la causa. Ese lugar tan fino, donde él no estaba en su ambiente, la chica tan estupenda, increíble, ¡claro!, si era increíble entonces no podía creerse y así ¿quién puede triunfar? La

próxima sería mejor, pero tardó en decidirse un año más. Lo ocurrido todavía le hacía sangrar el orgullo. Cuando se decidió, averiguó la dirección de un piringundín en las afueras de Buenos Aires, un prostíbulo de los de antes, donde lo que menos importaba eran las finezas y el encanto. Al llegar ante la puerta lo observaron desde una pequeña ventanita de vidrio espejado —luego se daría cuenta de que era blindado— y a través de un micrófono le preguntaron:

—¿Va a entrar?

—Sí, por favor.

—Son cinco pesos el derecho de admisión, Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos —le dijo la voz a una velocidad ininteligible.

—¿Qué?

—Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos.

—Bueno —dijo no muy convencido.

Depositó los cinco pesos en una bandejita que habían deslizado por una abertura en la pared y vio la plancha metálica con un agujero para pasar el caño de un arma. “¿Dónde me estoy metiendo?”, se preguntó mientras entreabrían la puerta para dejarlo pasar. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vio cinco morochas acodadas en fila en la barra. Lo miraban sonrientes esperando que eligiera. La habitación había sido un patio techado con chapas que dejaban filtrar la claridad de la tarde por algunos agujeros. “Se ahorraron los juegos de luces”, pensó. Las chicas eran feas, cinco gordas petisas y bigotudas vestidas con ropa de cuero ajustada que contenían sus enormes culos de matronas. Pero ya estaba ahí y ya había fracasado una vez, si se iba sería otro fracaso. Aquí le cobraban muy poco y ya se estaba arrepintiéndose. Quería mirarlas lo menos posible y le hizo una seña a la más cercana. Ella lo tomó de la mano y lo llevó a un baño viejo, con baldosas con guardas y dibujos que muchos años atrás habían sido amarillos y negros. En algunos lugares las baldosas estaban partidas y hundidas varios centímetros. El antiquísimo inodoro “Las Pescadas” a pesar de estar rajado se mantenía en una pieza. La rajadura había sido invadida

por un tinte marrón, el tanque de hierro cubierto de una capa de óxido de décadas con la fina cadena colgando a un costado y un pequeño lavatorio al frente.

—Sacá el bicho —le dijo la chica.

—¿Qué?

—Que lo saqués.

—¿Acá? —preguntó.

—Te voy a lavar —le aclaró riéndose la mujer.

Era agosto, que en Buenos Aires es el más crudo y húmedo invierno y no había calefacción. Lo que sacó no debía ser muy impresionante porque la mujer soltó una carcajada, pero de inmediato se recompuso y condujo a Luis hasta el lavatorio donde le lavó el miembro con un jaboncito. Luis seguía pensando demasiado. Cuando la chica se rió pensó en que era muy mala comerciante y mientras se dejaba lavar se le ocurrió que la clientela del lugar no debería ser muy cuidadosa con la higiene. Ella lo condujo a una habitación iluminada por una débil luz roja. “Menos mal —pensó— así no la voy a poder ver bien”. Había un catre de caños con una colchoneta, la habitación era octogonal y tenía una puerta por cada pared. Se le desbocaron una vez más los pensamientos. “¿Cómo voy a poder hacer nada aquí, me estarán espiando, estarán bien cerradas todas esas puertas, o entrará alguien?” La chica se estaba sacando la ropa de cuero y al quitarse la faja la barriga le quedó colgando. Al sacarse lo demás se cayeron las tetas y se cayó el culo como si se estuvieran derritiendo. Luis iba de asombro en asombro y quizás la chica pensó que estaba embelesado. Sin dejar de sonreírle dijo:

—Coitobucovaginalveintepesosquinceminutos.

Le dio un billete de 50 diciéndole que se lo quedara, se desvistió y tuvo que insistir para que desistiera de chupársela. No podía comprender cómo se había instalado en la sociedad la manía animal de lamerse los genitales. Una influencia más de la civilización francesa, le habían dicho una vez. Tuvo una modesta erección que desapareció

apenas se acostó sobre la chica. Entonces giró hacia un lado y pensó “Fallé por segunda vez consecutiva, nunca voy a poder”. La rudimentaria profesional intuyó lo que ocurría y cerró los ojos haciéndose la dormida. Luis le acarició los muslos y ella siguió dormida, subió con sus manos por entre las piernas y no se despertó. Poco a poco fue recuperando una rigidez que le permitió entrar y terminar con unos pocos movimientos. Se vistió con apuro le dio un beso en la mejilla a modo de agradecimiento y se fue de allí para siempre. Ya lo había hecho, no había sido gran cosa pero había cumplido. ¿Con quién?, con el mandato social, que pocos años después descubriría que era una de las tantas estupideces con que nos dejamos presionar por ese nadie que es la sociedad, la gente, las costumbres. Caminando hasta la parada del colectivo se dio cuenta de que no había tenido una relación sexual sino que se había masturbado usando a la mujer como una cosa. Eso no era sexo, de todas formas había entendido que no le alcanzaba con lo que hacían los animales. Le quedó un sabor amargo por la experiencia y pasó mucho tiempo antes de volver a intentarlo.

Luis no le contó las peripecias de su debut a Pablo, a pesar de que éste sí lo había compartido con él. Por un lado porque Pablo había disminuido su fijación sexual. De todas formas Pablo no le había contado, más bien le había comunicado la novedad. Otra diferencia notable era que Pablo había sufrido antes, no durante y después como él. Sus experiencias eran muy distintas. Siguieron siendo amigos mientras sus obligaciones fueron coincidentes, pero al terminar la secundaria se alejaron arrastrados por otros problemas y otras urgencias. Luis recordaba de cuando en cuando los buenos y malos momentos compartidos con su amigo y se preguntaba si a Pablo le pasaría lo mismo. Cuatro años después se volvieron a encontrar. Luis iba caminando por la avenida y se quedó paralizado de la sorpresa al encontrárselo cara a cara. Pablo llevaba del brazo a una chica que parecía ser su novia o quizás su esposa.

—¿Qué haces, tanto tiempo? —le dijo Pablo sonriendo. —Aquí ando nomás —contestó Luis, que no sabía si tenderle la mano, abra-

zarlo o quedarse así, parado a más de un metro y medio de distancia con las manos en los bolsillos.

—¿Seguiste estudiando? —preguntó Pablo otra vez.

—Derecho, estoy en la mitad.

—Yo no, los libros nunca fueron para mí —dijo Pablo. Luis contestó con una sonrisa y se quedó sin saber qué decir.

—Bueno, chau —dijo Pablo, retomando su camino.

Pablo caminaba como si no hubiera pasado nada y Luis se quedó vacilante. El encuentro había sido tensionante para Luis, pero no comprendía por qué, la sorpresa no lo justificaba y no había pasado tanto tiempo como para que se convirtieran en extraños. Se preguntaba si Pablo tendría las mismas inquietudes. Su cara no era la misma, no tenía la frescura de la juventud, sus ojos no tenían el mismo brillo. Sería cosa del tiempo, los años que nos afectan a todos. Sin embargo, no sentía que a él le hubiera pasado lo mismo. Tal vez ninguno de los dos había querido que el otro se enterara de que todavía no habían cumplido ninguno de sus sueños, que ni siquiera lo estaban intentando, que la vida lo llevaba a cada uno a su antojo por caminos que no habían elegido, que a pesar de seguir siendo jóvenes ya estaban fracasando. De pronto a Luis se le ocurrió que no volvería a ver a Pablo nunca más y que hubiera querido despedirse de otra manera. Siempre puede ser la última vez. Cómo saberlo, cómo darle a ese último encuentro la trascendencia que merece. No hay forma. Pablo se había llevado consigo recuerdos sobre él que nadie más conocía, que nadie más podía apreciar. Se había llevado consigo buena parte de su adolescencia. No lo volvió a ver por mucho tiempo, pero la despedida no fue para siempre.

Pasaron veinte años y Luis no solo no tuvo ninguna noticia de Pablo, hasta llegó a olvidarlo. Esa mañana hacía frío, él se había levantado temprano a pesar de que no tenía nada que hacer. Había perdido pocos días atrás el trabajo y si bien su situación todavía no era preocupante, no se habituaba al cambio, a las horas vacías que no sabía en qué utilizar, a la incertidumbre del futuro. Se levantaba temprano

y trataba de mantenerse activo dando vueltas como un león enjaulado con tal de llegar cansado a la noche y no entrar en la trampa del insomnio. Si fuera por él hubiera vivido acostado el resto de su vida, pero sabía muy bien que eran los primeros síntomas de una profunda depresión y ésta puede llegar a convertirse en una enfermedad grave. Se preparaba el café que tomaba lento, sin azúcar para sentirle el gusto. Leía el diario haciéndolo durar para que esos sucios papeles le ayudaran a pasar el tiempo. Era libre.

Antes las veredas eran anchas para andar en bicicleta o jugar a la pelota, la calle adoquinada, grandes árboles bordeaban los cordones de granito, pero eso era antes de que achicaran las veredas, de que levantaran los árboles de raíz, de que asfaltaran la calle y la convirtieran en una avenida de seis manos. Su mundo se había deshumanizado, todos parecían estar de paso. Se asomó a la puerta para ver si necesitaba la campera para salir y se dio cuenta de que en ese mismo umbral estaba parado cuando la vio siendo muy chico.

—¡Ahí viene el malón, ahí viene el malón! —gritaba la vieja con horror.

Ella tendría algo más de cien años y Luis cerca de diez. Era la década del 60, así que era improbable que ella tuviera recuerdos de la guerra con el indio. Habría crecido con los relatos y las huellas de un pasado que formaba parte de su infancia. Mucho más tarde Luis comprendió que esa guerra tan lejana, recién había terminado con la muerte de esa mujer o de algún otro anciano con recuerdos similares, solo con la desaparición definitiva del último sobreviviente involucrado aunque fuera indirectamente. O quizás habría que esperar a que muriera él, que había escuchado a la vieja, que había comprendido a una edad en la que no se sabe casi nada, la marca que el terror puede dejar. Tal vez una guerra no tuviera fin, que estuvieran en nosotros cada una de las guerras desde fin del siglo XIX y las del XX y las que vinieran hasta su muerte. Y un poco de las guerras de la historia también, incluso las mitológicas. No, las mitológicas tenían solo heroísmo, no se podía sentir la tragedia en carne

propia. Que Héctor mata a Patroclo, que Aquiles mata a Héctor y Paris a Aquiles y todo por una mina. Años de guerra y la trampa de Ulises y la matanza de los 676.000 troyanos. Pero si no se podía ver el dolor en una cara, la desesperación en ojos contemporáneos, ésas no contaban. Si solo se tomara un siglo en quedar atrás, todavía no terminaba la Primera Guerra Mundial, de la cual el mismo había llegado a conocer a varios participantes. Ni que hablar de la Segunda y las que vinieron durante todo el siglo de guerras con carne de cañón al por mayor, con la técnica, la industria y la ciencia a su servicio, cada vez más eficiencia en el matar y menos hombres con alma de guerreros.

¿Por qué se había puesto a pensar en guerras? Vio a dos soldados. Tal vez los había visto antes sin darse cuenta, lo suficiente para disipar sus pensamientos que parecían moverse a su antojo dentro de su cabeza. Uno venía hacia él y otro timbreaba en la vereda de enfrente. Le eran familiares, se presentaban como veteranos de Malvinas, venían a pedir plata.

—Una ayuda para los veteranos —le diría en un instante ese hombre.

Ya no podía meterse adentro para dejar sonar el timbre como si no hubiera nadie y ahorrarse la discusión. Hubiera sido fácil alargarle un billete de dos pesos y seguir tranquilo, pero no quería.

—¿Una ayuda para los ex combatientes de Malvinas? —Andá a la puta que te parió. —¿Qué?

—No te doy un carajo y andate a la concha de su putísima madre —le soltó Luis con toda la bronca que tenía hacia estos tipos y la acumulada por otras cuestiones de la vida.

—Disculpe, jefe, usted está totalmente pirado, solo le pedí una colaboración para los ex combatientes de Malvinas.

—Vos no sos ex combatiente y la mayoría de los ex combatientes no combatieron nunca —y siguió incontrolable— no fueron a Malvinas, los llevaron, y me alcanza con verte la jeta para saber que a vos ni siquiera eso.

—¡Yo peleé con el Batallón 601, fuimos los que más ingleses matamos! —le dijo el morocho disfrazado con ropa de rezago.

—¡Tomátelas antes de que te llene el culo de patadas, payaso hijo de puta!

—¡Pelemos por ustedes, por vos miserable, que la tenés toda! —gritó el disfrazado mientras se alejaba.

—Por eso estoy acá, hablando con una basura.

—Basura serás vos —bramó el ofendido volviendo sobre sus pasos— ¿quién te creés que sos?, yo peleé por la Patria, peleé por vos, para que estés muy cómodo aca hablando boludeces.

—¡Andate a la puta que te parió, hijo de mil putas!

Se cruzó el soldado que estaba enfrente y los separó diciéndole a su compañero:

—¡Vámonos, vámonos boludo!

—¡Pablo! —se le escapó en un grito a Luis.

—Luis, ¿otra vez vos?

—¿Cómo otra vez?

—Es la segunda vez que nos encontramos —le dijo a Luis, mientras su compañero se alejaba.

—Lo decís como si fuera la segunda vez esta tarde y encima vos también disfrazado —y siguió— fuiste exceptuado de la colimba antes de la guerra, igual que yo.

—Un currito, después hablamos, tengo que pedirte un favor.

—¿Qué favor? —preguntó ya al aire porque Pablo se alejaba. Pasaron muchos años más, no volvieron a encontrarse nunca. A veces Luis pensaba “¿Estará vivo, estará muerto?, es lo mismo, él es totalmente diferente a como era y yo también.” El Pablo que había conocido no existía desde mucho tiempo atrás y tampoco el Luis que Pablo conocía. “Si me lo encontrara sería un extraño más, aun si esta vez nos diéramos tiempo para recordar nuestra juventud, aunque intercambiáramos direcciones y nos siguiéramos viendo seríamos extraños.” Uno cambia momento a momento. Luis nunca más tuvo alguien con quien

compartir sus deseos, pensamientos u ocurrencias de la manera tan abierta, incondicional y espontánea como con su viejo amigo. ¿Alguna vez fueron amigos o se distrajeron mutuamente por un tiempo, existía la amistad? Habían quedado por el camino todas las quimeras de la adolescencia. No existía la amistad, no existía la justicia, no existía ni siquiera el amor, no existía Dios tampoco. Sabía que todo lo veía y analizaba con referencia a él mismo, centro del universo, lo que es normal en cualquier persona. Luis tenía una familia, esposa, hijos, hermanos. Pero antes su alma no estaba a la intemperie. Eso extrañaba, no a Pablo que ya no existía para él, extrañaba creer que otro era igual, que le pasaba lo mismo. Aunque un hombre cínico y descreído como él, nunca más pudiera acceder a ella, extrañaba la ilusión de la amistad.

Siempre es tarde

Aunque El Lobo Estepario fue publicado veinte años antes de que naciera, siempre le había molestado la sospecha de que el autor estaba aludiéndolo, por eso nunca lo leyó ni nunca lo perdonó. Caminar solo y de noche por las calles de una gran ciudad puede convertirse en un vicio para cierta clase de hombres. En esas horas que quedan suspendidas en el tiempo, cuando el día próximo está aún muy lejos y el anterior se perdió en el pasado, en esa soledad de tinieblas arriesgando la vida en cualquier callejuela perdida, andando sin rumbo hasta que las piernas se acalambren, inspirando desconfianza y hasta temor a algún otro noctámbulo errante, cruzándose a largos intervalos con todo tipo de gente, los borrachos a quienes a propósito se les hizo muy tarde para llegar, alguna puta que quedó en banda o un estafador de insignificancias que trata de explicarle justamente a él que no le alcanzan las monedas para volver a su casa en colectivo, como hizo con el que pasó antes, como hará con el que venga. Ya se lo cruzó otras veces, lo observa como quien estudia a un insecto y aunque no gasta las palabras, no puede evitar decirle como a tantos otros en otras tantas noches.

—Nos habíamos llevado tan bien mientras no nos conocimos.

Lo deja atrás una vez más, debe creer que es un loco perdido en esta noche de ciudad inabarcablemente solitaria. ¿Cómo puede mentir así, cómo puede pedir así? Él caminaría por toda la eternidad antes de mendigar a un extraño. Tan flaco, con el pelo negro y muy lacio hasta los hombros, pidiendo estupideces con ojos de desesperado, le provoca

un rechazo visceral. Pensó cagarlo a golpes para descargar furia, pero no lo va a hacer nunca. Quién será él para juzgarlo, quién podría entender su forma de vivir. No es un lobo de las estepas, es más bien como un tiburón de la ciudad. Dicen que los tiburones no pueden detenerse, que tienen que vivir nadando sin cesar para pasar el agua por las branquias y respirar. Él es así, si se detiene se ahoga, no sabe dónde va pero no se puede quedar quieto. Una noche caminaba por una calle adoquinada, iluminada por cansados faroles colgantes que creaban sombras al azar del viento con las hojas de los árboles añosos, movimientos irreales contra los brillos del granito húmedo, entre las baldosas levantadas por las raíces, contra las paredes descascaradas de casas en abandono. Ese barrio parecía estar deshaciéndose como un cadáver. Vio algo al pasar, contra su costumbre miró hacia atrás. Apenas asomaba por la ventana la mitad de la cara de la vieja, clavándole el rencor de su mirada. Una duda explotó dentro suyo y desandó la mitad de los diez pasos que los separaban.

—¿La conozco?

—No, pero yo a vos sí que te conozco —le contestó ella sabiendo que lo había enganchado.

—¿Perdón?

—No te hagas el estúpido, ya es tarde.

—¿Tarde para qué?

—No importa, porque es tarde para mí y si es tarde para mí es tarde para vos.

—¿Tarde para qué? —repetió con la intuición de que estaba por recordar algo que ya sabía.

—Tarde para que yo cumpla y te enseñe, pero tardaste demasiado y ya no puede ser, no podés elegir, solo tenías que encontrarme y no me encontraste nunca —terminó la vieja.

—¿No puedo elegir? —dijo él con ironía. Ella negó con la cabeza y él se alejó dos o tres pasos.

—¿Quién es usted?

—La vieja Lina.

—¿La conozco?

—Ya te dije que no.

—¿Y me conoce?

—Ya te dije que sí.

—¿De dónde me conoce?

—De ningún lado —suspiró— te conozco porque sé lo que estás buscando.

—Yo no estoy buscando nada.

—Sí que estás, por eso dejaste hace tiempo de tratar de ser esto o aquello, por eso no te comprometiste nunca con nadie, por eso no tuviste hijos y no te pesa, para buscar.

—¡Pero no le digo que yo no busco nada!

—¿Por eso caminás por las noches sin rumbo? —preguntó la vieja, y concluyó—: No se busca al azar, por eso llegaste tarde.

—¿Tarde para qué?

—Cuando el discípulo está listo...

—...aparece el Maestro —completó él.

—Sí, pero el discípulo no apareció hasta ahora, que es tarde.

—¿Estuve toda la vida buscando?

—La mayor parte.

—¿Por eso no tengo religión?

—Por eso.

—¿Por eso no tengo ideologías?

—Por eso.

—¿Por eso no tengo familia, ni amigos, ni nadie que me espere?

—Te desprendiste de todas las cargas y ya no hay destino.

—¿Por eso este vacío en el que vivo?

—Sí.

—¿Por eso esta soledad demoledora?

—También —le confirmó la vieja Lina mirándolo con la ternura que se permite pocas veces en la vida alguien implacable. Una certeza sin palabras lo fue invadiendo.

—¿No hay ninguna forma?

—Es irremediable, en pocas horas debo trascender, hubiera sido mejor que no nos cruzáramos en esta noche de desolación.

—Desolada la noche y desolado yo para siempre.

—No es así.

—¡Pero me quedo sin nada!

—Tenés tu búsqueda.

—Ahora no hay dónde llegar.

—Es más de lo que tiene la mayoría.

—Qué pérdida, peor que perder la vida, que perder un hijo, peor.

—Tenés tu búsqueda —le volvió a repetir la vieja evitándole los ojos.

—¿No habrá alguna otra forma?

—No la hay.

—¿Cómo voy a seguir viviendo?

—Atento, que es mucho.

—¡Ni siquiera puedo distraerme!

—Mejor.

—Va a ser una agonía el resto de mi vida.

—Solo hasta que te acostumbres.

—Hubiera sido mejor no saber nada —dijo para sí mismo.

—Eso nunca es mejor.

—Hubiera sido mejor no encontrarnos.

La vieja asintió.

Despertó de la siesta acongojado. No le gustaba acostarse al mediodía, pero cuando el Sol estaba en el cenit le chupaba la energía. Se dormía de debilidad, tenía la necesidad imperiosa de recostarse aunque se levantara sofocado, con los ojos irritados y ahora con toda la angustia que pueda soportar un mortal. Había soñado con su padre, que tenía muerto mucho tiempo ya. Estaban manteniendo una de las violentas discusiones que fueron tan frecuentes en los últimos años. Llegaba a enfurecerse con él por su obstinación por no dejarse cuidar,

por hacer cosas que lo destruían. En lo más violento del griterío, cuando ya no importaban los argumentos, le había dicho:

—¡Pero si estás muerto, es hora de que te dejes de joder!

Su padre le había contestado:

—Vos estás peor, ya me contó la vieja Lina.

En ese momento había despertado. Tenía que ser una creación del mundo de los sueños. La vieja Lina estaba muerta, ella le había dicho que iba a trascender esa misma noche en que se encontraron. ¿Y si no hubiera sido así, si fuera una prueba? La había pasado muy mal en los meses posteriores al encuentro, ahora se había sosegado y vivía más tranquilo, como quien no tiene nada que perder, como si lo hubieran declarado incurable por un diagnóstico incontrovertible, por una condena inapelable y aceptándolo se dedicara a vivir tranquilo lo que le pudiera quedar. Era un alivio, una liberación de las pequeñeces de la vida, y de la vida misma. Había dado por sentado que la vieja había muerto, ¿y si no? Le costó encontrar la casa y vaciló largo rato. Reconocía la ventana por la que se había asomado la vieja pero la puerta era como si no la hubiera visto nunca, de tablones pintados de rojo. Su aspecto estaba fuera de lugar en esa casa, le inspiraba malos presentimientos. Intuyendo que no debía traspasarla, tomó aire como si estuviera por comenzar una carrera en las Olimpiadas y golpeó con fuerza. Esperó antes de volver a golpear y así lo hizo diez, veinte, treinta veces más. Se quedó largo rato mirando la puerta impenetrable y silenciosa que no se abriría para él. La miraba como si pudiera haber algún indicio en ella, alguna clave en su textura, sus rendijas e imperfecciones, que le permitieran saber cómo actuar. No obtuvo nada, pero se fue tranquilizando más y más mientras observaba ese objeto inerte.

—El negocio quedátelo vos, solo quiero irme —le dijo a su hermano, que lo miraba perplejo.

—Siempre supe que eras medio loco, pero irte así como...

—...como si hubiera muerto.

—De todas formas no puedo manejar el negocio solo.

—Podés y te va a ir mejor.

—¿Y vos qué vas a hacer?

—Sé qué es lo que no voy a hacer, no voy a seguir perdiendo el tiempo.

—¡Trabajar no es perder el tiempo!, ¿te vas a ir al Tíbet o a Machu Picchu a entornar los ojos y poner cara de idiota hasta que te creas que has llegado a eso que estás buscando desde hace tanto tiempo?

—Lo haría, si pudierairme sin llevarme a mí mismo, lo haría pero sé que huir sólo es una postergación.

Así dejó todo y como no sabía qué hacer se sentó en una silla durante horas, durante días y pensó, pero no pensó en problemas concretos ni pensó gobernado por las necesidades de la mente. Se quedó quieto y por primera vez en su vida pudo adentrarse en su ser hasta agotar sus inquietudes y dejarlas atrás. Se dio cuenta de que por fin había detenido su afán de llegar a ser quien debería y se dijo que no importaba no dejar obra alguna si todo lo va a deshacer el tiempo. Sonrió al recordar los nombres de próceres en las plazas y calles, conjuntos de letras que nada tenían que ver con las personas que habían usado sus combinaciones como propias, y dejó eso atrás. Y recordó una época, cuando era un adolescente que sentía que no necesitaba nada para vivir, que le alcanzaba con su fuerza inagotable, con su optimismo candoroso, con sus ganas intactas. No le preocupaba el pasado ni el futuro, la muerte parecía estar inmensamente lejos, se llevaba la vida por delante. Evocó esas sensaciones y sentimientos inocentes y los dejó atrás. Y se dijo que no le importaba no dejar hijos. Si un hijo compartía con él la mitad de su genética y un nieto la mitad de la mitad y un bisnieto la mitad de la mitad de la mitad y así reduciéndose a la mitad en cada generación, ¿qué quedaría de su mensaje de ADN en veinte, treinta, o mil generaciones? Y si una persona que viviera dentro de miles de años tuviera los ojos castaños como los de él, qué importaría quién se los hubiera pasado. Pasado, como se pasan los ladrillos de mano en mano. Qué le importa a una pared quién fue ése que ya

no existe y que pasó el ladrillo, así que lo dejó atrás. Y se dijo que sería más fácil vivir para él si hubiera un cataclismo universal y tuviera que juntarse con otros sobrevivientes para intentar salvarse viviendo día a día entre desconocidos. Podría dejar por muerta su historia personal y su autoimagen para interactuar con los otros como un hombre nuevo, adulto pero recién nacido. Y se dio cuenta de que no serviría porque enseguida construiría otra imagen de sí mismo y la tendría que interpretar y hacerse imágenes de los otros y defenderlas. Así que lo dejó atrás. Y se dijo que por qué no vivía sin preocuparse, sin esperar nada, sin deseos, solo vivir. Como ese viejo que cruzó en una calle de Buenos Aires hace mucho, uno de los europeos de la guerra, del hambre y de la miseria, sentado en la puerta de su casa disfrutando del tibio sol de la tardecita y al verlo pensó “Si pudiera tener esa tranquilidad, ese desapego y no pasar por toda una vida para darme cuenta qué es importante y qué no”. Y dejó eso atrás. Y vio cómo cada uno de sus deseos habían sido intrascendentes, cada una de sus preocupaciones irrelevantes y fútiles, cada uno de sus enojos inútiles y absurdos. Vio sus justificaciones, su autocompasión, su arrogancia y tantas otras cosas. Se vio finalmente a sí mismo por un instante y se dejó atrás.

Estuvo sentado en una silla durante días sin levantarse ni moverse, sin cerrar los ojos. Prestó especial atención a no cerrar los ojos. Recordaba la leyenda de Buda, que se había cortado los párpados para no dormirse cuando meditaba y que éstos se habían convertido en los pétalos de la amapola. Él no era tan valiente ni tan loco, mejor estar despierto. Al final apenas podía tener los ojos abiertos, los labios secos y resquebrajados. Se incorporó y el mareo casi lo lleva al piso. Luego de unos instantes caminó como un borracho hasta el baño y tomó agua de la canilla de a tragos desprolijos, bestiales, chorreándose como un animal desesperado. Era de día. Una araña muy pequeña, casi invisible, bajaba y subía desde el techo como si dominara la fuerza de gravedad. La observó durante un tiempo sabiendo que era imposible, pero la siguió observando sin buscar el hilo transparente, preservando

el momento mágico que ese bichito magnífico le dedicara a un ser tan insignificante como él. La observó hasta dejar de saber que era imposible, luego se fue a acostar, se había perdido pero había logrado volver al mundo. Se sentía relajado y creyó que iba a dormir bien. Si alguien pudiera conocer los últimos sucesos de su vida como un observador imparcial, pensaría que se estaba suicidando de una forma lenta. Era posible, la idea del suicidio no le resultaba ajena ni repudiable, podía hacerlo si las circunstancias de la vida lo acorralaban de tal forma que no hubiera mejor salida. Podía morir en ese trance que se le antojaba definitivo, pero moriría luchando, sin rivales y en el más feroz de los combates.

Se despertó más cansado que antes. No pudo levantarse al primer intento y se quedó acostado boca arriba, mirando el techo y esperando sin saber qué. Seguía decidido, no se rendiría hasta encontrar algún sentido a su vida, aunque se le fuera en el intento, aunque enloqueciera en el camino. Muchos otros lo habían intentado antes que él, la mayoría habían fracasado pero no quería volver atrás, a la vida tal como la van llevando los demás. Para él no tenía significado. Estaba empecinado y siguió adelante, infinitamente débil, con todo el cansancio de la humanidad encima. No se estaba suicidando, ni siquiera se estaba muriendo, sólo se estaba apagando. Como un fuego que consume su propio origen y se va haciendo cada vez más débil hasta disiparse en el aire dejando unas pocas huellas en el suelo que pronto serán limpiadas por los elementos. Muchos pensamientos pasajeros se le cruzaron y los dejó ir luego de observarlos con indiferencia, pero uno no era común y le prestó atención. Revivió el día en que hizo la prueba a la que le había estado dando vueltas tanto tiempo. Él sabía de místicos hindúes que se provocaban dolor para verificar que podía ser reconocido como algo separado de uno mismo. Aunque en su sociedad pareciera un acto irracional, podía tener un profundo significado para él. Tenía que hacer ese descubrimiento. Los animales que son cazados, a pesar de tener terribles heridas, huyen y luchan con todo su ser de una forma en que

diffícilmente podría hacerlo un ser humano. Sienten el dolor y el miedo pero no se ponen a pensar si van a morir o cuánto van a sufrir o si están acabados, solo actúan. Quería aproximarse a esta percepción y lo iba a hacer con su cuchillo, el cuchillo británico de guerra número 5, el que usaban los comandos apodados los *butchers*. Se lo había copiado un artesano por lo que era igual en cualidades a los originales, pero único. Un cuchillo que no tenía filo porque solo servía para matar y cuando lo desarrollaron durante la Segunda Guerra Mundial consultando a comandos, forenses y lanzadores de circo, sacaron en conclusión esa hoja de simpleza diabólica, vaciada a dos lados, suficientemente larga para llegar a los órganos vitales de cualquier hombre desde todo ángulo. Más daga que cuchillo, la hoja pavonada de negro y de un peso insospechado. Cuando lo tuvo en sus manos lo desafiaron a sostenerlo apoyando la punta en uno de sus dedos. No pudo, entonces colocó la cruz sobre el canto del índice para evaluar su equilibrio. El artesano lo interrumpió con un grito.

—¡Nunca haga eso con un cuchillo!

Luego le explicó que para poder lanzarse, debía tener un desequilibrio perfectamente conocido y que lo debía tirar sin efecto, como si fuera una piedra. De esta forma sabría con exactitud cómo llegaría a destino. Este cuchillo daba media vuelta en 4 metros, entonces había que tomarlo de la hoja. Si el blanco estaba a 8 metros, había que tomarlo del mango porque completaba una vuelta y si estaba a doce metros otra vez de la hoja para dar una vuelta y media. La forma de su acero y su peso desmesurado aseguraban que entrara como en manteca tibia. Le contó que lo habían probado con un puma que habían cazado y eso que el cuero de esas bestias no es como nuestra piel. Muchas veces lo había recordado, pero esta vez le parecía oír la voz ronca de ese hombre, ver sus ojos acuosos y sentir la mano temblorosa con que le tendió un manual casero que él mismo había hecho, con fotos que mostraban cómo se debía apuñalar a un hombre, dónde se debía enterrar la hoja, qué movimientos había que hacer luego, en qué puntos

del cuerpo su entrada resultaba mortal, cada una de las posiciones graficadas con una secuencia de fotos. Le recomendó salpicándolo varias veces con su cuchicheo baboso, que no se lo mostrara a nadie. Esto había ocurrido hacía muchos años pero él lo recordaba bien y todavía conservaba ese cuchillo. No lo necesitaba —no lo había necesitado nunca— pero lo veía como un objeto de poder. No había corrido sangre por su hoja, ahora iba a correr la suya. Lo recordó tan vívidamente que sintió el dolor agudo cuando sentado en el piso se levantó la piel del muslo izquierdo y la atravesó de un golpe. Volvió a ver la sangre chorrear y puso toda su atención en el dolor hasta que ya no fue de él, solo un dolor. Se sintió fuerte, un potentado de su entereza. No pudo evitar sonreír levemente al evocar esas imágenes del pasado y las dejó por fin atrás. Recordó también las miles y miles de horas de lectura y estudio, de investigación minuciosa de todas las religiones, filosofías y pensadores de la humanidad en la búsqueda de un significado para estar aquí. Y las toneladas de tratados, novelas, poesías, cuentos, tesis y todo lo que pudiera leerse atravesando por sus ojos hasta su mente, barriendo su alma los conocimientos ajenos como barre el viento las nubes inmaculadas en la cima de las montañas. Y finalmente dejó todo eso también atrás.

Perdió el sentido unos instantes eternos y al reanimarse se quedó mirando la oscuridad que sin razón aparente de pronto se le antojó imperfecta. No era como esa otra que había sabido conocer antes de adquirir su memoria, cuando apretado al límite de la sofocación, atrapado entre membranas y viscosidades aceitosas, inerte ante las sensaciones ajenas, los roces quemantes, apretujones aplastantes, el ruido de los corazones y las tripas, fue expulsado con violencia de la oscuridad absoluta, de la tortura. Fue el rechazo primordial. No sabía que no podía ser peor lo que venía, no tenía cómo comparar, no podía pensar, solo sentir lo que era ese ahora sin memoria, sin palabras, sin la mente. Después de todo, no había estado tan mal la vida. Aun siendo una mierda nada era peor que aquella pesadilla. Quizás lo que pudiera

venir también fuera mejor o por lo menos una mierda mejor. Y por primera vez en muchísimo tiempo tuvo una certeza, nunca llegaría. Si hubiera tenido fuerzas hubiera sonreído, ya no le importaba nada, se rendía, se entregaba por fin. Ya no le quedaban fuerzas para respirar así que dejó eso también tras de sí y no le importó y paradójicamente, al haberse rendido, al no querer ya nada de este mundo ni de ningún otro, tuvo un atisbo durante un instante infinitesimal. Si hubiera podido sonreír hubiera sonreído, si hubiera podido reír hubiera reído como nunca. Pero eso había quedado atrás.

Fue Alfredo, su hermano, el que lo encontró tendido, rígido y frío de algunas horas. Se quedó mirando su última expresión. Era la primera vez que veía paz en esa cara demacrada, tan familiar y tan querida. Se tomó unos minutos antes de llamar a la ambulancia. La autopsia iba a ser tan inevitable como inútil. Se sentó junto a ese cadáver que ya no era nadie y suspiró con impotencia. Acababa de enterarse de su muerte y ya tenía nostalgia. No lloró. Ya habría tiempo después y cuando llorara no lo haría por el hermano perdido, lo haría por él. Él era un hombre común, estaba conforme con lo que iba logrando, las comodidades y la tranquilidad de lo predecible. Nunca tendría el valor de entregar su vida por algo intangible que nadie sabía qué era en verdad. Lo miró de nuevo y por primera vez lo envidió. Había sido consecuente con su forma de vivir, con sus deseos, con sus intereses. Había muerto en su ley. Lloraría después, pero no por su hermano.

Ya habían pasado más de quince años desde la muerte extravagante del hermano de Alfredo. Él, por su parte, había seguido viviendo inmerso en sus ocupaciones. Sin embargo, esa tarde, no comprendía por qué, le venía a la mente su imagen y se perdía en los pensamientos y recuerdos que aún los unían. Era muy extraño porque estando con vida, le pasaba prácticamente inadvertido. Era una cualidad que su hermano había desarrollado apenas ambos dejaron la niñez o tal vez fuera una cualidad de él mismo para ignorarlo sin proponérselo. Pero esa tarde su hermano volvía a él, no recordando el día de su muerte,

tampoco esos últimos meses tan raros en que le daba por desaparecer, sino los hechos más cotidianos de la vida común, alguna media sonrisa, su mirar espiado, algún que otro gesto mínimo. No se sentía bien con estas remembranzas, no porque su hermano hubiera vivido siempre en soledad ni tampoco porque hubiera muerto así. Igual, no hubiera sido posible otro final. Aunque él era el mayor, no había tenido nunca ascendencia ni influencia sobre sus decisiones. A medida que pasaban los años, creció en Alfredo la incertidumbre por todo lo que desconocía sobre cómo había terminado su hermano, cuáles habían sido sus propósitos, si había llegado a alguno de sus objetivos antes de morir, y mientras más tiempo pasaba peor era la sensación. Se sentía como aquellos que apelan a un supuesto dios en un momento de desesperación y luego lo olvidan para descubrirse tan ingratos cuando su vida se va agotando. Y éste era un mal momento para Alfredo. Su negocio se había ido a pique luego de años a la deriva, inerme ante el huracán de la crisis económica. Él había luchado con ahínco, con fervor, y podría haber seguido así por el resto de su vida, siempre luchando, sin mirar alrededor, sin detenerse un momento ante nada. Pero las cosas se habían precipitado y se encontraba prácticamente sin nada y con la familia disgregándose, en retirada cada uno por su lado. Siempre había sabido que no existía lo permanente, pero le costaba aceptar que su familia, de la cual él se veía como un cimiento viviente, se iba disipando como la niebla. Él siempre había cargado con todos, excepto con su hermano que nunca se lo permitió. ¿Qué hubiera tenido que hacer para contenerlo, internarlo contra su voluntad, no era mucho mejor lo que había pasado o por lo menos más digno? Aunque era consciente de que siempre había hecho todo lo posible, tenía una inquietud interna que no sabía por dónde soltar. Ahora creía aproximarse a lo que había sentido su hermano en sus últimos días. Se había quedado solo desde afuera y por fuerzas exteriores y su hermano, que había durado en este mundo mucho menos, se había quedado solo desde adentro y por su propio poder.

Alfredo siguió viendo a los suyos, casi siempre al principio de vez en cuando después. Ya no tenía su negocio, trabajaba de remisero con un coche que le había quedado. Necesitaba cada vez menos. Yendo y viniendo, llevando gente de aquí para allá por lugares que no le importaban. Aguantaba interminables plantones esperando a un cliente que tardaba en bajar de su departamento, esperando a que alguien saliera de alguna reunión, esperando y esperando y esperando como los cocheros de antaño, que pasaban la mayor parte de sus vidas esperando que el noble a quien servían saliera de la fiesta. Él esperaba sentado en el auto, ni siquiera tenía un caballo a quién acariciar y hablarle, esperaba escuchando las intrascendencias de la radio y más últimamente en silencio. Y pasaron muchos años y los hijos que ya eran grandes se hicieron más grandes y extraños y los afectos de otros tiempos, recuerdos, es decir nada. Había trabajado todo el tiempo, ¡tantos años! Ahora le venía con frecuencia a la mente lo que le dijo a su hermano aquella vez: “¡Trabajar no es perder el tiempo!”. Y sin embargo tenía hoy la amarga certeza de que no había sabido hacer otra cosa que perder el tiempo. ¿Cómo decían esos párrafos de Enrique V?, que los que murieran en sus camas querrían cambiar toda su vida por volver a tener la oportunidad de combatir hoy y morir en una batalla imposible de ganar. No, no era así, pero ése es el sentido romántico con el que se había quedado, la decisión épica de pelear una batalla perdida. Tan épica como aquella decisión de Hernán Cortés de quemar las naves para no tener otra salida que la de avanzar, que la de vencer. A él las naves se le habían perdido solas y de a poco. ¿Cuándo había dejado pasar la batalla, cuál había sido el punto de inflexión en su vida en que había tomado el camino del hastío y perdido el de la gloria? No lo podía precisar, pero su hermano le parecía cada vez menos loco.

Pasaron muchos años más, quince o veinte, más quizás, hasta que ya no sirvió ni siquiera para burro de carga. Hacía mucho que nadie dependía de él, que no tenía ningún propósito, que su presencia era una molestia cuando por cualquier nimiedad, por un instante, dejaba

de ser omitida. Quien lo viera podría creer que en esa situación él estaba sufriendo, pero en realidad estaba más tranquilo que nunca. Ya no corría de un lado a otro tratando de llenar ese vacío, ya no sentía frustración por nada que hubiera hecho o dejado de hacer. También había dejado de contar el tiempo y había comprendido que su hermano había seguido su propio camino. Él había estado siguiendo el suyo a su manera y si bien había sido muy largo y tedioso, ya estaba terminando. No haría lo que su hermano, no sabía ni podía. No se mataría tampoco, tenía una última cosa que descubrir. Lo suyo evidentemente era esperar. Era un especialista de la espera, pero ahora esperaba con toda su atención, sin impaciencia, sin querer nada de nadie. Esperaba sin esperanza. Llovía fuerte afuera y el agua que resbalaba por los vidrios le impedía mirar a lo lejos. Permaneció de pie frente a la ventana. Ya no sentía dolor porque él también había aprendido a ser el dolor mismo. Le quedaba muy poco tiempo, nada lo presagiaba como inminente pero él lo sabía. Las fuerzas lo abandonaban y se acostó sabiendo que no volvería a estar de pie. No se despidió de nadie y esperó, por última vez. La oscuridad comenzó a rodearlo, ignoraba si venía desde afuera hacia él o si sus ojos ya no tomaban la luz. Trató de ver, trató de meterse en esa oscuridad gastando sus últimos anhelos. Luego se quedó quieto, quieto el cuerpo, quieta la mente, quieto, quieto, quieto. Ya no era él. Si hubiera podido sonreír hubiera sonreído, si hubiera podido reír hubiera reído como nunca, como su hermano.

El experto

—¡Ya sé lo que voy a hacer! —le dijo Gastón a su madre con entusiasmo.

—Iba siendo hora —fue el único comentario de ella.

Lo dijo como hablando para sí misma y su tono daba a entender que no le creía ni le importaba. Era lógico, su hijo tenía ya 33 años, había terminado a duras penas el secundario tardando el doble que los demás, había comenzado tres carreras universitarias distintas y abandonado cada una de ellas a los dos o tres meses de comenzadas. Había tenido también muchos trabajos pero ahora, precisamente ahora, se ganaba unos manguitos repartiendo pizzas y empanadas en su moto los fines de semana. Entre lo que le pagaban y las propinas juntaba el equivalente a un sueldo mínimo. Había desempeñado muchos otros trabajos en forma fugaz, que lo convertían a su entender en un experto en prácticamente cualquier cosa. Haber trabajado en un taller por un mes lo habilitaba para decir a cualquiera que quisiera escuchar, que era mecánico. En la semana que trabajó como ayudante de un pintor se transformó en un especialista en la materia. Lo mismo con diversos rubros del comercio y fábricas de los más variados productos que pudieran imaginarse. Había sido empleado bancario, puesto que consiguió merced a la recomendación de un pariente y aunque a los tres días lo echaron, él estaba convencido de haber adquirido los conocimientos de un financista internacional. Las cuarenta o cincuenta palabras de inglés que sabía, lo convertían en un traductor si no oficial, por lo me-

nos empírico. Hasta se daba el lujo de manifestar su gusto por el inglés que se habla en Inglaterra más que por el norteamericano.

La única vez que no había vivido con su madre —un par de días— fue cuando probó suerte como enfermero en una pequeña clínica del interior. Había conseguido un título en una de esas academias que por unos pocos pesos y cuatro o cinco clases teóricas, avalaban la formación de numerosos incautos. Pero Gastón no era uno de esos incautos. Con el certificado de cartulina en sus manos, había explotado de orgullo como si le hubieran dado el premio Nobel de medicina y si bien no había conseguido trabajo en la ciudad, al alejarse a lugares más humildes del país con la recomendación de un conocido logró insertarse por un día en uno de esos pequeños hospitalitos donde falta de todo menos enfermos, altruismo y vocación de servicio. Gastón no tenía nada que hacer allí, nada que ofrecer ni allí ni en ningún lado. Si hubiera podido prever los graves problemas que esta vez le ocasionaría su forma de ser, quizás se hubiera evitado ese pasaje de su vida. Pero para eso hubiera hecho falta una pequeña capacidad de autocrítica o vislumbrar por un instante como era él en realidad. Eso no pasó, y Gastón perdió la oportunidad de seguir siendo sólo un farsante inocuo.

Ya estaba enterado de la falta de personal calificado en ese pequeño hospital que atendía a personas sin recursos y su madre le dio dinero —con la esperanza de que encontrara el rumbo o quizás para sacárselo de encima— y se fue a ese lugar como quien va a salvar al mundo. Tenía una gran facilidad para comunicarse con la gente, alto y flaco, el pelo negro cortado casi al ras y anteojos redonditos tipo John Lennon. Apenas se encontraba con alguien, se instalaba en su cara una sonrisa, una mueca que él hacía con la boca como parte de su estrategia para sacar la relación adelante con su conversación fluida y su conocimiento aparente de cualquier materia que pudiera surgir en la charla. Así, ganaba el suficiente tiempo como para que le dieran el beneficio de la duda y por consiguiente una oportunidad.

—¡No se va a arrepentir! —exclamaba Gastón con entusiasmo.

Lo creía y peor aún, nadie había dejado nunca de arrepentirse, ni siquiera su madre. De forma que cuando encaró a la mujer, que más que jefa de personal era quien coordinaba los esfuerzos del grupito de gente que sacaba adelante el servicio, luego de agotarla con la referencia de sus aptitudes como enfermero profesional, le exhibió su título que llevaba cuidadosamente guardado en un tubo plástico. La señora lo examinó unos instantes y extrañada le dijo:

—No conozco ese instituto.

—Es de Buenos Aires —contestó Gastón con suficiencia. —¿Es oficial?

—Está oficializado —contestó él, con tanta seguridad que la buena mujer prefirió no ahondar en una respuesta tan elusiva. Quedaron en que ayudaría un poco para ver cómo trabajaba y le dieron un ambo que se puso de inmediato. Estaba tan contento, tanto, que hasta su sonrisa era sincera.

—Sacale sangre a la paciente de la cama ocho —le dijo una de las enfermeras.

Gastón se quedó perplejo, y pensó “Sangre, no soporto la sangre”.

La enfermera notó que dudaba y le preguntó:

—Ya lo hiciste antes, ¿no?

No era una pregunta que Gastón pudiera dejar pasar sin hacer alarde de su imaginada idoneidad.

—Es mi especialidad.

Se hizo de los materiales necesarios, fue hasta la habitación de la paciente, entró sin llamar y le dijo sonriendo:

—Le voy a sacar sangre para unos análisis.

Se puso los guantes descartables, le ató el lazo de goma al antebrazo, montó la aguja en la jeringa y cuando la vena se hizo notar le aplicó una feroz estocada. La paciente aulló mientras el bisel afilado de la aguja le rasgaba la vena a lo largo y daba comienzo una hemorragia conmovedora.

—Ay, disculpe —dijo Gastón— esto ya me pasó antes con el paño de una mesa de billar.

Como no había aflojado el lazo que mantenía la presión, la hemorragia corría profusa y si bien no era peligrosa todavía, la paciente se asustó mucho, se puso pálida y se desmayó.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó Gastón desesperado.

Al llegar las enfermeras, recomponiendo su sonrisa Gastón les dijo:

—Ataque cardíaco, hora de defunción 15 y 25.

—¡Salí de acá, pelotudo! —fue la respuesta de la enfermera al tiempo que soltaba el lazo y presionaba con una gasa la fuente de sangre.

La paciente comenzó a recuperar la conciencia y un médico tuvo que suturar la herida. Mientras recomponían el desastre una mucama que había llegado para limpiar, le señaló con la mirada el sachet de suero que se conectaba por una guía de plástico a la vena, ¡del otro brazo! Gastón se dio cuenta de que podía haber sacado la sangre por allí en vez de pinchar a la mujer pero no dijo nada. Se sentía indignado. “Nadie me avisó que le estaban pasando suero, me hicieron trabajar al pedo”, pensó. La enfermera le dijo:

—Andá a ayudar en la cama 12, después hablamos. Gastón salió corriendo y llegó al mismo tiempo que un enfermero.

—Me mandaron a ayudarte —le dijo Gastón.

—Vení, teneme esto —le dijo dándole un tacho de plástico chatico.

En la cama había un viejo semiconsciente. El enfermero lo puso de costado y le bajó los pantalones del pijama y el pañal descartable.

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó Gastón intrigado.

—No te preocupes, no me lo voy a culear —le aclaró el enfermero riendo— hay que hacerle un enema.

Se puso un guante de goma y con el dedo comenzó a maniobrar para sacar pedazos de mierda que ponía en el recipiente sostenido por Gastón.

—Para colmo —siguió hablando el enfermero mientras trabajaba— se deshidrata y queda hecho una piedra.

—¡Qué olor! —dijo Gastón.

—Es mierda.

—Pero esto es peor.

—Sí, la mierda de los viejos es podrida —dijo el enfermero riendo.

Gastón se quedó mirando la montañita que sostenía frente a su cara y no pudo evitar pensar “Es verdad, no tiene olor a mierda solamente”. El recipiente cayó desparramando su contenido en el piso, Gastón vomitó sobre el enfermero y el paciente. No supo cómo se resolvió la situación porque cuando volvió en sí estaba acostado en la camilla de un pequeño consultorio. La jefa de las enfermeras, la jefa de personal y un policía lo miraban fijo mientras se sentaba en la camilla.

—Debe haberme bajado la presión —dijo Gastón, parándose.

Entonces habló la jefa de personal:

—En cuanto pueda caminar bien, se me va de acá y no vuelve nunca más, no pase siquiera por la vereda.

El policía agregó:

—Va a pasar unos días en el calabozo, ¿no se pensará volver a Buenos Aires sin conocer bien el pueblo, no?

—Cualquiera puede tener un accidente.

—Deje la ropa en la recepción y ahórreme el disgusto de volver a escuchar su voz —le dijo la jefa de personal.

Gastón inclinó la cabeza y asintió levemente, con un gesto de derrota pero digno, como podría haber hecho Napoleón en su última batalla y levantó la mano para decir algo.

—¿Sí? —inquirió la jefa de personal.

—¿Cuánto me van a pagar?

Pasó el resto de la tarde en la comisaría. Lo obligaron a baldear el patio y una galería contigua dos veces ya que a juicio del oficial a cargo había tardado mucho. Luego limpió los baños y algunos calabozos. A

la noche lo encerraron junto con un par de borrachos y cuando intentó quejarse citando la Constitución Nacional, le prometieron una paliza si no cerraba el pico. De todas formas tendría que aguantar poco tiempo ya que a la mañana lo iban a poner a disposición del juez por los daños que le había causado a la paciente en su frustrada extracción de sangre. Fue la peor noche de Gastón. Entre los llantos de uno de los borrachos, el farfulleo continuo del otro, la amenaza de la paliza y tener que enfrentar a un juez que tendría su destino en sus manos en pocas horas, no pudo descansar ni planear un discurso salvador. Se arrepintió de su audacia, se sintió indefenso por primera vez en su vida, lamentó haberse ido tan lejos de su casa, entre extraños que solo le manifestaban una hostilidad incomprensible. Por la mañana lo sacaron a la calle y lo mandaron caminando a la terminal de ómnibus. Si al mediodía todavía estaba en el pueblo la iba a pasar realmente mal. Caminando por la calle lo ganó la indignación:

—Sacarme a empujones a mí, que tengo un título oficializado, este pueblucho de mierda no es para mí. —Y cuando por fin arrancó el micro Gastón canturreaba—: Vuelvo vencido a la casita de mis viejos —sonriendo con la mitad de la boca, como habría hecho Gardel.

Entró agitado a su casa, tiró el bolso al piso y comenzó a buscar a su madre que estaba preparándose algo para tomar mirando un programa de chismes en un pequeño televisor que había llevado hasta la cocina. Había estado tranquila durante la ausencia de su hijo. Al enviudar había quedado con una buena jubilación y estaba bastante bien de salud, así que no tenía grandes preocupaciones, excepto su hijo. Ya había dejado de llamarle la atención o amenazar con echarlo, él no le creía y ella no lo haría nunca. Por lo menos no era un drogadicto ni un borracho, tampoco uno de esos violentos que llegan hasta a pegarle a su madre. Ella tenía una conocida a la que le pasaba precisamente eso, así que no estaba tan mal después de todo. Creyó que iba a tener más tiempo de tranquilidad con la partida de Gastón apenas dos días antes, pero al escuchar la puerta de calle y su voz gritando “¡Maaa... dónde estás!”, suspiró y levantó

los ojos al cielo. Tenía la esperanza de que tardara aunque fuera una semana en volver de su expedición. Al menos Gastón nunca volvía de mal humor. Entró en la cocina como si fuera una estrella de Hollywood, abriendo los brazos y diciendo por todo saludo:

—¡Acá estoy!

—Ya veo.

—Volví.

—Ya veo.

—No me dejaron aplicar nada de lo que yo sabía, claro, llega un porteño a mil por hora... se sintieron avasallados; cuando vieron mi título se quedaron impactados esos provincianos, pero enseguida vino la envidia, los celos y al final me tuve que ir.

—Ya veo —le contestó por tercera vez su madre y agregó—: ¿Terminó tu paso por la salud pública o vas a probar en otro lado?

—No, tuve una idea genial mientras viajaba en el micro, descubrí cómo utilizar el cúmulo de conocimientos y en experiencia de vida que tengo para llenarme de plata, de fama, de prestigio, de gloria.

—No cuentas conmigo para ninguna inversión, ya te banqué más que suficiente.

—¡Viejita!, no te preocupes, ahora voy a salvarte yo a vos.

—No necesito que nadie me salve.

—Es un decir vieja, ¿no querés saber qué voy a hacer?

—Y, si no hay alternativa.

—¡Voy a ser escritor!

—¿Cómo?

—Voy a volcar en el papel mis aventuras, mi audacia y mi ingenio, mi conocimiento de la calle, infinidad de anécdotas interesantísimas.

—Ay, Gastón, si vos en tu vida leíste un libro.

—¡Leí uno!

—¿Cuál?

—No me acuerdo el título pero era gordo así —le dijo haciendo un gesto con los dedos índice y pulgar y prosiguió—: Igual no im-

porta, inclusive es mejor que así sea. —Gastón siguió explicando su curiosa teoría—: Es mejor porque así no recibo la influencia de otros escritores y puedo manifestar lo mío sin impurezas intelectuales que me quitarían autenticidad.

—Hacé lo que quieras —contestó su madre tratando de terminar la conversación.

—¿Sabés qué es lo mejor de esto?

—¿Qué?

—Solo necesito un poco de papel, alguna lapicera y mi intelecto, nada más ni nada menos que mi intelecto privilegiado.

Fue al escritorio que había sido de su padre y ante una hoja de papel en blanco se dijo “Esta primera hoja va a ser histórica, el primer paso de mi legado a la humanidad”. Luego de quince minutos de garabatear pavadas, se dio cuenta de que no era tan fácil la cosa. Anduvo dando vueltas por la habitación pensando y pensando cómo llevar adelante su proyecto. No podía ser que no lograra escribir nada interesante. No solo eso, se daba cuenta de que a pesar de que hablando se las arreglaba muy bien, en el papel no lograba articular una frase coherente. Lo de la gramática y la ortografía no le importaba, ya habría alguien que corrigiera los originales. Lo malo era que no había nada que corregir, nada surgía de su mente. Fue entonces cuando sintiéndose acorralado se quedó mirando la biblioteca de su padre y se le aceleró el corazón de la emoción. ¿Para qué escribir si ya todo estaba escrito? Sólo tenía que buscar en los distintos libros que se ofrecían ante él, cosas que le gustaran, quizás cambiarlas un poco y mezclarlas. ¡Sí!, hacer una verdadera ensalada de frases y párrafos de tal manera que nadie pudiera identificar de quién era cada expresión. ¡Eso iba a hacer! Pensó que no sería muy difícil y acarició la vieja biblioteca que su padre había dejado, con sus 150 o quizás 200 libros que nadie había tocado desde su muerte. Eran su legado, su tesoro. Iba a usarlos para su obra, sí, su obra, porque la combinación inteligente de genialidades que pudiera sacar a los más famosos autores de todos los tiempos, no

podía dar otro resultado que una genialidad aún mayor y en el arte de combinar los fragmentos que seleccionara radicaría un acto creativo que le pertenecería solo a él. ¡Y las traducciones! Entre esos libros había traducciones de autores ingleses, norteamericanos, franceses, rusos y hasta de algún alemán hijo de puta. Si al traducir un texto a pesar de la mejor intención y conocimiento del traductor cambia algo de la obra original, cuando lo volvieron a retraducir del español al idioma del autor, volvería a cambiar, con lo cual él no tendría ni siquiera que esforzarse en estar variando algunas palabras porque se habría realizado una espontánea metamorfosis literaria.

Ya sabía qué hacer, iba a agarrar algunos de los libros y entresacando párrafos armaría una obra propia, original. Eso iba a hacer pero no hoy, no había hecho nada pero estaba cansado, quizás había pensado demasiado. Una idea como ésta, tan grande, tan tremenda e innovadora, debía haberlo agotado. Al otro día a primera hora iba a empezar. Se fue a dormir con la certeza de tener el destino en sus manos y a pesar de que nunca había dejado de postergar una decisión en su vida, esta vez estaba entusiasmado y decidido, así que se levantó a las 11 de la mañana, que para él era primera hora, y comenzó a revisar la empolvada y hasta ahora inútil biblioteca.

—A ver, que hay acá, ¿qué es esto?, Rilke, ¿y a ése quién lo conoce?

Abrió al azar el pequeño libro y leyó:

*“No te asombres del ímpetu
de la tormenta: la has visto crecer:
los árboles escapan. Y su fuga
forma avenidas que caminan.”*

“Un poco oscuro —opinó— como en clave pero para empezar mi novela está bien; lo voy a poner en prosa porque los poetas me hinchan las pelotas.” Siguió revisando. “A ver si encuentro algo que valga la pena.” Sacó otro libro y leyó el nombre del autor con dificultad:

—Rabindranath Tagore, este es de... ¡Calcuta!, ¿cómo vino a parar el libro de un indio a la biblioteca de mi viejo?

Abrió y leyó:

*“Cuando esté duro mi corazón y reseco,
baja a mí como un chubasco de misericordia.
Cuando la gracia de la vida se me haya perdido,
ven a mí con un estallido de canciones.*

—Está bien porque el primero hablaba de tormentas y este de chubascos pero le voy a cambiar “canciones” por “notas sinfónicas”, que es más culto. Acá hay otro, Pablo Neruda, éste por lo menos me suena, será porque es de la zona.

Abrió y leyó:

*“Mientras tanto crece a la sombra
del largo transcurso en olvido
la flor de la soledad húmeda, extensa,
como la tierra en un largo invierno.”*

—Otro poeta, ¿qué tenía mi viejo con los poetas? —Y siguió—: Esto también lo voy a poner en prosa pero le voy a hacer varios cambios porque por ahí lo leyó alguien. A ver —dijo concentrándose mientras se mordía el labio— le voy a sacar “largo” y le pongo “extenso”, que es más poético; le saco “húmeda” y le pongo “mojada”, que es más coloquial; pero qué cagada, acá dice otra vez “extenso” al final; a ese le pongo “largo” para que no me acusen de culturoso.

Tiró a un lado el libro y revisando los estantes siguió hablando consigo mismo:

—A ver que más encuentro, está Borges, Cortázar, Castillo, Sábado. ¿Y esto? Lao Tse, un chino, ¡qué loco estaba mi viejo!

Abrió y leyó:

“El árbol inmenso nació de una semilla. Una torre de nueve pisos se levantó de un montón de arena. Un viaje de mil millas, comenzó con un paso. Quien actúa fracasa. Quien retiene pierde. El sabio no actúa y no fracasa; nada retiene y nada pierde.”

—¡Ay, estos divagues de los comunistas! Está bien —dijo resignado como si le hiciera una concesión al autor— lo voy a usar pero solo

la mitad porque encaja justo después de la tormenta, ahí fue que creció el árbol, por la lluvia de la tormenta y los chubascos de antes, pero le voy a cambiar “nueve pisos” por “treinta pisos” para hacerlo más imponente y donde dice “semilla” le pongo “semillita” para acentuar el contraste. A ver qué más hay acá, Marcel Proust, ¡otro francés!, ¿cuántos libros escribió este guacho? —Agarró otro.— Arthur Rimbaud, otro francés, ¿es que no tienen nada que hacer en Francia? Bueno, voy a ver qué encuentro pero ya me estoy dando cuenta de que por más cambios que haga mis obras no se van a poder traducir al francés.

Abrió y leyó:

“...vislumbé que en todos los otros pesa una fatalidad de dicha: la acción no es la vida, sino un modo de malgastar cualquier fuerza, un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro.”

“Esto está lindo, va a quedar bien —pensó— no le voy a cambiar nada, total no publico mis obras en Francia y chau”. Siguió revisando.

—José Espronceda —leyó extrañado— a éste no lo conoce ni el loro. —Y al ver que estaba escrito también en verso no pudo evitar exclamar—: ¡Otro poeta!

Y leyó:

*“Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo.
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.”*

“Este me está insultando y lo peor es que parece que me conoce —pensó— este tipo es español, un poco de descanso de los franceses, pongo los dos primeros renglones”. Khalil Gibran. Abrió y leyó:

“Y un atardecer una borrascosa tormenta visitó el lugar, y sus nueve discípulos entraron a sentarse junto al fuego y permanecieron quietos y silenciosos.”

“Va justo porque ya veníamos hablando de tormentas, lo voy a poner al principio, le voy a borrar el ‘Y’ inicial y le cambio ‘sus nueve

discípulos' porque si no parece La Biblia —pensó— le pongo 'los tipos' así queda más moderno y bien argentino, como yo." Siguió revolviendo entre los libros. Sacó un libraco y leyó el título:

—El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha , ¡ah, El Quijote!, lo obligan a leer en el colegio y por ahí me pescan.

Sacó un libro de T. S. Elliot.

—¡Qué cagada, está en inglés! —gritó olvidando que sabía mucho de idiomas, luego miró bien—. Una página en inglés y la de al lado tiene el mismo texto en español, me viene fenómeno. —“¿Será inglés o yanqui el tipo este?, ojalá sea yanqui —pensó— qué vueltas tiene la vida, yo robándole a un yanqui.”

Leyó:

*“...y bajo la presión de la niebla silente
la campana que suena
midiendo un tiempo que no es nuestro tiempo,
marcado por la calma marejada del fondo,
un tiempo más antiguo que el que cuenta el cronómetro
más antiguo que el tiempo que cuentan las mujeres...”*

“¡Eso, un poco de mujeres carajo! —pensó— como ya venía escribiendo de tormentas, la marejada y el tiempo me vienen bien, le quito el renglón del cronómetro y no necesito hacerle más cambios, total es una traducción. Voy bien, ¡y todavía no trabajé más de una hora! Voy a elegir unos libros más para seguir después —se dijo— a ver este: Garcilaso de la Vega, ¿quién lo juna? Gabriel García Márquez, José Martí, Rubén Darío, Rudyard Kipling, Aldous Huxley — ¡cómo leía mi viejo!— James Joyce, Guy de Maupassant —este es francés— Edgar Allan Poe, Anatole France —¡otro!— Pushkin, Faulkner, Chejov; qué lástima mi viejo, tanta lectura y nada de ingenio, tuve que llegar yo para aprovechar todo esto, y bueno, él no tuvo la culpa. —Y siguió— Voy a dejar estos aparte y a armar lo que ya tengo, voy a cambiar los signos de puntuación, a agregar varios 'y después', 'de forma tal que', 'por consiguiente' y todo ese tipo de

boludeces como para que ligue mejor la mezcla y luego, a buscar una opinión autorizada; autocrítica no me falta pero una opinión nunca está de más.”

—¡Maaa! —tronó el grito de Gastón por toda la casa. Hacía mucho tiempo que su madre no contestaba a ese grito porque al mismo tiempo que la llamaba él recorría la casa.

—Ma, necesito una opinión literaria.

—De eso sé muy poco —contestó ella con desinterés.

—A lo mejor conocés a alguien.

—¿La profesora Marta?

—¿Quién?

—La maestra particular a la que ibas para no repetir el grado en la primaria.

—¿Todavía está viva la vieja?

—No seas bestia, muchas veces me la cruzo haciendo las compras.

—¿Vive en la misma casa?

—Sí.

—¿Se acordará de mí?

—A veces me pregunta por vos.

—Le voy a llevar mi manuscrito, algo debe saber la vieja de esto, se va a caer de culo cuando me vea convertido en un escritor.

—Cuando te vea nomás, con eso le va a alcanzar.

Gastón parecía no disponer de la capacidad para captar ironías, era como si no se hubiese dicho nada. Fue a la casa de Marta, la mujer entreabrió la puerta y preguntó:

—¿Sí?

—Soy Gastón.

—¿Qué quiere?

—Soy el hijo de Julia, la que vive en el caserón de la esquina.

Ella pensó unos segundos:

—¡Gastón, qué sorpresa!

Él le extendió una carpeta diciendo:

—Le traigo un manuscrito que es la primera parte de una gran novela que estoy escribiendo, tenía la esperanza de que le diera un vistazo y me diera su opinión.

Ella se encogió de hombros:

—Llévalo a una editorial.

—Lo voy a llevar a varias y lo publicará la que haga la mejor oferta, pero como recién empecé esta mañana quería escuchar una opinión y mi vieja me sugirió que se los trajera a usted.

La maestra sonrió reconociendo su derrota e hizo pasar a Gastón al comedor que tantas veces había sido un aula para los chicos del barrio. Dejó los papeles sobre la mesa y preguntó:

—¿Querés un té?

—Mejor un wiscacho para festejar, digo.

Decidió dejar el té para otra ocasión y se sentó a hojear los papeles. Luego de unos minutos las dejó sobre la mesa y mirándolo por sobre los anteojos le dijo:

—¡Escribiste bastante!

—Es solo el comienzo.

—Dejámelo y pasás mañana.

—¿Le parece?

—Así lo estudio más tranquila.

—Está bien —aceptó Gastón sin convicción, pensando en que no había registrado los derechos de autor. No escribió más por ese día, quería acostarse, la excitación de la jornada lo había agotado y era viernes. Ya había arreglado con la pizzería para reincorporarse al reparto y no quería faltar. Necesitaba la plata y no quería fallar, era una cuestión de responsabilidad y él, mientras menos importante era algo, con más responsabilidad lo asumía.

Mientras, la maestra comenzaba a leer el trabajo que Gastón le había traído:

“Un atardecer una borrascosa tormenta visitó el lugar y los nueve tipos entraron a sentarse junto al fuego y permanecieron quietos y si-

lenciosos. No te asombres del ímpetu de la tormenta la has visto crecer. Los árboles escapan y su fuga forma avenidas que caminan, de manera que cuando esté duro mi corazón y reseco baja a mí como un chubasco de misericordia, cuando la gracia de la vida se me haya perdido ven a mí con un estallido de notas sinfónicas. Mientras tanto crece la sombra del extenso transcurso en olvido, la flor de la soledad mojada, largo como la tierra en un largo invierno. El árbol inmenso nació de una semillita. Una torre de treinta pisos se levantó de un montón de arena y un viaje de mil millas comenzó con un paso. Vislumbé que en todos los otros pesa una fatalidad de dicha, la acción no es la vida sino un modo de malgastar cualquier fuerza, un enervamiento, no obstante la moral es la debilidad del cerebro. Mío es el mundo como el aire libre otros trabajan porque coma yo, y bajo la opresión de la niebla silente la campana suena midiendo un tiempo que no es nuestro tiempo marcado por la calma marejada del fondo más antiguo que el tiempo que cuentan las mujeres.”

Cuando Gastón volvió a la casa de la maestra, ella salió cara de piedra y sin contestar el saludo ni decir palabra le extendió la carpeta y una carta. Le cerró la puerta en la cara. Él se alejó unos pasos y de pronto, como si se recompusiera de un pequeño desmayo se dijo a sí mismo:

—La maté a la vieja, no puede con la emoción.

Entonces comenzó ahí mismo a leer la carta de la maestra:

“Leí con atención y asombro la primera parte de tu gran novela. No hay acto de creación. Entreví entre las frases a autores que conozco y aún otros a los que la ignorancia pone fuera de mi alcance, pero veo la mezquindad de tu intención, tu falta de respeto, la trivialidad con que vivís y con que evitás ver el mundo que te rodea. Tu obra no es tu obra, es solo una muestra de cuán inmoral puede llegar a ser una persona superficial.

Con la esperanza de no volver a saber de vos ni de verte nunca más, te deseo lo mejor: Marta, tu maestra fracasada.”

Gastón pensó unos segundos, luego se dijo “Parece que no le gus-

tó”. Caminó unas cuadras más y al llegar a la esquina tiró su carpeta y la carta por la boca de hierro fundido de una vieja alcantarilla. Todo se fue por la oscuridad inmensa de ese desagüe, deshaciéndose en su viaje de ida hacia el río más podrido del mundo. Volvió caminando despacio. Cuando entró su madre le preguntó:

—¿Cómo te fue con la maestra? —No le gustó el estilo de mi prosa. —¿Lo vas a reescribir?

—No, ¡otro sueño que se esfuma en el aire!

—¿Y por qué no dejás de soñar? —preguntó su madre, pero esto último Gastón no lo escuchó.

Aunque no se lo dijo a nadie, algo de la crítica implacable de la maestra había penetrado en él. Si bien seguía haciendo trabajos de adolescente, como llevar pizzas o helado, algo había cambiado en su actitud. Todo lo hacía igual que antes, pero sin ese optimismo casi infantil con que había vivido hasta sus 34 años. El tiempo se le había ido, comenzó a vivir en derrota y razonó que así era más fácil. Luego de unos años su madre enfermó, no duró. En los pocos meses en que ella fue y vino por consultorios y laboratorios, Gastón no la acompañó ni le ayudó con sus trámites ni la confortó. No había hecho nunca esas cosas antes y nadie esperaba que comenzara ahora, mucho menos su madre que no se lo pidió ni se lo reprochó. Hacía mucho tiempo que ella había perdido toda esperanza con respecto a su hijo, pero era la vida de él y ella sabía que cada uno la vive como puede. Gastón no tuvo más remedio que ir unas cuantas veces al hospital cuando la internaron, fueron unos pocos días. Cuando su madre murió, pensó “Ahora sí que estoy solo, me abandonó”. Fue el último gesto hacia ella, un pensamiento digno de la criatura inocente que había sido mucho tiempo atrás, no podía ofrecerle otra cosa. Tuvo que encargarse de los trámites en la funeraria y lo hicieron pasar al depósito para elegir un cajón. Mientras el vendedor hablaba de las cualidades de tal o cual madera, se quedó absorto mirando un cajoncito blanco. “Tengo suerte después de todo —pensó— nunca voy a enterrar un hijo.” En otra

época se hubiera puesto a charlar con el vendedor, hubiera intentado hacerse el conocedor hablando de la madera, de sus vetas, la broncearía y las terminaciones. Ese día sólo eligió el más barato. Los sucesos posteriores los pasó en trance. Gastón heredó la casa y un local que alquilaba. Poco a poco la casa se fue deteriorando. Gastón había pensado venderla y comprar algo más chico, más fácil de mantener y de paso quedarse con una diferencia en efectivo. Casi lo decidió en los días inmediatos a la muerte de su madre, en que estuvo varias veces por gritar su “¡Maaa!”. Luego se fue acostumbrando y la idea quedó solo en eso. Había tenido noviazgos cortos que terminaban apenas se insinuaba un compromiso. El ímpetu avasallador que había creído tener reapareció en una ocasión, cuando un antiguo compañero de colegio lo invitó a una reunión política. Pensó que si ponía en juego su encanto, su locuacidad y capacidad para convencer a la gente, podría terminar en una banca de diputado. Fue a la charla, se relacionó y cuando preguntó si podía ayudar en algo, le pidieron que se afiliara para apoyarlos en las internas del partido. Le pidieron también apoyo financiero y él puso lo poco que podía y luego le pidieron que llenara cientos de sobres. Le pidieron que repartiera cartas, luego que fuera fiscal en las mesas, luego que pegara carteles. Pasadas las elecciones la actividad se paralizó. Un puntero repartía recomendaciones que no servían porque con la fecha al pie no era tenida en cuenta. Daban falsas esperanzas, se sacaban de encima a los que pedían y quedaban bien por un tiempo. También desviaban beneficios de los jubilados para los militantes del partido. A Gastón no le preocupaban estos chanchullos, hubiera sido capaz de llevar adelante peores. Pero se dio cuenta de que no se haría un lugar, que esta gente era peor que él. Se alejó desencantado por no poder meterse.

Vivió muchos años en la misma casa. Una vez, en su casual ir y venir, quedó mirando a unos viejos que jugaban a las bochas. La municipalidad había hecho canchas en las plazas para los días ociosos de los viejos. La televisión, la radio y los diarios se ocupaban de los jubila-

dos. Los periodistas se indignaban por las jubilaciones congeladas, los problemas con la obra social o los medicamentos. Cuando las cámaras lograban entrar en los depósitos de viejos que suelen llamar geriátricos, se hacían un picnic de miserias al servicio del espectáculo. Nuestros mayores, los abuelitos, la tercera edad, eran algunos de los eufemismos que usaban. La mayoría de los políticos y empresarios poderosos eran viejos, pero los únicos que se atrevían a llamarlos abuelito o abuelita, eran sus nietos. Era una cuestión de poder.

Le daban lástima esos hombres que en el pasado habían sido jóvenes y fuertes, que habían tenido responsabilidades, que quizás habían hecho gemir de placer a una mujer y que habían sido semidioses para sus pequeños hijos. Jugaban a ver quién arrima el bochín, los naipes, el dominó o las damas distraendo los últimos años. Uno de los viejos le chistó:

—¿Quiere jugar?

Se repuso, corrió y corrió y corrió. Unas cuerdas antes de llegar tuvo que aflojar el paso, le faltaba el aire y comenzó una puntada en el pecho. Caminaba cada vez más despacio, pero no recuperaba el aliento y el dolor se hacía más intenso. Llegó trastabillando y fue a la habitación que había sido de su madre. Ahora era un depósito donde iba a parar todo objeto que estorbara o que, ya inútil, hacía una escala de varios años hasta que se decidía a tirarlo. Se abalanzó sobre una pila de cajas de cartón y bolsas de plástico y comenzó a deshacerla. No recuperaba el aire y el dolor se hacía cada vez más fuerte, pero tenía que bajar la pila hacia los lados y descubrir el espejo de cuerpo entero. Se alejó unos pasos para verse y el dolor de lo que vio tapó al otro. La asfixia quedó también bajo el dolor de lo que vio. Un viejo sudoroso y jadeante se babeaba en el cristal. En esos ojos vio una tristeza como nunca había imaginado. De dónde había salido, cómo se le había metido. Observó la habitación que había sido de su madre convertida en basural. “Pobre vieja —pensó— la mierda que debe haber sido tenerme como hijo”. Y se sentó en el piso a recuperar el aliento, era lo único que podía recuperar.

Conocer a ese hombre

Miguel vio al pescador en el muelle y se alegró, algo en él le había llamado la atención. Era un pescador que vivía en el pueblito marítimo que en verano era centro turístico y en invierno pueblo fantasma. Tiró un medio mundo tres veces y siempre sacó algo digno de guardarse, lo demás lo devolvió al mar alborotado entre los pilotes del muelle. No tenía claro qué quería saber, así que se guardó de comenzar una conversación insustancial. Lo había visto de mañana llegar a la playa en una canoa repleta de peces aún moviéndose. Se acercaban los bañistas aburridos a observar, algunas mujeres aprovechaban para comprar pescado fresco. Daba la impresión de ser un aventurero que venía de mar adentro, pero venía del muelle a escasos doscientos metros, con sus peces y los de los otros pescadores. Cuando las compradoras elegían, comenzaba la exhibición fascinante de su destreza. Decapitaba el pez con un cuchillo mediano, muy viejo y gastado de tanto afilarlo, y lo fileteaba con tal seguridad y precisión que la maniobra del oficio se tornaba artística por un instante sublime. Su mano danzaba desde la maestría de la muñeca, el cuchillo algunas veces invisible y otras estático en el universo hasta tomar una decisión por sí mismo y retomar su danza. Cuando no quedaba nada, el pescador se internaba en el mar con su canoa mientras la gente se dispersaba hacia sus lugarcitos en la playa. A veces venía, a veces no venía. Ese día lo vio por primera vez fuera del escenario de la playa y su hacer era tan preciso, tan ausente de toda duda como su manejo del cuchillo. Lo vio

un par de días después haciendo lo que venía a hacer él mismo, mirando el mar, inmóvil, entregándose al viento y con el sol poniéndose a sus espaldas. Él también se dejaba llevar la mente por el mar. Estaban lejos, no se miraron ni se hablaron. Aunque hubiera sabido que no lo volvería a ver, ya había descubierto lo que tanto le intrigaba. Eran muy parecidos, querían lo mismo, solo que el pescador había empezado mucho antes. Él necesitaba ir hasta allí para sentirlo, el pescador no necesitaba nada.

Miguel era de los que pensaban que un hombre tiene que saber matar a otro. También estaba seguro de que había que evitar hacerlo. Era preferible morir sin haber matado a otra persona, no por un castigo divino ni por el karma ni por ninguna otra razón espiritual. Era mejor por uno mismo aquí, posiblemente porque mantenía intacta cierta dignidad humana. Solo pudiendo y sabiendo, elegir no matar constituía una decisión ética. Estas ideas las había ido desarrollando después de sentir las intuitivamente durante su niñez y su adolescencia. Practicó artes marciales y se aficionó a las armas. Nunca siquiera se había peleado con nadie en toda su vida, ni de chico en el colegio ni en el barrio. Cierta presencia le daba un aire intimidatorio y si a pesar de eso le buscaban pelea, la evitaba sin importarles que otros pudieran pensar que era un cobarde. Pasando los veinte años le surgió a la mente una frase que lo acompañaría de ahí en más: si no vale la pena matar, no vale la pena pelear. Ahora tenía más de cuarenta y cinco, y cualquiera que lo conociera podría atestiguar que era uno de los hombres más pacíficos del mundo. Pero ese día sentía que por primera vez realmente valía la pena matar. Debía estar seguro para no tirar por la borda una actitud de vida en la que había sido consecuente, pero si valía la pena matar, había que matar. Si pudiera ir hasta el mar, con el ir y venir de las olas le vendría la respuesta. Hubiera querido vivir cerca del mar o por lo menos ir con frecuencia. La última vez había sido varios años atrás. Recordó que se internó unos pocos metros y se detuvo flotando brevemente a la deriva para despedirse. Tenía la sospecha de que no

podría volver por un tiempo quizá muy largo. Tendría que aceptar de una vez la decisión que ya se había producido en su interior. Iba a matar, iba a matarlo.

Aunque nadie lo sospechara, era un hombre de temer y sabía que el miedo había tenido su papel en esto. No tenía miedo de matar y mucho menos de que lo mataran a él, pero lo aterraba la posibilidad de que fuera gratis, de que el que se atreviera con él se la llevara de arriba. Podía suceder que le ganaran, nadie es invencible y a todos nos llega el momento, pero quería estar seguro de que por lo menos enfrentarlo involucrara riesgo, aunque nadie se enterara, aunque finalmente sí se la llevaran de arriba. Estaba preparado para defenderse si era necesario, pero ahora había decidido atacar. Sabía muy bien que lo que iba a hacer lo ponía fuera de la ley. Siempre algo puede salir mal. Podía imaginarse muerto pero no en la cárcel, ése era el único pensamiento que lo incomodaba.

El hombre estaba de nuevo en el barrio. Hacía menos de cinco años que lo habían condenado por el secuestro y la violación de una menor, se sospechaba que lo había hecho muchas veces, lo agarraron solo esa y estaba de nuevo por el barrio. Se lo había cruzado por la calle la otra noche. Medía casi 1,90 metros, flaco y algo encorvado. Debía tener cerca de cincuenta, pero su cara mostraba más. Usaba el pelo largo y canoso hasta los hombros y una campera de cuero, como si no se diera cuenta de que ya no estaba del lado de los jóvenes. Se mezclaba con las barritas de adolescentes resentidos, que sin lugar para trabajar ni razones para estudiar, andaban en la búsqueda de pequeños negocios y de todos los problemas. Lo había visto con varios de ellos tomando cerveza en la calle, alguno meando contra un árbol. Miguel se sabía prejuicioso, pero la presencia del rockero había colmado su paciencia. Él, que nunca había dejado de cumplir la ley, que siempre pagaba sus impuestos, que no tenía ni una multa por mal estacionamiento, debía soportar que este tipo estuviera suelto, merodeando cerca de su casa, donde vivía con su familia. Tenía que verlo tomando

cerveza en la calle por donde pasaban sus hijas y las de tantos otros. Al anochecer, en un salón de fiestas sobre la avenida, los fines de semana se celebraban casamientos y cumpleaños de quince. El rockero, con una franela anaranjada, daba indicaciones a los automovilistas para que estacionaran. Se suponía que les cuidaría los coches y a cambio de eso recibiría alguna propina. Actuaba con autoridad, como si la calle fuera de él. Se había inventado un negocio con la calle de todos y lo peor era que en esas actitudes siempre había implícita una amenaza, un razonamiento del tipo: si no le doy nada por ahí me raya el coche o me pincha una goma. Era más fácil ceder a la extorsión minúscula y seguir cada uno con lo suyo. Ni siquiera se había molestado en irse a un lugar donde no lo conocieran. Estaba de vuelta en el barrio y aunque era la imagen incontestable del fracaso, se daba el lujo de hacer alarde de impunidad. No tenía miedo, más le hubiera valido tenerlo.

Lo que más le molestaba era un rasgo común de los marginales, siempre atentos a los movimientos de los otros, al acecho de una oportunidad. ¿Oportunidad para qué? Para lo que fuera. Midiendo la ganancia y el riesgo en el acto, con todo el tiempo del mundo para observar y esperar, observar y esperar. La vez que se lo cruzó una noche, se miraron y Miguel le demostró su hostilidad con un gesto casi imperceptible. Lo vio otra vez cuando entraba a su casa y varios días después cuando paró en el semáforo con su coche. Lo ponía al borde de la furia pensar en ese hombre observando y observando, juntando datos de aquí y de allá. Sin hacer ningún esfuerzo, ya había averiguado dónde vivía y cuál era su coche. Sabría también de sus hijas y su mujer. Total, no trabajaba, no hacía nada, tenía todo el tiempo del mundo ¿Lo estaría vigilando especialmente a él? No, solo observaba y juntaba datos en forma casi inconsciente. Quizás algún día se le presentara la oportunidad de aprovecharlos. ¿Oportunidad para qué?, ¡para un carajo!, no le iba a dar ninguna oportunidad. Se iba a encargar personalmente de esa escoria inmundada. Nunca había hecho nada de qué arrepentirse pero lo atormentaba más la idea de arrepentirse, de no

hacer. ¿Pero cómo? No tenía la menor idea de dónde vivía y no sabía tampoco como hacerle un trabajo de inteligencia, así que no podía agarrarlo en ningún otro lugar que que no fuera en la calle. Tenía que pasar de noche y encontrarlo en un momento en que no hubiera nadie cerca y no podía hacer ruido, así que tendría que dejar de lado sus armas de fuego. Fue hasta la cómoda y abrió el último de los cajones. Allí estaba el viejísimo puñal de trinchera. Lo había conseguido mucho tiempo atrás, cuando quedó fascinado por todo lo que le decía de los hombres esa cosa. Fabricado durante la Primera Guerra Mundial, cuando los enemigos se mezclaban en los mugrientos zanjones donde una pala o un cuchillo podían ser más efectivos que un fusil. Allí había nacido el puñal de trinchera. Estaba hecho con un pedazo de bayoneta rusa, de cuatro facetas cóncavas, con empuñadura de manopla de bronce que en uno de sus costados tenía impreso de fundición un año: 1918. Remataba la empuñadura con un tornillo de cabeza cónica que quedaba sobre el canto de la mano. Se podía golpear con él desde tres diferentes ángulos. Cuando lo empuñó por primera vez, pensó en lo bestial que puede llegar a ser un hombre. También pensó en el ingenio, era un alarde de habilidad e imaginación. Pensó también en el valor, había que tener decisión y valor para empuñar eso. Y pensó por último en la desesperación, era un arma de último recurso, era el último intento por sobrevivir de un desesperado en medio de la barbarie, de un bárbaro en medio de la desesperación. Le decía demasiadas cosas ese objeto, así que lo compró y lo guardó. Podría necesitarlo un día, no para matar, sino para hacer mierda a alguien, hacerlo mierda de verdad, sintiéndolo en las manos. No era lo mismo que cagar a un negro a tiros, esto era distinto y aunque no tenía a nadie en mente para probarlo, se lo llevó. Pensó que quizás no lo usaría nunca, pero debía estar preparado. Ahora había llegado el momento.

Salió quince noches seguidas cargando el puñal. Algunas veces no lo encontró, otras estaba con algún otro inútil y otras había gente pasando cerca. Una noche lo vio alejado treinta metros de la avenida,

en la calle lateral débilmente iluminada. Empuñó al arma y la mantuvo pegada a la pierna con el brazo extendido junto a su cuerpo. Sacó con la otra mano un cigarrillo para pedirle fuego. El hombre sacó su encendedor pero no llegó a prenderlo. Recibió el bayonetazo en el medio del pecho. Se hundió hasta el fondo de un golpe seco, absoluto. No cayó porque el puñal lo sostenía y tuvo unos segundos para mirar a Miguel con perplejidad. Luego se desmoronó como si fuera un muñeco de arena y una ola le hubiera deshecho los pies. Miguel limpió el puñal con una servilleta de papel, volvió a la avenida y se detuvo para ver si alguien miraba. El mundo seguía como si no hubiera pasado nada. Caminó hasta su casa, puso la ropa que había usado a lavar, dejó el puñal sumergido en el agua del lavatorio, hizo lo mismo con las zapatillas y luego se bañó él. No debía quedar rastro de sangre.

No durmió bien, no estaba contento ni triste, arrepentido tampoco. Había hecho lo que tenía que hacer. No le llegaron comentarios de esa muerte, como si no hubiera pasado. Tan fácil como pisar una cucaracha. ¿Era un asesino, era un delincuente más? No se sentía así, sentía que no había terminado el asunto, sentía que algo estaba empezando pero no sabía qué, hasta que unos meses después lo vio a Benito. Este otro hombre le era familiar, recorría las calles tirando de las manijas de un carrito como si fuera el caballo. Juntaba cartones, papeles y botellas que vendía por unos pocos pesos. Estaba viejo y borracho todas las noches. Se acordó de que cuando era joven, vivía con una gorda que paría un hijo todos los años. La mitad de esos chicos ya habían muerto, otros eran chorros y putas la mayoría de las chicas. Benito estaba viejo, pelado y gordo. Se compraba un par de cervezas al terminar el día y se las tomaba sentado en el cordón de la vereda. Si alguien invitaba un vino, también le daba. Sus ojos chiquititos, siempre enrojecidos, siempre entrecerrados como si la luz los ardiera. Vivía sumergido en el embotamiento, sin interés en nada que estuviera fuera del alcance de su mano. No podía imaginar a ese hombre mirando las estrellas, no podía imaginarlo conmoviéndose con unos versos ni amando. Que hubiera tenido tantos hijos no tenía

nada que ver con el amor. Había sido siempre como un animal al servicio de sus instintos, cogiendo con una hembra como bestias. “Sos el próximo Benito —pensó—, no te salva ni Dios, las vas a pagar.” ¿Qué tenía que pagarle a él ese pobre miserable, qué le había hecho? ¿Le constaba siquiera que hubiera dañado a alguien en su vida, aunque fuera a un desconocido? Ni siquiera tenía una razonable sospecha, pero lo iba a matar igual. Había sido toda su vida un promiscuo, había traído hijos al mundo solo para que sufrieran, había vivido sin preocuparse jamás por el mañana y ahí estaba ahora, apoyado contra un farol, chupando de la botella y disfrutando como un hijo de mil putas. “Quizás no tengas la culpa, Benito, pero te voy a hacer mierda igual”, pensó. Esta vez sabía que no tenía razones ni siquiera inventadas para hacer lo que iba a hacer. Se dio cuenta de que le había tomado el gusto al poder, a matar, a la impunidad con que lo había conseguido. Lo iba a matar sólo por eso. Benito no le había gustado nunca, nadie iba a extrañarlo y al fin y al cabo él también necesitaba disfrutar algo en la vida. ¿Estaba loco? Probablemente, pero cuando se está loco es más un problema de los otros que de uno mismo. Benito se mamaba apenas comenzaba a atardecer en la vereda de una casa de ocupas. Le costó encontrar el momento y el lugar. A las dos de la tarde de un domingo agobiante de verano, lo vio revolviendo una montaña de basura que se había juntado en la esquina de la plaza. Se agachó a recoger alguna cosa y Miguel se le fue encima con el puñal oculto detrás. Pero cuando llegaba hasta él, Benito lo miró sin incorporarse del todo, lo miró con sus ojitos de cansancio eterno, lo miró indefenso pero sin temor de lo que ignoraba y en vez de matarlo sin dudar, en vez de concretar lo que ya se le había vuelto una obsesión, se quedó inmóvil. Pasó lo que no podía pasar jamás, lo que no se le hubiera ocurrido tener en cuenta, no pudo.

—Estaba viendo si encontraba algo que vender —le dijo Benito.

—Está bien —contestó Miguel.

“¿Por qué no lo maté?”, se preguntó desde entonces, una y otra vez. Había visto algo, se había dado cuenta de algo. Este pensamiento

lo atormentó varios días, no podía responderse, así que una tarde en que tomaba café con un amigo decidió comentarle algunas de estas cosas, no para que le diera una respuesta sino porque tenía la esperanza de que en la charla pudiera surgir alguna clave para analizar mejor lo sucedido. Sentado frente a Ernesto en el bar le dijo:

—Maté a un hombre.

—¿Cuándo? —preguntó impasible su amigo.

—Hace más de un año, no me había hecho nada pero sentí que lo tenía que matar y lo maté.

—¿Así nomás, solo por algo que sentiste?

—Era uno de esos criminales que salen de la cárcel para seguir con sus fechorías.

—Entiendo —pasaron unos minutos y Ernesto agregó—:

Supongo que si lo mataste vos, estará bien muerto.

—Lo que me preocupa es otra cosa, varios días atrás quise repetir la experiencia con otro tipo.

—¡Esto se está poniendo jodido!

—Me doy cuenta, pero no es eso lo importante, fijate vos que cuando lo tuve servido no pude matarlo, y eso que lo tenía recontra-decidi-do.

—¿Y por qué?

—No sé, me miró y no pude.

—¿No te dijo nada?

—Dijo algo como para disculparse por revolver la basura, creyó que me iba a quejar, pero eso tampoco me importa.

—¿Qué es exactamente lo que querés saber?

—Algo me detuvo, algo que vi en los ojos de ese pobre desgraciado, algo que él no me quería decir, que ni siquiera sabe y que yo tengo en la punta de la lengua desde entonces. —Miguel hizo una pausa y siguió—: Sé que no es lástima, no tengo lástima de nadie, pero no logro darme cuenta.

—¿Por qué me contás esto, por qué no hablamos de armas, o de perros, o de culos como siempre?

—Pensé que charlando con vos se me podría ocurrir algo que me permitiera comprender, que se me iluminara la mente.

—Que te iluminara.

Miguel se quedó callado unos instantes y luego comentó:

—No sé por qué dije eso.

—Bueno, no te preocupes tanto, yo tengo una idea más o menos clara de lo que pasó —dijo Ernesto—. El hijo de puta sos vos, ese tipo era solo una mierda, después te enviciaste y quisiste seguir limpiando la mierda del mundo y al final te encontrás con que sos menos hijo de puta de lo que creías. —Y terminó—: Ahora que está todo claro, mirá el culo que pasa por enfrente.

Miguel se puso serio.

—Es mi hija, pelotudo.

No se peleó con su amigo, era el único que tenía. Además la rubicita no era su hija. Le vino la respuesta mientras estaba concentrado en un trabajo delicado. Estaba relacionada con la indefensión que le había parecido ver en los ojos de Benito. Que era un hombre entregado, lo hubiera sabido con verlo de lejos, pero cuando se miraron a los ojos por un momento, Miguel tuvo una sensación indefinible que lo obligó a detenerse. El haberse detenido era lo que más lo perturbaba porque aunque Miguel no había hecho grandes cosas en su vida, cuando emprendía algo ponía en ello una tenacidad a toda prueba, que era una de sus fortalezas y su mayor debilidad al mismo tiempo, porque no le permitía retirarse cuando ya no valía la pena. Era la primera vez en su vida que volvía atrás en una decisión tomada. Se dio cuenta de que por un instante los ojos de Benito le parecieron los de un chico, Benito podía ser ahora un personaje repulsivo, al menos para él, pero alguna vez había nacido con la más absoluta inocencia, sin noción del bien ni del mal, sin idea de la belleza o la fealdad. Si lo hubiera matado en ese momento, también habría matado al niño que fue y a su ausencia de maldad. Al primero, ese hombre que se le antojaba con aspecto de hippie o rockero en decadencia, lo había matado sin dudar. Ni siquiera

sabía su nombre, el nombre que habría dicho su madre miles de veces mientras lo amamantaba, lo acunaba, lo consolaba. Pensó que había tenido momentos de locura y consumado hechos irreparables. Tenía razón su amigo, le había tomado el gusto al poder de la brutalidad. No podía dejar de pensar que podía volverse un peligro para su familia, tenía que volver a lo único que le daría algo de paz, tenía que volver al mar.

Hizo algunos arreglos y se fue solo. Llegó luego de manejar cuatro horas y se dio cuenta de que no tenía justificativo tanta ausencia. Dejó el coche y caminó hasta la orilla. Se le llenaron los ojos con la inmensidad del Atlántico y también los oídos con su cantar rítmico. Era el mismo mar que había conocido de pequeño, un amigo frío e implacable. Pensó en los que se habían internado indefinidamente para dejar sus vidas en él como hizo Alfonsina, como hicieron tantos. Suspiró aliviado, ya sabía cómo iba a morir. Lo había decidido, apenas sintiera deseo de matar a alguien vendría al mar a dejar su vida. Era un mecanismo de seguridad, lo dejaba más tranquilo. Siguió volviendo al mar por lo menos dos o tres veces al año. Se quedaba mucho tiempo mirándolo, como siempre le había gustado hacer. No había vuelto a sentir impulsos violentos y tampoco pensaba ya en lo que había hecho, no podía hacer nada al respecto. Sonrió al recordar su respuesta invariable cuando alguien decía que solo Dios tiene derecho a quitar la vida: “Si Dios no está de acuerdo, que lo resucite”. No le gustaban las excusas ni descargar responsabilidades en otros. Se hacía cargo frente a sí mismo de lo que había hecho, pero una cosa le resultaba cada vez más clara, vivía esperando. Esperaba que le volviera la furia, el deseo de matar, para entregarle su vida al mar. No se iba a otorgar la más mínima oportunidad. Vivía en libertad, pero con una condena pendiente, de ejecución sumarísima.

En el estar atento a lo que pensaba y sentía, fue pasando la vida. No se dio cuenta hasta el final que su decisión de matarse lo había salvado. Al considerarse condenado de antemano había podido vivir

mejor que antes y al estarse vigilando había evitado entrar en pensamientos y razonamientos paralógicos y ser su instrumento. Volvió muchas veces más al mar, y en una mañana de invierno en la playa desierta, siendo ya muy viejo, se dio cuenta de que no tenía más ganas de vigilarse.

Sintió que su camino se había terminado y que si seguía en él era solo para permanecer, para durar. Dio unos pasos hacia el agua y sintió el frío del Atlántico del Sur en las rodillas. Por fin volvía, siempre le había pertenecido al mar. Sólo un hombre lo vio internarse hasta perderse entre las olas, un viejo pescador que ya no pescaba. Lo vio ir hacia el final de su vida y le pareció reconocerlo de cuando fileteaba junto a su canoa. Le había llamado la atención la forma en que ese hombre miraba el mar, el mismo mar del que ahora formaba parte. No iban a encontrar ese cuerpo, no solo por las olas furiosas del invierno ni por las corrientes mar adentro. Ese hombre le había pertenecido siempre al mar, nunca lo iba a devolver. Un joven se acercó al pescador y le preguntó:

—¿Sigue ahí? —el pescador miró a su hijo sonriendo con un gesto de interrogación y éste completó—: El mar, viejo, ¿sigue ahí?

—Más o menos donde siempre —y siguió— un tipo se acaba de suicidar.

—¿Y no hiciste nada?

—Era de los que saben lo que hacen.

—Aparecerá un cadáver hinchado y comido por los peces flotando en alguna playa lejana; alguien se espantará, alguien se divertirá, alguien opinará y alguien se callará; este último vas a ser vos.

El pescador le dedicó una de sus leves sonrisas y su hijo siguió hablando.

—¿Sabés los problemas que me traés en el pueblo?

—¿Yo?

—Tenés fama de raro.

—Eso es así desde antes que nacieras, no andarás peleando por mí.

—Ya no, pero decíme, ¿ese tipo que se ahogó, era de acá o vino de otro lado?

—Vino de lejos, la tenía muy clara desde hace mucho tiempo.

—Eso de suicidarse debe ser una forma de escaparse.

—A veces, pero cuando lo hace una persona que sabés que es inteligente, que no actúa por impulsos, lo mejor es aceptarlo sin juzgar. Cuando tu abuelo se enfermó, pensó mucho en matarse. Vivió años de sufrimiento y humillaciones —siguió— yo no hubiera permitido que lo hiciera pero cuando lo vi muerto luego de tanta lucha innecesaria, comprendí que hubiera sido mejor.

—¿El desconocido ese, también habrá hecho lo mejor? —Nadie es un desconocido, yo lo había visto absorto mirando el mar.

—Como vos —se rió el muchacho— si algún día desaparecés, voy a saber qué es lo que te pasó.

—No nene, eso no es para mí —dijo— hay tipos que saben cuándo tienen que morir, hay tipos que viven como si hubieran muerto, hay tipos que como muertos viven por costumbre y hay otros que no saben ni quieren saber nada, no están ni vivos ni muertos.

—Ya sé de cuáles sos vos —le dijo él— y también sé de cuáles soy yo, pero al abuelo no lo conocí y por lo poco que me contaste no puedo siquiera imaginarlo.

—Mejor, no hay que andar imaginando gente; si vas a hacer idioteces que por lo menos sean divertidas.

—¿A qué clase de tipo pertenecía el abuelo?

—Era un gallego, ellos tienen categorías propias que no alcanzan a otros seres humanos.

—¿Cómo es eso?

—Tu abuelo decía que había siete clases de gallegos: los finos, los entrefinos, los puercos, los marranos, los cochinos, los que no los aguanta nadie y los que no los aguanta ni la puta madre que los parió. —Y siguió—: Él insistía en que era de los primeros, yo le decía que de de los últimos.

Su hijo se reía.

—¡Menos mal que no somos gallegos!

—Sí somos, no importa dónde nazcas, un descendiente de gallegos es gallego —lo dijo con orgullo y el hijo lo aceptó así.

Luego de un rato se volvió para la casa dejándolo donde lo había encontrado. Siguió frente al mar, con la vista en las últimas huellas que dejara ese hombre. Pronto las borraría la marea. En sus últimos momentos no llevaba ni resentimiento, ni desesperación, estaba calmo como si hubiera llegado a una conclusión final. Se le ocurrió que ese hombre no había ido hacia el final de su vida sino hacia el comienzo de su muerte. Era posible que hubiera descubierto algo que él mismo buscaba desde mucho tiempo atrás.

Estaba seguro de haber tenido muchas cosas en común con ese hombre, y no le cabía duda de que sin importar su final en la vida, se le había adelantado con algunas certezas de esas que él rastreaba en cada detalle del mundo. Ese que hasta hoy había sido otro hombre, ya no existía. En esos instantes de calma que le adivinó viéndolo de espaldas, supo que ya no necesitaba nada, ni siquiera al mar. Él, en cambio, todavía necesitaba un poco de silencio, todavía necesitaba darse cuenta de cosas que suceden sin que nadie las vea. Quizás él también, cuando le llegara la hora de morir, pudiera llegar a una cierta claridad y quién sabe, quizás existiera algo después de la muerte y pudiera conocer por fin a ese hombre.

Privilegio de muerte

Pepe juntaba sus cosas, era el último día que estaba allí y nadie podía comprender lo que sentía. No iba a ir más y cada objeto que agarraba para llevarse ahondaba su incertidumbre. Metió todo en una caja, lo saludaron como si no supieran que no volvería y se fue. Los que quedaban todavía podrían verse unos a otros, moverse en un espacio cotidiano y en un par de días hacer como si no hubiera pasado nada. A él lo esperaba el agobio de un tiempo vacío y su casa, que en los horarios en que no había estado durante años, parecía de otro. Vivió su duelo con impotencia atónita. Siguió levantándose temprano aunque alargara el aburrimiento, se siguió afeitando y bañando todos los días por un tiempo. Necesitaba desgaste físico y empezó a caminar de noche con las más gastadas de sus ropas. No quería que lo vieran, no quería hablar con nadie. Intentó poner la radio y la televisión pero le parecía tan superficial, sin sentido. Sin embargo no estaba arrepentido, sabía que la única salida que le quedaba era irse. Había retrasado la decisión y por eso le había dolido tanto, pero el camino que había estado transitando aunque era cómodo había perdido sentido, no lo llevaba a ningún lado, era vano, infructuoso, sin corazón. No le echaba la culpa a nadie ni se quejaba, se hacía responsable de sí mismo. Tampoco pensaba en lo que podía haber sido ni en el tiempo perdido. Había oído muchas veces hablar al pedo. El que trabajaba desde chico decía “Si hubiera estudiado”. El que había estudiado decía “Si hubiera disfrutado”. El que había disfrutado decía “Si hubiera trabajado”. Era

solo gente que se daba cuenta a medias de que el tiempo pasaba, de que la vida les doblaba el recodo. Él ya no pensaba estas cosas, había roto la inercia y ya estaba jugado. Aunque todavía no sabía adónde, así se fue.

Caminando, Pepe se encontró con un conocido de la infancia.

—¡Qué hacés, boludo, tanto tiempo!

—Ahí ando.

—¡Eh, Pepe!, lo decís como si te fuera mal.

—Y sí, me quedé sin laburo.

—¡Un desocupado más en la Argentina!

—No es solo eso, es que no hay dónde insertarse, no hay en quién confiar, es que... me quedé sin un proyecto de vida.

—¿Vivís en la calle?

—Me queda el departamento y algo de plata.

—¿Tenés cáncer?

—¿Qué?

—Si tenés cáncer.

—No.

—¿Tenés SIDA?

—No, tampoco.

—¿Tus ojos ven?

—Sí.

—¿Podés caminar?

—Puedo.

—¿Cómo te va?

—¡No me hinchés las pelotas!, me va mal.

Caminaron un par de cuadras. Frente al supermercado un camión de caudales recogía la recaudación. Dos guardias esperaban afuera, otros dos recogían las bolsas adentro. Entonces el conocido de Pepe le comentó:

—No se ven muy peligrosos.

—¿Los guardias?

—Ahá.

—Son unos inútiles.

—¿Podrán con nosotros?

—No pueden consigo mismos.

—¡Sería tan fácil!

—¿Estás hablando de lo que me parece? —preguntó Pepe extraño.

—Sí —fue la respuesta enfatizada con una mirada indubitable.

—Sería fácil en teoría, hay mil cosas que pueden salir mal y entre las menos importantes están esos guardias.

—¿Y entre las más importantes?

—Encontrar gente de confianza, que no te deje atrás si la cosa se pone fea, que en el momento de hacer el reparto no te pegaran un tiro por la espalda, que no den tu nombre si los agarran —y terminó— encontrar delincuentes de confianza.

—¿Y conmigo?

—Ni loco —contestó Pepe riendo.

Hablaron un rato más antes de seguir cada uno por su lado. Tres días después, Pepe se enteró de la noticia: habían intentado asaltar un blindado cuando terminaba de cargar la recaudación del supermercado. Los guardias no estaban tan pintados como parecía, se habían resistido y mientras tanto llegó la policía. Todos los asaltantes habían muerto. Pensó en su conocido, al que parecía irle mejor que a él. Había hecho bien en rehusar el convite. Aunque, para qué estar vivo, si no disfrutaba de la vida y los que sabían disfrutar morían tan fácil. Había estado demasiado tiempo encerrado, esperando, hablando consigo mismo. Necesitaba alejarse y la conmoción de esa muerte le dio el impulso que no podía tomar solo. Le habían ofrecido varias veces ir a cazar patos. Estaban fuera de temporada y no habría nadie en el campo. Quería aislarse en un lugar menos histérico que esta enorme ciudad, que no lo enajenara desde afuera. Así llegó a un campo del norte, cerca de un río caudaloso y prepotente que hacía oír de lejos

sus aguas oscuras por el limo. Así fue que se encontró con Anacleto, el encargado del campo. Caminó un par de kilómetros por un sendero hasta la choza de madera. Había arreglado bien las cosas el dueño del campo, allí estaba la choza y el puestero, que ya debería estar avisado de su llegada y con algunas provisiones de más. Había dejado el celular en su departamento, estaban aislados. El puestero salió a su encuentro y lo saludó con una lejana inclinación de cabeza. No parecía sorprendido ni incómodo. Anacleto era un viejo gaucho, casi un indio, bastante gordo, mal alineado y peor afeitado, que lo miraba como miran las vacas cuando están tranquilas.

—¿Dónde me voy a quedar? —preguntó Pepe.

—Ahí nomás —dijo Anacleto señalando la choza de tablas con techo de paja.

—¿Los dos ahí?

—Ahá.

—Espero no incomodarlo.

—Nada puede incomodar a Anacleto —le contestó el gaucho como si estuviera hablando de otra persona—. Ni siquiera un porteño —agregó, y se fue caminando hacia la choza miserable.

Se hacía de noche y Pepe quería descansar. Por suerte había llevado una bolsa de dormir, en la choza no había nada. El piso de tierra apisonada, un brasero de hierro en un rincón y unas mantas rotas donde dormía Anacleto usando un viejo recado de almohada. Pepe recordó que no había visto ningún caballo en las cercanías, pero se notaba que Anacleto era hombre de a caballo. Le rechazó al viejo el mendrugo humeante con que lo convidó a cenar y se acostó. Había sido solo un día de viaje, un día vacío para él, ya era hora de que terminara. Se levantaron al amanecer y apenas cruzaron un saludo. Anacleto se tomó unos mates y Pepe se preparó un café. Luego se fue hacia los campos a conocer un poco los alrededores. El río estaba hacia el oeste pero no se llegaba fácil a la orilla, ya que se interponía en los últimos cien metros un espejo de agua de diez a cincuenta centímetros de profundidad.

Donde no había agua, la tierra era un barro eterno en el que los pies se hundían hasta las pantorrillas. Para el otro lado se podía caminar hasta donde llegara la vista, pero esa inmensa masa de agua parecía influir aún en las partes altas del campo, metiéndose por debajo de la tierra y manteniéndola blanda. Ideal para descansar si no fuera por los mosquitos. Eran enormes y a cada paso que daba se levantaban de a miles de entre los pastos. Recién era de mañana, al atardecer iba a ser terrible. ¿Por qué no lo había notado ayer? ¿Y a la noche? Lo tendrían que haber destrozado pero ni uno solo lo había picado. Tuvo que volver rápido a la choza, cada vez más rápido, corriendo con una nube de mosquitos rodeándolo. No había nadie adentro, así que se acercó al bracero para ponerse al amparo de sus vapores venenosos. Resultó a medias, todavía algunos mosquitos insistían en abalanzarse sobre él. “Deben estar muertos de hambre”, pensó, y se quedó quieto, tratando de defenderse sin perder el control. Decepcionado, se decía a sí mismo “Aquí no voy a poder desenchufarme del mundo, aquí no voy a poder ni siquiera estar”. En eso entró Anacleto.

—¿Qué le pareció el campo?

—La mitad es agua y la otra mitad mosquitos, me van a volver loco.

—Hasta que lo conozcan, luego van perdiendo interés. —¿Como la gente?

—Como alguna —dijo Anacleto sin mirarlo, y agregó—: No sé en qué puedo ayudarlo.

—En nada, solo quería perder un poco el tiempo, salir de esa ciudad infernal que lo termina aplastando a uno. —Anacleto lo miró con cara de no entender, entonces Pepe agregó—: No vi ningún caballo.

—No aguantan esta tierra, con sus mosquitos, tábanos, garrapatas e infinidad de plagas —siguió— tendría que tener un establo y ponerles insecticida todos los días.

—Vi algunas vacas.

—Son búfalos.

—¿Búfalos?

—Sí, los trajeron de la India hace años, aguantan el clima y los bichos pero tenga cuidado, no son como el ganado que conocemos, pueden ponerse peligrosos.

—Ya veo.

—Esto no es La Pampa, si se va a chapotear cerca del río sepa que hay yacarés, algunos bastante grandes, muerden cualquier cosa que se mueva.

—¿Algo más?

—En el agua hay mucha palometa, más al norte les dicen pirañas —dijo Anacleto— acá no hay suficientes para matarlo pero le pueden dar una probada.

—¿Algo más? —preguntó Pepe, como si le quisiera aclarar que no era fácil de espantar.

—Yo que usted me pondría las botas altas esas que trajo, la yarará y la coral son peligrosas.

Pepe asintió fijando su mirada en las alpargatas de Anacleto. Él movió los dedos gordos que asomaban por sendos agujeros de la tela, y le dijo:

—Yo soy yo.

Pasaron varios días en que Pepe se dedicó al ocio en largas caminatas sin rumbo o mirando el fuego o tratando de llegar a la orilla del río. Anacleto recorría los alambrados, controlaba los búfalos y se daba tiempo para asar un poco de carne.

Anacleto no entendía qué hacía allí ese porteño, y Pepe no podía creer que ese puestero viviera así. Algo había notado en Anacleto que le llamaba la atención. Los mosquitos no lo picaban, ni siquiera se le acercaban y cuando él estaba cerca de Anacleto, también lo dejaban tranquilo. Había hecho una verdadera investigación al respecto, que consistía en unas pruebas subrepticias acercándose y alejándose alternativamente del gaucho, tratando de que éste no se diera cuenta. Había llegado a establecer un círculo de unos doce metros de diámetro

como “área de protección” en el cual no ingresaba ningún mosquito y él quedaba bajo el amparo de esa extraña facultad que parecía tener el puestero. Nada de esto había pasado desapercibido a Anacleto, que se había hecho el tonto mientras espiaba de reojo y trataba de contener sus risitas. Pepe se preguntaba si eso sería efectivo solo para los mosquitos porque el consejo que le diera acerca de las botas ya le había sido muy útil. Había llevado unos borceguíes de caña alta que ahora sólo se sacaba para dormir. En un par de ocasiones las víboras habían rebotado su cabeza contra ellos. ¿La cercanía de Anacleto también lo protegería de las víboras? En todo caso, lo más importante, ¿cómo podía suceder algo así, por qué mecanismos?, ¿podría explicarse, manejarse, o transmitirse?

A pesar de que casi no hablaban, poco a poco los dos hombres fueron ganando confianza. Luego de la primera semana ya no estaban a la defensiva y a la noche hacían un fuego cerca de la choza, observando las llamas, escuchando el río cercano y omnipresente, admirando las estrellas o la oscuridad que en el campo es bien distinta a la de la ciudad. Al principio se mantenían en silencio como si tuvieran un pacto para no hablar. Luego una que otra frase suelta matizada con algún gesto cortés, hasta que una noche Pepe preguntó:

—¿Cómo es eso?

Anacleto sonrió y Pepe volvió a hablar:

—Va contra toda lógica, no me explico cómo lo logra. —Tengo un pacto —susurró Anacleto con la resignación de quien tiene que aclarar lo obvio.

—¿Con los mosquitos?

—Con toda la tierra, deajo a la tierra en paz y ella a mí.

—No me aclara nada.

—Y tampoco puedo, se trata de una vida.

Pepe asintió mirando el fuego, por lo menos entendía que no lo iba a entender nunca. Entonces fue Anacleto el que preguntó:

—¿A qué se dedica?

—Trabajé en una empresa muy importante durante casi veinte años; con la recesión y la globalización... en fin, me dejaron ir como dicen ellos.

—¿Y se encuentra perdido?

—Me encuentro en libertad y no sé qué hacer, creí que con el tiempo libre podría cumplir un viejo sueño, pero me estoy dando cuenta de que ya no me interesa.

—¿Y se puede saber cuál era?

—Nada del otro mundo, quería escribir, en algún momento sentí que tenía algo que decir, que aunque pudiera no ser importante para los demás era vital para mí.

—¿Cuándo era más joven?

—Cuando era joven, pero ya no creo que tenga ningún sentido y tampoco me queda la motivación de adquirir reconocimiento o fama —hizo una larga pausa y siguió— es como si hubiera perdido la capacidad de ser superficial y eso me dejara fuera del mundo.

—Fuera del mundo de lo superficial.

—Pero lo superficial, es el mundo.

Hubo otra larga pausa que solo ocupó el crepitar del fuego y Anacleto preguntó:

—¿No llegó a escribir nada?

—Toda una novela.

—¿Y qué pasó, no la publicó?

—La quemé, fue toda una ceremonia pero no valía más que alguna de estas ramas que estamos quemando aquí.

—¿De qué se trataba?

Pepe sonrió con melancolía, pero no dijo nada.

—¿No se acuerda?

—Me acuerdo como si fuera hoy, incluso podría recitarla palabra por palabra, con cada punto, con cada coma, con cada espacio, si me volviera lo suficientemente loco, ¿sabe cuál era el título?

Anacleto hizo un gesto de interrogación con toda la cara, esperando que él mismo se respondiera.

—El hombre que veía por el ojete.

Anacleto se quedó serio mirando el fuego. Entonces Pepe le dijo:

—No es una broma.

—Ni me pareció.

—Creí que estaba conteniendo la risa.

—Debo confesarle que me parece un poco raro, supongo que sería mucho pedir que me contara algo de eso.

—No, no sería —dijo Pepe— no se rió cuando se suponía y se ganó el derecho, pero no espere gran cosa.

—Anacleto nunca espera nada; cuente, cuente o le tiro los mosquitos encima.

Pepe sonrió con tristeza, como venía haciendo desde que había perdido el trabajo, y le propuso:

—Yo le cuento mi novela pero después me cuenta algo de usted.

—Hecho.

Pepe respiró profundo y cerró los ojos unos segundos como buscando fuerzas para llevar a cabo una gran tarea, y comenzó:

—Ya había desechado la intención de escribir cuando mirando la televisión, en un noticiero de esos amarillistas, de esos en que le ponen música de fondo a la información, en que el o la cronista se convierten en provocadores profesionales con tal de desencadenar un escándalo en vivo y en directo, de esos en que el conductor o conductora se rasgan las vestiduras ante cualquier injusticia y se encargarán luego de decir cómo deberían ser las cosas, a veces a los gritos, a veces golpeando sobre la mesa con autoridad profesional y ética surgida solo de su imaginación; en fin, un noticiero como son comunes hoy en día en la Argentina.

—Parece que no le gustan —dijo Anacleto divertido.

—Si me va a interrumpir...

—No, siga, siga nomás —contestó Anacleto disculpándose. —En uno de esos noticieros —siguió Pepe— de pronto aparece un ciego al que se ve que ya venían haciéndole notas, corriendo como en una

prueba de atletismo junto a un ayudante; trataba de cubrir una distancia importante, de Buenos Aires a Luján.

—Una maratón —dijo Anacleto, que ante la mirada severa de Pepe se tapó la boca como si lo hubieran retado.

—Bueno —siguió contando Pepe— el tipo corría y corría, las cámaras cubrían todo el trayecto y cómo le alcanzaban agua y cómo jadeaba ante tanto esfuerzo; cada tanto paraba a descansar y el periodista aprovechaba para hacer un mini reportaje, hasta que llegó a Luján, hasta la mismísima Basílica. Una muchedumbre lo esperaba, se ve que venían haciendo propaganda de varios días atrás, un montón de gente había pero tenían bien organizado todo —siguió—, se habían alineado para mantener abierta una senda entre el gentío, así que el tipo sube trotando las escalinatas y entra en la enorme iglesia colmada donde lo esperaba un Cardenal con sus galas de príncipe y las cámaras de televisión, por supuesto.

—¡Por supuesto! —no pudo evitar exclamar Anacleto entusiasmado y divertido.

—Bueno... el tipo llega jadeando, tambaleándose y llorando hasta el Cardenal que lo esperaba frente al púlpito; lo abraza, todos lloran y el periodista dice no sé qué pelotudeces de la voluntad, del sacrificio y...

—Sí, hombre, pelotudeces.

—Eso, de pronto entre tanto grito y exclamación el Cardenal hace una seña con la mano, va a decir algo, todos van callando hasta que el silencio se impone, quieren oír esas palabras llenas de autoridad política y de la otra —Pepe suspiró y siguió— entonces el Cardenal dice la frase mágica que me movería a escribir mi novela, dice la peor estupidez que podría decir el más estúpido de los hombres.

Pepe se quedó mirando a Anacleto, al que casi se le salían los ojos de curiosidad. Pero el silencio de Pepe se prolongaba, se había quedado callado como si estuviera viendo la escena que describía y ya no fuera necesario hablar. Anacleto no pudo aguantar más y le preguntó casi a los gritos:

—¿Y, qué dijo el cura?

—El Cardenal.

—Sí, el Cardenal de mierda ese... ¡Qué dijo! —Ah, le interesó, no era tan mala mi novela.

—Yo no dije nunca que fuera mala ni buena —se defendió Anacleto y siguió— no me va a dejar con el entripado.

—Bueno, el Cardenal también hace una pausa como para acentuar el dramatismo del momento y dice “fulanito (no me acuerdo cómo se llamaba el ciego) no ve con los ojos del cuerpo pero ve con los ojos del alma mejor que nosotros”.

—Le voy a decir mi amigo que yo mismo he escuchado estupideces peores —le aclaró Anacleto decepcionado.

—¿Por televisión?

—Sí.

—¿En vivo y en directo?

—Sí.

—¿Dichas por alguien que se supone que tiene que ser poseedor de aunque sea una pizca de sabiduría?

—Sí.

—¿Quiere que le termine de contar la novela?

—Sí.

—Entonces cálese —lo cortó Pepe para seguir relatando— cuando el Cardenal dice eso el ciego llora más fuerte, se escuchan vítores, alguien pide un aplauso y la transmisión vuelve al estudio principal, donde los conductores hacen algunas reflexiones para los imbéciles de los televidentes.

—Hasta ahí, todo normal.

—Todo normal, entonces yo pienso “Y ya que estás en la Basílica, donde se han producido tantos milagros para tanta gente, ¿por qué no un milagro para vos?”.

—¡Entonces Dios le devuelve la vista!

—Exacto.

—En vivo y en directo, ¡lo que sería!

—No, porque el ciego, al que le vamos a decir Carlitos porque sinceramente no me acuerdo como mierda se llamaba, no se da cuenta.

—¿No se da cuenta?

—Es que no puede darse cuenta.

—¿Por?

—Porque el milagro no le devuelve la vista por los ojos del cuerpo sino por el ojete del culo.

—¿Le aparece un ojo en el culo?

—Ve por el agujero nomás, por obra y gracia del Espíritu Santo —explicó Pepe con convicción— ahora usted analice, entre las nalgas cerradas, el calzoncillo y el pantalón, Carlitos no puede saber nunca que tiene el don de la vista.

—¿Y cómo se da cuenta?

—Ahí la novela sigue su desarrollo, está todo muy bien relatado y detallado.

—¿Pero no me dijo que la quemó?

—Es que la tengo acá —contestó Pepe señalándose la cabeza y agregó—: ¿Quiere que siga?

Anacleto asintió con la cabeza mirándolo de reojo. Entonces Pepe siguió contando:

—Pero un día se da cuenta, necesariamente mientras estaba cagando; sentado en el inodoro, por un instante ve algo que no sabe lo que es porque como era ciego de nacimiento, ni siquiera tenía una vaga idea de lo que significaba ver, ¿y qué es lo primero que ve?

—Su propia mierda —contestó Anacleto con la mirada perdida.

—Exactamente, eso es lo que más me gustó de la imagen, ¿entiende el simbolismo que conlleva semejante imagen?

—No estoy seguro.

—Bueno, pienseseló, mientras tanto imagine el terrible susto que se lleva Carlitos que ni siquiera sabe que está viendo. —Y siguió—: De ahí en más viene la parte más patética de mi novela,

porque este muchacho empieza a experimentar su visión, primero reconociendo su propia casa, sus objetos personales y asumiendo una grotesca posición corporal, hasta su propia cara; luego se dedica a mirar por la ventana lo que no le trae mayores consecuencias porque vive unos pisos arriba en una casa de departamentos; más tarde sí, tiene un grave problema cuando pretende mirar a un conocido de cerca —Pepe prendió un cigarrillo y le dio tiempo a Anacleto— figúrese que el hombre tenía que agacharse con el culo al aire y separarse los cachetes con las manos.

—Me imagino —dijo Anacleto entre dientes y mirando a Pepe cada vez con mayor desconfianza.

—Eso le cuesta caro porque termina siendo violado pero luego se repone y quiere salir a la calle y tratar de vivir como los demás, entonces se inventa un aparato con unos caños y lentes que a la manera de periscopio de un submarino desde su culo le sube pegado a la espalda y se acoda sobre su hombro y por primera vez en su vida puede caminar por la calle viendo.

Anacleto no sacaba los ojos del fuego y Pepe siguió:

—Pero el sistema es poco práctico, se le desacomoda, lo lastima y un día en que se le sale completamente, lo agarra la policía; imagínese, ven a un tipo en la calle con los pantalones bajos y tratándose de meter un caño en el culo.

Anacleto asentía lento y sin mirarlo.

—Para hacerla corta —siguió Pepe— lo llevan a un psiquiátrico, nadie le cree y finalmente cuando puede volver a su casa se da cuenta de que para cumplir con su mayor anhelo ha perdido la dignidad, incluso la cordura; entonces decide olvidarse de que puede ver por el ojete y sigue viviendo como antes —terminó Pepe preguntando—: ¿Qué le pareció mi novela?

—Y... no sé —contestó Anacleto totalmente desorientado. —Se la conté muy resumida, tiene un desarrollo en el cual me sumerjo en la personalidad y las intimidades del personaje.

Anacleto lo miraba con la boca abierta sin poder creer lo que acababa de escuchar. Ese hombre que parecía tan serio, tan culto y todas esas boberías. Miró al cielo y se dio cuenta de que las tres marías ya estaban del otro lado.

—Se hizo tardísimo —le dijo a Pepe mientras se levantaba para irse a acostar.

—No se olvide de que me tiene que contar algo de usted. —Mañana, mañana la seguimos, quédese tranquilo —le dijo mientras se alejaba.

—Hasta mañana, Anacleto, y no se preocupe, que no voy a reescribir nunca mi novela.

Hasta ese momento Anacleto y Pepe solo se habían juntado a la noche frente al fuego unas pocas veces para charlar, pero esa mañana por primera vez en casi diez días, salieron a recorrer el campo juntos. Al principio caminaron en silencio, luego de unos minutos Anacleto preguntó algo que parecía venir rumiando hace rato:

—¿Usted leyó muchos libros?

—Muchísimos, no solo en castellano, también en otros idiomas.

—No me puedo imaginar algo así.

—No crea que es la gran cosa, no me sirvió de mucho.

Entonces Anacleto le dijo:

—Yo manejo dos idiomas, el que estamos hablando y el del cuchillo, y creamé, me ha servido de mucho este último.

No había sido una amenaza, así que no se interpuso entre ellos ninguna sombra. Pepe retomó la conversación:

—Usted no habla como un gaucho.

—Sí —dijo Anacleto riéndose— hablo como un gaucho, usted debe estar pensando en los de las películas.

—¿Pudo estudiar?

—Completé el primario en una escuela rural, fue una hazaña; después dediqué toda mi vida al trabajo en el campo. —Caminaron un poco más y Anacleto agregó—: Leí algún que otro libro que ma-

noteé por ahí, pero no puedo ni imaginar que una persona pueda leer cientos.

—Miles Anacleto, miles y miles de libros. Dígame —dijo Pepe luego de un rato— eso del cuchillo, ¿cómo era?

—Todo hombre de campo maneja bien el cuchillo, ya casi no hay visteadores, esos que medían el tiempo y la distancia con tanta seguridad que eran capaces de encarar un duelo empuñando una alpargata.

—¿Una alpargata?

—A uno se le venían encima a cuchillo y se sacaba la alpargata para pelear y si el del cuchillo recibía una paliza a alpargatazos, era terrible.

—Humillante.

—Claro, pero yo nunca tuve uno de esos duelos, cuando le comenté lo del cuchillo me refería a otra cosa.

—Cuénteme... si se puede.

Esta vez fue Anacleto el que suspiró y estiró el cogote como si buscara ver más lejos.

—Fue en un lugar parecido a este, pero mucho más al norte —dijo— el patrón me pidió que saliera a buscar a un puma y me prestó un palanquero; estuve un par de días rastreando hasta que encontré unas huellas frescas en un campo de pastos altos; había algo raro en el ambiente pero no podía darme cuenta qué cosa era; uno de los perros de la estancia me había seguido todo el tiempo y poco antes de encontrar la huella desapareció; ese fue un signo que se me escapó, pero yo era muy joven entonces. —Y siguió—: Cuando vi la huella, me quedé desconcertado, ¡era enorme!; seguí unos metros más el rastro que doblaba casi en ángulo recto hacia un costado, internándose en un cañaveral pantanoso en el que no me animé; volví sobre mis pasos, escuché un gruñido grave, bajo y supe que me había emboscado. Sentí un golpe terrible, como si me hubiera atropellado un coche y caí al piso con él encima; ahí terminé de entender, no era un puma, ¡era un tigre!

—¿Un tigre?

—Así se le decía al jaguar por estas tierras, pero hacía como treinta años que no aparecía uno tan abajo y esto que le cuento pasó hace mucho. Imagínese mi sorpresa.

—No veo la diferencia, era un riesgo que había tomado, que lo ataque un puma o un jaguar...

—¡Es muy distinto!, usted habrá leído muchos libros pero de esto no tiene ni idea, un puma en un bicho de 30, a lo sumo 40 kilos, imposible que se atreva con un hombre, pero un tigre es otra cosa, más grande, más fiero, de quijadas cuadradas mucho más fuerte que otros gatos; si hubiera imaginado que podía tratarse de eso, nunca hubiera aceptado el encargo, aunque me hubiese costado el trabajo. Mire, para que tenga una idea —siguió— yo escuché las historias de mis mayores y cuando había tigres era terrible, se vivía con miedo.

—Y pensar que ahora están en extinción.

—¡Que se extingan de una vez!

—Los ecologistas no opinan lo mismo.

—Yo quisiera verlos corridos por un tigre o peor, encontrarse un hijo a medio comer —entonces Anacleto se quedó callado, miraba con el terror en la cara hacia abajo, como si estuviera viendo lo que acababa de describir. Pepe no se atrevía a romper el trance. Luego de unos minutos, Anacleto se fue aflojando, cuando se terminó de recobrar, retomó el relato—: Estaba con el tigre encima, caí boca arriba y había puesto el palanquero como para tratar de pararlo, la culata apoyaba en el piso y con la mano izquierda yo sostenía de la punta del cañón gran parte del peso del animal para que no me inmovilizara; la carabina le había quedado en la boca como el freno de un caballo y él lo mordía con furia. —Anacleto hizo un gesto de asco y siguió—: Su aliento me quemaba la cara, las garras también le habían quedado por sobre el palanquero, todavía no me hería y de pronto, clavó sus ojos amarillos en los míos y se tranquilizó.

—¿Se tranquilizó?

—Sí, dejó de bufar y gruñir enfurecido, se había dado cuenta de que tenía todo el tiempo del mundo, se acomodó un poquito

mejor, pasó la mano derecha por debajo del rifle y con la delicadeza de un pintor me la apoyó en el pecho y me bajó un zarpazo lento... lento.

—¿Lo lastimó mucho?

—Me hizo mierda —contestó Anacleto y se abrió un poco la camisa mostrando cuatro surcos paralelos que le bajaban desde la base del cuello.

—Estaba perdido —dijo Pepe sin pensar.

—Con el tigre, se está perdido desde el momento en que lo huelen a uno.

—¿Y qué pasó?

—Yo apenas podía respirar por el peso, el tigre había abierto las patas de atrás para fijarse al piso y que yo no pudiera girar; volvió a pasar la mano bajo el palanquero y la quiso poner sobre mi cuello, yo bajé la cabeza tratando de protegerme con la cara, entonces me apoyó la mano en la cara para hacerla girar hacia un costado, ¡sin sacar las garras!

—Claro, las iba a sacar solo cuando estuvieran en el cuello.

—Fijese qué animal más fino, de un manotazo podía arrancarme la cabeza, pero quería ser prolijo parece.

—¿Y qué paso?

—El tigre empujaba con mucha fuerza y cuando lograba levantarme la cara, me soltaba para ponerme la garra en el cuello, en ese momento yo volvía a bajar la cara; lo hicimos así cuatro o cinco veces.

—Muchos en su situación se hubieran entregado, ¿por qué resistía tanto si no tenía oportunidad?

—Aún me quedaba una remota chance, tenía mi cuchillo y el tigre me estaba dando tiempo; como lo llevaba atrás, entre los pliegues de la faja, estaba apretado contra el piso, pero yo tenía la mano derecha libre ya que de ese lado estaba apoyada la culata y me había cuidado muy bien de no usarla para apartar la garra del tigre.

—¡Hay que tener sangre fría!

—Entremedio de ese jueguito logré desenvainar y se lo enterré entre las costillas.

—¡Y así se salvó!

—No fue tan fácil, no murió así nomás, se ve que no le había tocado el corazón.

—¿Y qué pasó?

—Me miró desconcertado, como preguntándose “Qué fue eso”, después miró el entorno como buscando algo que no hubiese visto antes; el tigre no podía respirar, se le fue la expresión de asombro y creí saber que se había dado cuenta de que yo lo había matado; todavía podía tirar un manotazo final, y matarme.

—Obviamente no lo mató.

Anacleto hizo caso omiso del comentario superfluo y aclaró:

—Solo bajó la cabeza, fue dejando de jadear de a poquito y se murió; yo no me moví por un rato largo, quería estar seguro de que no le quedaba un resto.

—No creo que haya habido muchos hombres a los que les haya pasado algo así.

—Ninguno, creo yo —dijo Anacleto y se quedó callado como si hubiera revivido con la historia el espanto de aquel momento.

—¿En qué está pensando?

—Durante mucho tiempo me pregunté por qué no me había matado en los últimos momentos; al principio se confió, como si me quisiera sobrar, pero al final tuve la clara certeza de que no quiso.

—No entiendo.

—Después me di cuenta; para ese tigre yo solo era una presa que lo había sorprendido, si me lo encontrara hoy mismo no me daría ninguna oportunidad, me mataría o nos mataríamos uno al otro, pero en ese momento no me podía llevar con él, yo no era nadie.

Siguieron caminando un rato largo en silencio, hasta que Pepe dijo:

—Debe haber sido un héroe en la estancia.

—No; esperé unos días hasta que me fui curando un poco, dejé el palanquero todo mordido en manos del patrón, recogí las pocas cosas que tenía y me fui caminando; no volví nunca más, ni siquiera me llevé la paga.

—¿No le preguntaron nada?

—Me hicieron un montón de preguntas, me dijeron muchas cosas que no recuerdo porque eran como ruidos para mí; yo andaba como un muerto que camina, en verdad creo que algo de mí se había muerto. Esos momentos —siguió hablando Anacleto para sí mismo— en que el tigre sabiéndose acabado decidía qué hacer conmigo, duraron... no sé cómo decirle...

—Segundos que parecen siglos.

—¡Eso!

—Que parecen cientos de siglos.

—¡Eso!

—Que parecen miles de siglos.

—Bueno, no se vaya para el otro lado.

—¡Y pensar que lo podría haber matado un tigre! —Hubiera sido un honor morir luchando por la vida, sin ninguna ambición ni ideales ni objetivo más que sobrevivir, todo un privilegio, no cualquiera puede morir así.

—¿Usted cree que la muerte da privilegios?

—No a todos.

—Tuve un tío hace muchos años, al que le encantaba caminar y caminar, cada vez que tenía un rato libre, salía a caminar; cuando era viejo y parecía que iba a empezar con las enfermedades y los achaques, se cayó muerto en la calle mientras caminaba. —Y Pepe siguió—: Siempre pensé que había tenido suerte, que había muerto haciendo lo que más le gustaba y se había ahorrado los sinsabores de una muerte en la cama.

—¿Era un hombre recto?

—Sin duda.

—Entonces no fue suerte, la muerte le dio un privilegio.

—Hace poco un conocido murió en un tiroteo, era un ladrón.

—A la muerte eso no le importa.

—Anacleto... ¿ese episodio del tigre... lo cambió, no? —Sí, me cambió, no fui ya más el mismo —dijo Anacleto. Pepe miraba el horizonte, pero se dio cuenta de que Anacleto se alejaba en cuanto empezaron a picarlo los mosquitos. Le quedaban pocos días a esta especie de retiro espiritual que Pepe se había impuesto. Los pasaron casi en silencio, pero era distinto al silencio del principio. Antes se aislaban, ahora lo compartían. El último día Pepe se levantó bien temprano, como de costumbre Anacleto ya había salido. Tomó un café tranquilo y salió él también con la idea de recorrer el campo por última vez. A la tarde pasaría la camioneta a recogerlo por el camino de tierra, distante dos kilómetros de allí. Cuando salió, recorrió con la mirada los alrededores y lo vio. Anacleto estaba tirado de costado a escasos veinte pasos de la choza. Corrió hasta él, lo acomodó de espaldas y lo sacudió para reanimarlo durante un rato largo. Cuando por fin abrió los ojos, lo miró como disculpándose y le dijo:

—Estoy frito.

—Lo llevo hasta la choza y traigo ayuda.

—No, déjese de joder, me muero ya; tengo que pedirle un favor.

—Diga.

—Arrástreme hasta la sombra de la lomita —le dijo refiriéndose a una pequeña elevación del terreno a treinta metros.

Pepe contestó:

—Mejor lo llevo a la choza.

—Por favor, si no me va a ayudar no me joda.

—Está bien —aceptó Pepe sin entender muy bien lo que pasaba.

Le costó mucho trabajo, porque Anacleto no movía un músculo. Cuando llegaron, Pepe apenas podía respirar por el esfuerzo.

—Un último favor más —dijo Anacleto como una súplica.

Pepe asintió resignado y Anacleto le pidió:

—Entiérreme aquí, no le avise a nadie.

Pepe no sabía qué decir, pensó unos segundos y preguntó:

—¿Seguro que no quiere que vaya por ayuda?

—No, ya estoy hecho, viví demasiado y fue una vida muy dura.

Asintió con tristeza, el gaucho se había entregado. Se quedó viendo ese cuerpo ahora flácido, desparramado entre el pasto. Le pareció más viejo que nunca y se preguntó en voz alta:

—¿Cuántos años tendrá este hombre? —Como cuarenta —contestó Anacleto.

—¿Cuarenta nada más?, ¡no puede ser, es más joven que yo!

—Nunca estuve seguro, así que siempre digo “como cuarenta”, vaya a saber.

—Mire, Anacleto, me pone en un aprieto usted —le dijo bajito cerca del oído arrepintiéndose de inmediato por su mezquindad ante un moribundo.

—¿A qué cree que vino, a pasar el tiempo?, ¿por qué llegó hasta mí, para hacerme escuchar una novela inexistente o para escuchar el relato de un peón que a nadie le importa? —Y siguió—: No porteño, usted será muy leído pero ignora hasta lo que tiene delante: usted vino para enterrarme; lo supe desde la primera vez que lo vi, por eso no quería ni hablarle. Escuche, de lo que dejo, llévese todo lo que no se pueda quemar —susurró con el último jadeo.

Pepe se quedó mirándolo mientras pensaba qué contestar. No tuvo tiempo, Anacleto había dejado de respirar y sus ojos abiertos se volvieron turbios mirando la nada. “Ahora sí que tengo un problema —pensó y siguió razonando—. Se murió estando solo conmigo, si aviso voy a tener que dar muchas explicaciones, le van a hacer una autopsia en la ciudad, quizás a alguien se le ocurra echarme la culpa y lo que es peor, no voy a haber cumplido con su pedido. —Y concluyó—: Si lo entierro acá nadie se va a dar cuenta; este hombre era de irse así nomás, sin avisar ni dar explicaciones.”

Decidió enterrarlo. Fue un trabajo duro, mientras cavaba pensaba “¿Por qué no habrás sido un guerrero Celta, Anacleto?; ellos no querían que los enterraran, ni que quemaran sus cuerpos, eso era una afrenta; quedaban a disposición de los buitres que eran animales sagrados, para poder entrar a su paraíso. ¿Por qué no fuiste un guerrero Celta, Anacleto?”, volvió a repetirse varias veces mientras cavaba. Todo quedó hecho y estaba agotado. A la tarde iría hasta el camino donde lo tenía que recoger la camioneta. Si le preguntaban por el puestero les diría que estaba recorriendo el campo. Estaba exhausto, bañado en sudor y lleno de tierra. Se fue zigzagueando hasta la orilla del río y se lavó, luego quemó las cosas del puestero. Se guardó el cuchillo, pensando que eso era lo que quería dejarle. A la tarde se fue, seguro de que jamás volvería. Se hizo una pasada por la tumba de Anacleto, que no tenía ninguna marca, ni siquiera un palo clavado que indicara que allí había algo fuera de lo común. Luego caminó bajo el sol de las cuatro de la tarde, por el sendero. Mientras caminaba, se dio cuenta de que no lo había molestado ni un mosquito. ¡Eso era lo que le había dejado Anacleto! Llegó hasta el camino, esperó y esperó hasta que se le hizo evidente que no pasaría nadie a recogerlo. Tuvo que volver al campo porque ya anocheecía y hubiera sido muy largo llegar hasta la ruta a pie. Puteó todo el camino.

No durmió en la choza, prefirió pasar la noche sentado junto al fuego, un fuego como el que hacían con Anacleto para cocinar. Así pasó la noche como velando las armas. Entonces sacó el cuchillo de Anacleto del bolso y se lo puso en la cintura tal como hacía el gaucho. Recordó las únicas veces en que hablaron en serio, en que se comunicaron. La noche en que le contó su malograda novela y la mañana en que él le contara su encuentro con el tigre. ¡Pobre Anacleto! A lo mejor él tenía algo que ver con su muerte, quizás lo había matado con su novela. Apenas comenzó a clarear un poco decidió que iría caminando hasta la ruta, así tendría todo el día para moverse con luz. Pero antes de irse fue por última vez a la tumba de Anacleto. Estuvo unos

minutos en silencio ante el montículo anónimo, cuando un ruido de ramas rotas lo sacó de sus cavilaciones. Prestó atención y escuchó unas pisadas en el pasto, luego el silencio. ¿Habrían venido a buscarlo, se habrían dado cuenta de que ahí estaba enterrado un hombre? Se metió entre los matorrales buscando el origen de esos movimientos. Se internó quince o tal vez veinte metros y luego se paró a escuchar. La sangre se le heló cuando un resoplido le llegó desde atrás, supo de inmediato lo que era. ¿Un tigre? Imposible que quedara alguno por aquí en estos tiempos. Pero sí, él sabía que era un tigre aunque no lo viera. Anacleto no solo le había heredado un cuchillo viejo y su poder sobre los mosquitos, le había dejado algo más importante. Supo que no tenía la más mínima oportunidad y supo por qué había venido en realidad. Se afirmó sobre sus pies y desenvainó el cuchillo de Anacleto. “Me va a hacer el honor, ¡qué privilegio!”, pensó mientras recibía la embestida.

El fusil

De vez en cuando tomaba el viejo fusil entre sus manos, un Remington Rollin Block o, como lo llamaban por estas tierras, el Remington Patria o simplemente “el Patria”. Le gustaba sostenerlo, acariciar su madera, sopesarlo, alinear las miras. Lo había disparado pocas veces, con recargas que conseguía en una asociación de tiradores. Este era de retrocarga, monotiro, de pólvora negra, calibre 11 milímetros. Había pasado de mano en mano por varias generaciones de su familia, de padre a hijo. Tenía toda una historia, el fusil. Se lo había quedado su tataratata abuelo luego de la Campaña del Desierto, cuando al mando del General Roca el Ejército se les fue encima a los indios empujándolos al otro lado de la Cordillera o sometiéndolos en reservaciones o aniquilándolos con la ventaja inexorable de sus armas. Le contaron de chico, con orgullo y satisfacción, que con ese fusil habían matado decenas de indios. Los soldados fueron recompensados con tierras y su tatarabuelo lo usó para defenderlas de las pequeñas bandas, los cuatreros y las alimañas. También allí había cumplido un papel decoroso mandando al otro mundo a más de un bandolero y a muchos de los pumas que en esas épocas aún infestaban la zona. Para cuando lo recibió su bisabuelo ya reinaba el fusil a cerrojo en el mundo, que disparaba cartuchos mucho más potentes, de pólvora sin humo, con precisión imposible de creer 20 ó 30 años atrás. De todas formas su bisabuelo ya estaba en Buenos Aires por esos tiempos. Había renunciado a intentar hacer producir a esos campos secos y lejanos.

“El Patria” había quedado obsoleto, pero los hombres de la familia lo habían seguido pasando de mano en mano por intermedio de cada primogénito varón como una reliquia. Cada uno a su turno le había hecho unos tiros, pero pasó todo el siglo XX sin matar a nadie. Era paradójico, en el siglo de las guerras una herramienta que había sido hecha para matar y no tenía otro sentido, no había sido usada para despachar a nadie, ni siquiera a un animal. Quizás era la forma de compensar tanta vida cegada durante el siglo anterior. Ahora estaba en sus manos y la espesa nube blanca que lo había envuelto se expandía lentamente por la habitación. A escasos 40 metros en la vereda de enfrente, un cadáver yacía con la cabeza en posición grotesca, como una gallina a la que le han retorcido el pescuezo. El declive de las baldosas hacía que la espesa mancha roja bajara a los lados del cuerpo como si quisiera enmarcarlo saliendo de la brutal y desprolija herida deshilachada de tejidos que el pesado proyectil de plomo desnudo había dejado humeando. En eso estaba la sangre cuando llegó el patrullero, en eso estaba todavía cuando la mujer dejó por fin de gritar. Era la única arma que tenía y no había dudado en usarla. Ya estaba cargado con una de las municiones que conservaba de años atrás, cuando vio desde la ventana del primer piso al ladronzuelo tironeándole la cartera a la mujer.

Apuntó sin convicción, pero cuando el arrebataador sacó una navaja e intentó darle un puntazo a la gritona desafortunada que arriesgaba su vida por una cartera llena de pelotudeces, le centró las miras en la cabeza, tiró el martillo hacia atrás y tanteó el gatillo para que su dedo recordara la salida. No recordó nada su dedo o quizás ya no tenía la sensibilidad de antes. El disparo se escapó y en vez de pegarle en la cabeza le partió el cuello al pobre miserable. Un taxi estacionado a pocos metros se alejó de la escena, luego se enterarían los vecinos que era el apoyo del delincuente.

Ahora miraba “El Patria” como diciéndole “era cierto que sabías matar, viejito”. Todavía salían algunas volutas de humo por la boca del

cañón, como si se estuviera fumando un pucho después de un esfuerzo placentero, cuando le vinieron a la mente imágenes de su niñez y su padre se lo prestaba unos minutos. Le había dicho que cuando muriera, el fusil pasaría a ser de su propiedad. Lo quería, quería que fuera suyo más que nada en la vida, pero el precio era muy alto. Igual hubo que pagarlo, el tiempo se encargó y en uno de los días más tristes de su vida, se hizo propietario del arma. Aunque no fue tan fácil como debería haberlo sido. No fue ir y tomarlo en sus manos una vez más. A pocos días de la muerte del viejo, encontró que el fusil no estaba donde siempre, descansando parado sobre su culata contra una de las esquinas internas del ropero, detrás de los trajes que su padre no volvería a usar. Su madre fue la que le dio la terrible noticia.

—Lo regaló.

—¿Qué decís?

—Sí, se lo regaló a uno de esos primos segundos o terceros que apenas conocemos.

—¿Cómo que lo regaló?, ¿si no podía dárselo a nadie más que a mí!

—En los últimos meses le había dado por regalar sus cosas, ¿no te acordás del ajedrez?

Le corrió un frío por la espalda. Claro que se acordaba, el viejo salía de la casa cuando él entraba, llevaba en una bolsa de plástico el ajedrez de piezas de madera enormes, talladas a mano, que había conseguido en un remate del Banco de la Ciudad cuando era joven. Le informó que lo iba a donar al centro de jubilados de la plaza. No lo pudo hacer cambiar de opinión. Hubiera querido conservarlo, con ese ajedrez su padre le había enseñado a jugar, pero no lo pudo convencer. “Si vos no lo usás”, le había dicho el viejo al alejarse trastabillando y bamboleándose hacia la plaza. “Y bueno, se lo quedarán unos extraños”, pensó en ese momento con dolor. Pero el fusil era distinto, no tenía derecho a regalarlo, lo había recibido de su padre y este de su padre y así hasta hoy.

—¡No puede ser! —gritó.

—Últimamente regalaba todo; la colección de discos de pasta se la dio a uno con el que charlaba en el bar; a otro le regaló un montón de libros.

—¿El autografiado también?

—También hijo.

—¿Por qué no me dijiste?

—Y, te ibas a enojar.

—¿No me dijiste porque me iba a enojar?

—Sí, yo te conozco.

—¡La remil puta que lo parió! —gritó desde el alma en carne viva al mismo tiempo que le daba a una puerta cercana una seguidilla de puñetazos furibundos.

—¿Viste que te ibas a enojar? —dijo la vieja, haciendo gala de su filosofía materna y sonriendo mientras lo miraba con cara de estar pensando “yo sabía”.

No fue fácil recuperarlo ni hablar con ese familiar lejano, apenas un conocido, que tenía ahora ese fusil tan íntimamente suyo. Finalmente logró que se lo devolviera cuando lo acusó de aprovecharse de la vejez y la enfermedad de su padre. Tuvo su influencia el hecho de que esas armas eran muy comunes en la Argentina y no valían mucho, si no otra hubiera sido la cuestión. Para él no tenía precio. Si hubiera sabido que no tendría a quién dejárselo, si hubiera presentido siquiera que con el transcurso de su vida ese objeto iría perdiendo importancia a medida que se quedaba solo. Hasta ese día, en que acorralado por la vejez y la enfermedad se volvía a sentir poderoso por unos momentos decretando el fin de su desamparo y su soledad. Hasta ahora, en que fugazmente volvía a ser el dueño de su destino y el viejo fusil era útil una vez más.

Había dejado una carta para que no le echaran la culpa a nadie. Del único bien del que había dispuesto era del “Patria”, solicitando que fuera a parar al Museo de Armas de la Nación. Allí había muchos

otros como él, allí lo cuidarían bien. ¡Qué paradoja!, después de tanto matar durante el siglo XIX, estar inactivo todo el siglo XX, comenzar el siglo XXI matando. Pero no a uno, como estaba planeado antes de que lo interrumpieran: a dos y en el mismo día. Qué bien hecho estaba, qué cumplidor era. Un policía tocaba el timbre. La mujer que él defendiera, le había indicado el lugar de donde habían disparado. Se iban a asustar al oír otro estampido, iban a tardar en comprender, pensó mientras acariciaba al “Patria” por última vez.

El no perseguido

Era indudable que me estaban siguiendo. Por tercera vez me quedé parado y por tercera vez el coche sin luces se detuvo. Correr era inútil y yo sabía que eso quería esta gentuza, milicos cobardes, cuya mayor satisfacción era meter miedo a gente indefensa. Tenía casi veinte años, era joven y en la Argentina de la dictadura eso equivalía a ser sospechoso de terrorismo. Para colmo era universitario, lo que para la mentalidad siniestra del milicaje no hacía más que confirmar sus sospechas. Sospechas de todo el mundo, nadie se puede sentir a salvo de la sospecha de ser un subversivo y ser un subversivo es estar en contra de todo, es ser un asesino y lo que es peor, un traidor. Un traidor a la Patria y la Patria no es el territorio, no es la gente, no son las costumbres ni es la infancia, aquí y ahora la Patria son ellos, los militares que se llenan la boca con palabras grandilocuentes sin significado ante los hechos y que durante todo este siglo de mierda fueron instrumento de los grupos económicos. Se habían adueñado una vez más del País. Ningún ejército extranjero hubiera soñado hacer tanto daño a la Argentina como sus propios militares.

Pero no importaba, ahora yo estaba perdido y no importaban las razones que pudiera tener, ni la verdad, ni nada. Había hablado de más en la Universidad. Siempre había sabido callarme como me lo recomendaban mis padres, pero no pude contenerme cuando en el pequeño grupo de estudiantes que charlaban mientras esperaban los resultados de un examen, alguien dijo que no estaba pasando nada, que

las organizaciones de derechos humanos mentían, que los militares jamás permitirían una cosa así. Me indigné como solo puede hacerlo un inmortal —o un joven, que viene a ser lo mismo— y les dije lo que todos sabían aunque no quisieran: que secuestraban a la gente por todos lados, que muchos desaparecían para siempre y que no rendían cuentas a la Justicia ni a nadie. Que no estaban detenidos, que no se sabía qué les había pasado aunque paradójicamente todos supiéramos que los habían asesinado. Ahora estaba yo ante ellos. Un par de veces más comencé a caminar y me detuve, otro tanto hizo el coche. ¡Justo a mí, que nunca me metía en nada!

Metí la mano bajo la campera como si empuñara un arma escondida, ellos no hicieron nada pero supe de inmediato que había hecho una estupidez, se debían estar riendo de mi intento, de mí. Podían levantarme cuando quisieran, torturarme y hacerme lo que les diera la gana, asesinarme o hasta perdonarme la vida si alguno de estos infames tenía ganas de jugar a Dios, y yo los estaba divirtiendo por anticipado. ¡A quién pedir ayuda!, si a los jueces los nombran ellos, si la policía trabaja con ellos, si los periodistas callan para ellos. No era suficientemente terrible e inhumano el terrorismo que tanto padecemos, ahora tenía que elevarse a la milésima potencia para convertirse en Terrorismo de Estado. Y yo ahí, en el medio de esa barbarie. Me quise quedar afuera y estoy en el medio, voy a morir como una oveja, me repugna pero tengo la sospecha de que lo merezco. De todas formas, ya dirá alguien el tan mentado “algo habrá hecho”. Nadie puede ayudar, si me “chupan” nadie va a hacer nada, como cuando una mosca queda atrapada en lo pegajoso de la inmundicia y mientras lucha con todo su ser para liberarse las demás siguen en lo suyo como si nada. No tengo derecho a quejarme, es lo mismo que hice yo antes de que me llegara el turno. Y no solo nadie va a hacer nada, se van a cuidar mucho incluso de contárselo a nadie. De todas maneras de qué serviría, los que intentaron ayudar fueron asesinados o aterrorizados o también han desaparecido. No queda nadie que pueda hacer nada. Somos una

población de moscas, inmensas moscas, indiferentes moscas que ni siquiera saben volar.

Recordé cuando los medios de comunicación prepararon a la gente para aceptar el golpe de estado como una necesidad. Así lo habían hecho con todos los golpes anteriores y recordé también que yo lo esperaba ansioso. Era un cambio y me causaba una profunda vergüenza que esa estúpida fuera presidente del país. Ahora, La Bestia se había adueñado de todo y yo comenzaba a comprender lo que sentían las personas de los países sojuzgados por los nazis en la Segunda Guerra. Pero estos eran nuestros, no eran extranjeros, ¡eran la Patria! De pronto el coche prendió las luces, arrancó y pasándome por delante se alejó. Esperé un tiempo conteniendo la respiración. Tal vez daría una vuelta a la manzana para caerme después, cuando creyera que era libre. No volvieron pero mi vida ya no volvió a ser la de antes, comencé a salir a la calle sólo cuando era imprescindible y me acostumbré a dormir vestido para que si irrumpían en mi casa llevándose todo por delante, por lo menos no me agarraran en calzoncillos. Hubiera necesitado un arma pero no sabía usarla ni podía conseguirla, así que dejé a mano un cuchillo de monte de tiempos de campamento por si a alguno de esos caníbales inmundos se le ocurría violar a mis hermanas, quizás pudiera enterrárselo hasta el mango aunque más no fuera a uno de ellos. Si no tuviera padres, si no tuviera hermanos, si no tuviera casa ni nada, ¡que fuerte sería! No me importaría morir y podría salir a cazarlos, pero mientras tuviera algo que perder, tendría miedo.

No vinieron nunca a buscarme. ¿Cuántos años han pasado, veinte, treinta? Ellos no volvieron y al final nunca me hicieron nada y sin embargo algo cambió en mí para siempre. Cuánto más deben haber sufrido aquellos a los que sí les hicieron algo si a mí, que ni me tocaron, me dejaron tan mal, afectado vaya a saber en qué forma, herido vaya a saber dónde, para seguir viviendo así, con esta carga de lisiado.

En la mira

El jabalí llegó por fin hasta el borde de la aguada. Se había detenido tres veces en los escasos veinte metros que la oscuridad estiraba desde los matorrales espinosos. Ahora veía claramente la silueta inmensa que la distancia me había sabido ocultar. Yo acechaba en una plataforma incorporada al paisaje, apenas unas tablas sobre un árbol retorcido por el viento con el borde hacia la aguada tapado por ramas. Él era lo que yo estaba esperando, tantas veces durante tantas noches eternas de esperas y ausencias para volver sin cazar nada, como debe hacer un verdadero cazador, volver derrotado ante los débiles si no se presenta una presa que valga la pena, que pueda incluso matarme. Ya habían pasado un par de chanchas y después un zorro, pero este debía pesar más de doscientos kilos. Viejo guerrero de colmillos curvos como cimitarras, capaz de despanzurrarme con un cabezazo.

No voy a cazar con otra cosa que no sea un viejo fusil guerrero de principios de siglo, rezago del ejército. No le quise poner la liviana culata sintética, ni la mira telescópica que tanta impunidad otorga. Mejor las miras abiertas tal como la hicieron para la guerra, para matar hombres, que son los bichos más peligrosos. Pega bien y el viejo jabalí está a menos de cuarenta metros, una distancia a la que ya está perdido porque ha cometido en esta noche todos los errores que supo evitar a lo largo de su vida, hasta que nos encontramos por primera y última vez. Se queda petrificado, presiente. No pudo verme, apenas si respiro y tampoco me ha venteado porque las ráfagas implacables del sur me

clavan mil alfileres de hielo en la cara. Me percibe con la mente. Ahora distingo su cuerpo macizo cubierto por cerdas raleadas y gruesas como espinas. Me llega el olor a verraco, ese hedor espantoso a macho hijo de puta. Él siente que estoy aquí y yo siento que me siente. Tengo el guión enmarcado en el alza sobre su corazón. No se decide a bajar la cabeza al agua, presiono el gatillo cada vez más, hasta que algo se suelta y un golpe metálico expande una pausa, una parálisis repentina y total congelando el cuchicheo sigiloso de la oscuridad del monte durante un parpadeo. Suficiente para que la bestia incontenible se pierda en la espesura abriendo brecha. No dudó un segundo, ni miró de dónde vino el ruido antes de huir llevándose de frente la muralla espinosa como lanzado por una catapulta a ras de piso. Al menos el zorro me había estudiado unos segundos antes de disolverse con lentitud desafiante en las penumbras.

Yo había cazado mi jabalí. No le pongo bala a mi fusil, no me gusta matar animales salvajes que conocen la libertad como yo nunca voy a conocerla. Aunque estas bestias son plaga en la desolada inmensidad del sur, prefiero no matarlos. Aunque no son conscientes de la muerte, prefiero no matarlos. De todas formas a éste ya lo había cazado. Vivirá un tiempo más y solo yo sabré qué es lo que sucedió esta noche. Y si tiene que morir a hierro que lo mate otro, yo prefiero no matarlo, prefiero no matar.

Por fin me muero

Cuánto tiempo enfermo. Años degradándome poco a poco hasta este momento en que me muero. Tengo la certeza, no es un presentimiento más, por fin me muero. Todo fue muy largo, años infinitos. Por suerte recuerdo poco. Sé que tengo un desequilibrio mental, pero la muerte me encuentra en un destello de lucidez. Tuve otros que me han servido para enterarme por etapas de mi declinación incontenible. Fui un hombre poderoso o por lo menos así solía sentirme, tuve un trabajo de responsabilidad, mucha gente a mis órdenes, tomé decisiones de importancia, hablé un par de idiomas, viajé bastante por el mundo y sentí la plenitud de la salud y de la juventud. Quién hubiera imaginado que me convertiría en este despojo malicioso, siempre triste, en silencio y aislado de un mundo del que ya no me importa nada. Si hubiera tenido más valor aquella tarde, me hubiera hecho sufrir mucho menos que esto aquel tren indiferente. No puedo moverme, con los músculos abarrotados en posición fetal. Catatónico le dijo el doctor a no sé quién, a alguien junto a él. Debe creer que no escucho, debe creer que no entiendo, debe creer que no me importa. Ese que está con él puede ser mi hijo. Me mira con un dolor sin gesto, me besa suavemente en la mejilla y se va en silencio. No sabe que no me verá más con vida. Tiene lástima de mí, no sabe que su lástima me lastima y me asombra que todavía algo pueda lastimarme.

Estoy solo, inmensamente solo, indescribible y absolutamente solo. Aunque vengan a visitarme todos los días, aunque esté muy

bien atendido en este geriátrico de lujo, en casa estaría igual de solo. No creo que haya otra manera de morir, todos se han convertido en extraños. Por lo menos mi familia se liberará de los trajines de estar pendientes de este anciano postrado que hace mucho tiempo que ni siquiera se las arregla para ir al baño. Ya no tengo dignidad, me meo y me cago encima, uso pañales, me tiene que bañar una enfermera y trago apenas un poco de la comida que me ponen en la boca. Ahora entiendo lo que sufrió Gregorio cuando se transformó en un insecto. El mismo miedo, el mismo terror y la misma indefensión que yo sentí al comenzar mi transformación. Después del esfuerzo estoico, desmedido de mi familia por ayudarme, llegó el cansancio, el agobio, la resignación. Ellos también se aliviarán como la familia de Gregorio, cuando puedan dejar esta carga y volver a vivir normalmente, como antes de que yo enfermara, como antes de que este calvario se les convirtiera en costumbre.

Amanece, termina la noche, la última. Ha sido larga, como todas las que recuerdo, y yo sigo solo, contorsionado en esta cama ajena. Un rayito de claridad se filtra por las rendijas de la persiana, es el Sol que vino a despedirme, el mismo Sol que acompañó cada día de mis largos setenta y seis años, como hizo con mis ancestros, como hará con cualquiera que surja de este mundo. La fuente inagotable de toda forma de vida que exista o haya existido en el planeta, llega hasta mí filtrando su claridad a través de las rendijas de la persiana, para mostrarme su luz una vez más.

No seré libre, ahora lo veo que la muerte me rodea, no seré libre porque no supe prepararme, porque no supe ver quién era. Y volveré a recorrer mi camino de siempre, no puedo elegir porque voy tras lo corriente, gloria, sexo, honor, prestigio, me arrastran otra vez al mismo inicio. No pude soportar ver el polvo en el polvo de mis huesos y debo volver ciego, empujado por la vida sin sentido a creer que soy la carne que no elijo, pero vuelvo con el ansia del perdido a zambullirme en la vida, a ser el hijo. No seré libre, envuelto por la muerte ahora lo veo y

a pesar que me rodea, la esencia más preciosa de la vida se me muestra, pero yo retorno igual a los deseos y necesidades, embotado a comenzar, a ser quien no era. No seré libre, no en esta vida, ahora lo veo que estoy sin cuerpo con mi mente y se me muestra lo eterno en el presente, pero hoy es tarde, no empecé a tiempo a pesar que yo sabía y la vida es implacable con la muerte. El dolor fue insoportable y aunque no era verdaderamente mío no miré, y tengo que volver ahora a descubrir el modo, a perderme en la impureza transitoria, a seguir separándome de todo en el ciclo del que goza, sufre y odia. Si puedo sostenerle una vez la mirada a mis cenizas permaneciendo atento en mi última boqueada para que mi conciencia de hielo se derrita, esperaré sin inquietudes, sin pensar nada, la vuelta eterna a la oscuridad abandonada.

Hay esperanza

En más de diez años con mi negocio de ropa instalado ahí, no me habían asaltado jamás. Los comerciantes del barrio no podían decir lo mismo, ellos sufrían por lo menos un asalto a mano armada un par de veces al año. Algunos quedaban muy traumatizados, cerraban sus negocios para reabrirlos en otros lugares. Otros —como la ferretería de enfrente— se rodeaban de rejas creando una jaula en torno suyo para atender desde adentro, poniéndose presos para dejar a los delincuentes afuera. Al anochecer atendían al público con tanto miedo, que terminaban saboteándose comercialmente. Otros se proponían ser muy observadores, pero la gente se había acostumbrado a llevar teléfonos celulares y otros aparatejos a la cintura y solo conseguían ir de sobresalto en sobresalto de la mano de la imaginación temerosa.

Los delincuentes estaban fuera de control y poco hacía la policía para cambiar las cosas. El país había pasado por varias dictaduras militares, en que los cuerpos policiales de todos los distritos habían prestado los más variados e inmorales servicios. Años después, todos sabíamos lo que pensaba el policía que con sonrisita burlona tomaba de mala gana la denuncia. “¿Querían democracia, querían estado de derecho?, ahí tienen, aguántense la delincuencia.” Ya nadie hacía denuncias de robos a menos que hubiera una muerte de por medio o un tiroteo de la gran puta. Por otra parte, los delincuentes ya no eran los de antes, no eran profesionales ni tenían códigos —ni siquiera entre

ellos— y la mayoría de las veces mataban por matar. Yo no los justificaba pero los comprendía. Los habían dejado sin nada que perder desde su misma concepción, venían de infancias de abandono, abusos, desprotección, y habían mamado la certeza de que para ellos no había nada. El refrán profetizaba “leyes blandas hacen delincuentes duros” y si a esto se añadía la corrupción de los políticos, los jueces y la policía, llegábamos a esto, los pocos que no eran corruptos adolecían de tanta incapacidad, que no había salida. La población comenzó a armarse, la mayoría de las veces en forma ilegal porque los trámites eran costosos, engorrosos y las leyes las dictaban representantes legales, formales pero no reales, que no conocía ni la gente que los votaba. “No tiene solución”, pensaba yo mientras cargaba mi revólver. Hice girar el tambor para asegurarme de que ninguna munición trabara el mecanismo y lo escondí en el baño, al final de un largo pasillo, sobre el botiquín. Era un 38 Special con munición sobrecargada. Prefería correr el riesgo de que me reventara en la cara, a que el ladrón tuviera tiempo de arrastrarme a la mierda con él. Venían pasados de rosca, si le daba a uno, le quería dar bien. Era munición de punta hueca, para que se expandiera en su trayecto y dejara un agujero infernal a su paso, por el que se le fuera la vida al más pintado. No había sido nunca una persona violenta pero estaba harto de esta situación, quedándome sin nada que perder. A veces me parecía que me estaba alienando. Cuando limpiaba el arma solía mirar la boca del cañón de frente y pensaba “Este es el ojete de Dios”.

Aquí estamos, matándonos entre nosotros mientras los grandes capitalistas, financistas y economistas del país, juran a los poderosos de la Tierra que la Argentina seguirá pagando por siempre la deuda externa. Trabajo sólo para sobrevivir y además espero que venga un lobo para llevarse la sorpresa de que esta oveja se transformó en un perro rabioso. Pasaron meses, hasta que una noche entró él. Me pidió que le mostrara un pulóver como el de la vidriera y cuando me di vuelta se me abalanzó. Había desenfundado poniéndome el caño en la cara, no

pude reaccionar mientras el ladrón sacaba los pocos pesos de la caja. Pensé en las prevenciones que había tomado, en la observación desconfiada a cada extraño para quedar a merced de cualquier imbécil que me encare con un fierro y que con mover un dedo decide si vivo o muero, aquí y ahora. Se me escapó la risa y él me miró como si estuviera loco.

—¿De qué te reís?

—Es que me sorprendiste totalmente, no pensé que fueras un chorro.

—Tengo que llevar plata a mi casa de cualquier manera. Asentí como si lo comprendiera, pero solo esperaba la oportunidad para reventarlo.

—¡Vamos para atrás! —dijo señalando con el arma el pasillo y mientras caminábamos me preguntó—: ¿Hay alguien más?

—No, por suerte no.

Recorrimos el angosto y oscuro pasillo y por primera vez sentí miedo. Esto duraba demasiado, yo había tenido tiempo de verlo, hasta de cambiar unas palabras con él. Me llevó hasta el pequeño baño con la intención de encerrarme pero hacía tiempo que yo le había quitado la cerradura. Se quedó unos segundos perplejo, luego me hizo darle las llaves de la puerta de calle y me dijo:

—Voy a salir, te dejo las llaves tiradas junto a la puerta, ni te asomes por cinco minutos.

Cerró la puerta del baño pensando que me quedaría tranquilo. Con rapidez silenciosa y sin dudar empuñé el revólver, apagué la luz y abrí sosteniendo con las dos manos el arma hacia el pasillo. Asomando la mitad de la cara, cubriéndome con la pared y el marco de la puerta, apunté hacia la espalda que se alejaba y apreté el gatillo haciendo girar el tambor hasta que el cartucho se alineó con el cañón. Faltaba apenas un poquito de presión, casi un soplido para que tronara el furioso estampido que solo yo iba a escuchar. “Te tengo, ahora soy yo el que decide si vivís o si morís, pedazo de mierda”, pensé implacable. La espalda se alejó y dobló el recodo. Sentí el ruido del manajo de lla-

ves en el mosaico. Había cumplido, me las había dejado donde había dicho. Con tanta gente matándose por nada —o por plata que es lo mismo— yo no lo había matado. Él no lo iba a saber nunca, pero yo había cumplido conmigo mismo. Todavía no maté a nadie, todavía no soy como ellos, todavía hay esperanza.

